Omraam Mikhaël Aïvanhov

La fe que mueve montañas

1ª edición
Colección Izvor
238

EDICIONES PROSVETA

El lector comprenderá mejor ciertos aspectos de los textos del Maestro Omraam Mikhaël Aïvanhov presentados en este volumen, si tiene en cuenta que se trata de una enseñanza estrictamente oral.

1.- LA FE, LA ESPERANZA Y EL AMOR 3
2.- LA FE MUEVE MONTAÑAS. EL GRANO DE MOSTAZA 8
3.- FE Y CREENCIA 10
4.- CIENCIA Y RELIGIÓN 15
5.- LA FE SIEMPRE PRECEDE AL SABER 21
6.- REENCONTRAR EL SABER ESCONDIDO 26
8.- NUESTRA FILIACIÓN DIVINA 40
11.- DIOS, LA VIDA 56
12.- DIOS EN LA CREACIÓN 60
13.- RABOTA, VREME, VERA. EL TRABAJO, EL TIEMPO, LA FE 67

1.- LA FE, LA ESPERANZA Y EL AMOR

Actualmente, cuando se pregunta a alguien: «¿Tiene usted fe?», ello significa: «¿Cree usted en Dios?» En efecto, la palabra «fe» ha terminado por pertenecer casi exclusivamente al ámbito de la religión. Fe y religión están incluso tan íntimamente ligadas, que tenemos tendencia a asimilar la religión a la fe; dejamos un poco de lado las otras dos virtudes: la esperanza y el amor que junto con la fe representan las tres virtudes llamadas «teologales», es decir que tienen a Dios por objeto. Así pues, para comprender mejor lo que es la fe, hay que empezar por situarla entre estas otras dos virtudes que son la esperanza y el amor.

Así es cómo san Pablo, en su primera epístola a Los Corintios, escribió: *«Ahora pues subsisten estas tres cosas: la fe, la esperanza y la caridad.»*[*] Pero no os sorprendáis si substituyo la palabra «caridad» por la palabra «amor». ¿Por qué? Ahora, la palabra «Caridad» ha perdido el sentido de amor espiritual que se le había otorgado en el origen del cristianismo, para oponerlo a este impulso desordenado, pasional, al cual los hombres llaman «amor»; esta palabra se usa solamente para designar el sentimiento altruista que empuja a ciertas personas a ayudar a los más necesitados. Por esto yo utilizo más bien la palabra amor.

La fe, la esperanza y el amor... Si preguntáis a la gente qué representan para ellos estas palabras, ciertamente la mayoría se encogerá de hombros. Quizá algunos recuerden que en su infancia habían oído hablar de estas tres virtudes en la iglesia, pero todo esto ya está muy lejos y no les dice gran cosa.

En realidad, sean quienes sean, y cualquiera que fuere su grado de evolución o su educación, todos los humanos creen, esperan y aman. Pero si sus creencias, sus esperanzas y sus amores les aportan tantas decepciones, es porque no saben a quién ni a donde orientarlas y, sin duda, ignoran incluso lo que significa creer en Dios, esperar en Él y amarle.

Un ejemplo de estas tres virtudes: la fe, la esperanza y el amor, nos es dado por Jesús en este episodio del Evangelio en donde el diablo viene a tentarle. Ya os he explicado en diversas ocasiones, el sentido profundo de estas tres tentaciones,[1] pero todavía se pueden deducir muchas aclaraciones.

«Entonces, Jesús fue llevado por el Espíritu al desierto para ser tentado por el diablo. Después de haber ayunado cuarenta días y cuarenta noches, al fin sintió hambre. Acercándose el tentador, le dijo: «Si eres Hijo de Dios, di que estas piedras se conviertan en panes.» Jesús respondió: «Está escrito: no sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios.» Entonces el diablo le llevó consigo a la ciudad santa, le puso sobre el alero del templo, y le dijo: «Si eres Hijo de Dios, tírate abajo, porque está escrito: A sus ángeles te encomendará y en sus manos te llevarán, Para que no tropiece tu pie en piedra alguna.

Jesús le dijo: También está escrito: No tentarás al Señor tu Dios. El diablo todavía le llevó consigo a un monte muy alto, y mostrándole todos los reinos del mundo y su gloria, le dijo: Todo esto te daré, si postrándote me adoras. Dícele entonces Jesús: Apártate Satanás, porque está escrito: Al Señor tu Dios adorarás, y sólo a Él darás culto.» Entonces el diablo le dejó. Y he aquí que se acercaron unos ángeles y le sirvieron.»[*]

Estudiando atentamente las tres propuestas que el diablo hizo a Jesús, descubrimos que conciernen a los tres planos físico, astral (los sentimientos, los deseos) y mental (los pensamientos).

Jesús tiene hambre y el diablo le sugiere que transforme las piedras del desierto en panes. El

---

[*] I Cor. 13: 13

[1] *«Sois dioses»*, Parte II, Cap. 3: «Las tres grandes tentaciones».

[*] Mateo: 1-11

pan es el símbolo del alimento y, en un sentido más amplio, representa todo lo que nos permite asegurar nuestra existencia en el plano físico.

Más tarde se dice que el diablo transportó a Jesús a la ciudad santa, Jerusalén, para situarlo en lo alto del templo, y allí le sugirió que se tirase abajo. Para ser más persuasivo, para mostrarle que nada debía temer, que Dios le protegería, el diablo llega incluso a citar el Salmo 91: *«A sus Ángeles te encomendará, y en sus manos te llevarán, para que no tropiece tu pie en piedra alguna.»*[*] El templo es un símbolo de la religión, por consiguiente del corazón. El diablo intenta persuadir a Jesús de que el hijo de Dios puede siempre contar con la protección celestial, haga lo que haga, porque su Padre le ama y porque él ama a su Padre.

Finalmente, el diablo lleva a Jesús a la cima de una alta montaña y le promete todos los reinos de la Tierra si acepta postrarse delante de él. La alta montaña representa la cabeza, el plano mental, el intelecto. Así pues, el intelecto es esta facultad que empuja al ser humano a creerse el dueño del mundo hasta llegar incluso a desafiar al Señor. Este orgullo insensato que hizo sublevar a una parte de los ángeles contra Dios, es lo que el diablo intenta despertar en Jesús.

Pero en cada una de las tentaciones que el diablo le presenta, Jesús resiste porque ha aprendido a dominar su cuerpo físico, (al alimento material, le opone los alimentos espirituales), su cuerpo astral (no quiere en vano poner a prueba el amor de Dios), y su cuerpo mental (rehúsa igualarse al Señor, quiere seguir siendo su servidor).

Es muy importante comprender el sentido de estas tres tentaciones a las que Jesús fue sometido, porque también nosotros tenemos que afrontarlas cada día en nuestra vida cotidiana; y si queremos progresar interiormente, debemos empezar por ver claro este tema. La prueba, ¿os habéis fijado en qué lugar del Evangelio se sitúa este episodio? Al principio, Jesús acaba de ser bautizado por Juan Bautista en el Jordán, y todavía no ha elegido a sus primeros discípulos ni ha empezado a transmitir su enseñanza. Aquel que quiera ponerse al servicio del Señor debe, en primer lugar, solventar la cuestión de estas tres tentaciones.

Diréis que si el Creador nos ha dado un cuerpo físico, un corazón y un intelecto, es preciso que les suministremos el alimento que precisan. Naturalmente, es indispensable. Pero hay alimentos y alimentos, de la misma forma que hay distintas maneras de buscarlos. Y precisamente necesitamos de la esperanza, de la fe y del amor, para que nos guíen en la elección y la búsqueda de estos alimentos, puesto que la esperanza está unida al cuerpo físico, la fe al corazón o cuerpo astral, y el amor al intelecto o cuerpo mental.

El pan, comprendido de una forma muy amplia, es pues el símbolo de todo aquello que nos permite asegurar nuestra existencia en el plano físico. Así pues, ¿qué hace aquel que no pone su esperanza en el Señor? Tiembla por su seguridad material, y sólo tiene una idea en su cabeza: arreglar sus asuntos, amontonar reservas, acumular ganancias. No sólo se deja acaparar por las preocupaciones más prosaicas, sino que se ve empujado a mostrarse injusto y deshonesto hacia los demás, no siente ningún escrúpulo en perjudicarles, pisotearles, de este modo se cierra a todos los alimentos espirituales.

Esperar en Dios, es liberarse del miedo al mañana: ¿tendremos algo con que alimentarnos, algo para vestirnos, dónde alojarnos? En el Sermón de la montaña, Jesús nos previene contra este miedo al mañana: *«No os preocupéis del mañana porque el mañana se ocupará de sí mismo. A cada día le basta su pena.»* [*]

Si la esperanza está unida al cuerpo físico, la fe, está unida al corazón. El corazón, ¡he ahí el templo donde Dios habita! Cuando Jesús respondió al diablo: *«Está escrito: no tentarás al Señor*

---

[*] Salmo 91: 11-12

[*] Mat. 6: 34

tu Dios», afirmaba su fe en el Señor que vive dentro de él, y rehusaba ponerlo a prueba. Porque la fe no consiste en precipitarse al vacío con la convicción de que Dios enviará ángeles para amortiguar nuestra caída. Aquel que imagina que Dios protege a los insensatos que se exponen voluntariamente a los peligros, está sencillamente persuadido de creencias ilusorias. Pues bien, si los humanos acumulan precisamente tantas decepciones en sus vidas, si encuentran tantos fracasos en lugar de éxitos esperados, es que confunden fe y creencia.

En fin, la tercera tentación, que concierne a la cabeza, sólo puede ser vencida por el amor. El diablo transportó a Jesús sobre una alta montaña. La cabeza representa en nosotros la cima de la montaña. Aquel que se ha elevado hasta la cima, posee la sabiduría, la autoridad, el poder. Pero la historia lo ha mostrado: en el momento en que un hombre llega al poder, difícilmente resiste todas las posibilidades que percibe instaladas frente a él: el dinero, el placer, la gloria, cree que a partir de ahora todo le está permitido. ¡Cuántos hombres muy notables terminaron por sucumbir, víctimas de su propio orgullo! Sólo el amor hacia el Ser de todos los seres puede salvarnos de estos peligros. Todas nuestras facultades, todos nuestros dones, provienen de Él, y si le amamos sinceramente, profundamente, este amor es el que nos preservará del orgullo.

La esperanza, la fe y el amor, son pues las únicas fuerzas que nos permitirán atravesar la existencia en las mejores condiciones físicas, psíquicas y espirituales. Esperar en Dios, nos preserva de las angustias de la vida material. Tener fe en Él, nos priva de las ilusiones. Finalmente, amarle nos permite alcanzar la cima y mantenemos en ella sin riesgo de caída.

Estudiad la vida de los seres que poseen la fe, la esperanza y el amor, observad cómo trabajan, cómo se refuerzan, cómo se embellecen y se vuelven más vivos, cómo consiguen afrontar las dificultades, superar las pruebas, cómo encuentran en cada una de ellas la ocasión para enriquecerse. Estas tres virtudes os aparecen como lejanas, extrañas, porque las consideráis de forma muy abstracta, no sentís que constituyen los tres pilares de vuestra vida psíquica. Para ayudaros a comprender, a sentir su importancia, os daré un ejercicio para hacer.

Si la fe, la esperanza y el amor son llamadas virtudes «teologales», es porque gracias a ellas podemos entrar en relación con Dios. Sólo que los humanos tienden, también aquí, a considerar a Dios como una abstracción. Cuando no lo imaginan como un anciano con una gran barba blanca, ocupado en anotar sus buenas acciones, y sobretodo sus malas acciones para recompensarles y castigarles, la mayoría no saben muy bien cómo representárselo. Y sin embargo, yo no he cesado de explicároslo; la mejor imagen de Dios, es el sol distribuidor de vida, de luz y de calor. Sólo la vida, la luz y el calor del sol pueden damos una idea de lo que son el poder, la sabiduría y el amor de Dios.[2] Nos corresponde ahora a nosotros entrar en relación con este poder, esta sabiduría y este amor divinos. Y ¿cómo podemos hacerlo? Mediante la esperanza, la fe y el amor. Es a través de nuestra esperanza, de nuestra fe y de nuestro amor que podemos alcanzar la quintaesencia de la Divinidad que es Sabiduría, Poder, Amor.

Os mostraré un ejercicio. Recitáis lentamente la siguiente oración, concentrándoos en cada una de sus palabras: «Señor, amo tu sabiduría, tengo fe en tu amor, confío en tu poder.» Por nuestro amor, entramos en comunicación con la sabiduría divina, por nuestra fe, entramos en comunicación con el amor divino; y con nuestra esperanza, entramos en comunicación con el poder divino. Estas son nociones muy simples pero que precisan algunas explicaciones.

«Señor, amo tu sabiduría.» La sabiduría tiene afinidades con el frío, y el amor con el calor. Nuestro corazón tiene mucho calor, mucho ímpetu, mucho entusiasmo, pero siente que es ignorante, que carece de discernimiento, de medida, lo cual le expone a cometer numerosos

[2] *«Sois dioses»*, Parte III, cap. 4: «El sol, imagen de Dios e imagen del hombre».

errores y a sufrir. Así pues, debe amar y buscar lo que le falta y necesita: la sabiduría.

«Creo en tu amor...» No tenemos necesidad de amar el amor, pero tenemos necesidad de creer en él. El niño cree en el amor de su madre, y es por eso que se siente seguro junto a ella. El amor y la fe están unidos. Si creéis en alguien, os amará; amadle y creerá en vosotros. Y puesto que el amor del Creador es el fundamento del universo, es en él, y sólo en él, que podemos tener una confianza absoluta. Nuestra fe en los seres y en las cosas no descansa sobre bases estables si primero no hemos puesto nuestra fe en el amor divino.

«Confío en tu poder...» ¡Cuántas veces oímos decir que la esperanza hace vivir! Cada principio de año, todo el mundo intercambia deseos esperando que este nuevo año sea mejor que el precedente y aporte soluciones a todos los problemas. Sólo que, ¿sobre qué fundan sus esperanzas los humanos? Sobre el dinero, sobre las armas... sobre seres débiles, inestables. Por eso sus esperanzas siempre se frustran. En realidad, sólo podemos contar con la verdadera fuerza, la verdadera estabilidad: la omnipotencia divina y observad ahora cómo esta oración establece lazos con el mundo divino. Cuando decís: «Señor, amo tu sabiduría», vuestro amor y la sabiduría divina entran en relación, y Dios os otorga la posibilidad de ser más sabios a causa de vuestro amor. Cuando decís: «Señor, creo en tu amor», vuestra fe atrae el amor de Dios, y Dios os ama porque creéis en Él. Cuando decís. «Señor, confío en tu poder», vuestra esperanza apela al poder de Dios que empieza a protegeros debido a vuestra esperanza.

La esperanza, la fe y el amor corresponden respectivamente a la forma, al contenido y al sentido. La esperanza está unida a la forma (el cuerpo físico), la fe al contenido (el corazón) y el amor al sentido (el intelecto). La forma es la que prepara y preserva el contenido. El contenido aporta la fuerza, y la fuerza no tiene razón de ser si no posee un sentido.

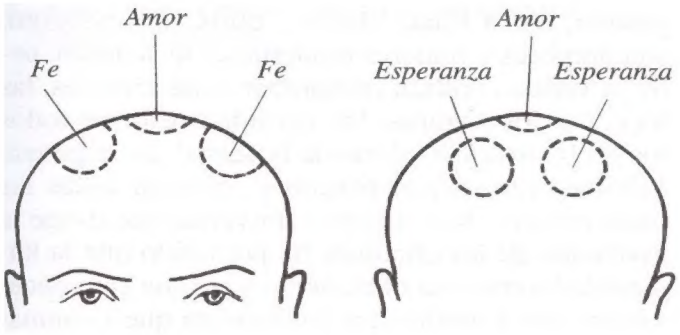
Cuando el ser humano se siente decepcionado por los acontecimientos y las insatisfacciones de su suerte, tiende a proyectarse hacia el futuro: «pronto, dentro de unos días, dentro de unos meses... mejorará.» Sin duda alguna, la esperanza es lo último que abandonamos, pero mientras esperamos la llegada de días mejores, tenemos necesidad de encontrar dónde apoyarnos para resistir. Así pues, para resistir, no sólo es necesario tener fe, sino también mantener la vida en uno mismo, recibir un calor, un impulso, y gracias al amor guardamos este impulso. De lo contrario, la esperanza puede no ser más que una fuga frente a la realidad, y entonces ella también, un día, nos abandona.

Para no perder jamás la esperanza, es preciso mantener en uno mismo la fe y el amor, y frente a cada dificultad que se presente, pedirles socorro. Ahora bien, generalmente los humanos hacen exactamente lo contrario. A la mínima decepción, al mínimo obstáculo, cierran su corazón, pierden la fe y la esperanza también les abandona... ¡salvo la esperanza del desquite, y mediante métodos que no son siempre recomendables! Pero esto no les perturba: encuentran toda clase de argumentos para justificar su actitud hostil y vengativa. ¿Cómo hacerles comprender que las dificultades son por el contrario, vencidas por la fe, la esperanza y el amor? Sí, las dificultades nos son dadas precisamente para desarrollar estas tres virtudes, pero a condición de que Dios sea el objeto de esta fe, de esta esperanza y de este amor. Estas tres virtudes pueden compararse a los tres lados de un prisma de cristal, y la presencia divina es como el rayo de sol que cae sobre este prisma y se descompone en siete colores.

En una de las conferencias titulada *«Las tres grandes fuerzas»,* el Maestro Peter Deunov decía: «Los humanos se desalientan muy fácilmente, y para justificarse culpan a las condiciones en las que viven. No, la causa profunda de sus desalientos no está en las condiciones exteriores, está en la poca esperanza, en la poca fe y en el poco amor que poseen. Para andar firmemente por el camino de la vida, deberían reforzar en ellos mismos los tres manantiales de la fe, de la

esperanza y del amor. ¿Dónde se encuentran esos manantiales? En el cerebro. Sí, en nuestro cerebro poseemos tres centros que son los conductores de la fe, de la esperanza y del amor, pues la fe, la esperanza y el amor son tres fuerzas cósmicas.»

Todas nuestras capacidades, todas nuestras virtudes tienen su sede en el cerebro. Y puesto que la fe, la esperanza y el amor son las virtudes que nos unen directamente a Dios, tienen su sede en la parte superior de la cabeza: en la cima está el amor; un poco más adelante, y a ambos lados de la cabeza, está la fe; un poco para atrás, y también a ambos lados de la cabeza, la esperanza.



El Maestro Peter Deunov también decía: «Es preciso que el hombre interiormente lleve estos tres vestidos: la esperanza que es el vestido humano, la fe que es el vestido angélico, y el amor que es el vestido divino. Llamo santo a todo hombre que lleve los tres vestidos de la esperanza, la fe y el amor...» y aún dijo: «La esperanza resuelve la cuestión de un día, la fe resuelve la cuestión de siglos, y el amor es la fuerza que abraza la eternidad.» ¿Por qué el Maestro dice que la esperanza resuelve la cuestión de un día? Esto enlaza con el pasaje del Evangelio que os citaba anteriormente, cuando Jesús decía: *«No os preocupéis por el mañana, el mañana se ocupará de sí mismo. A cada día le basta su pena.»* Veis, todo se sostiene.

La fe, la esperanza y el amor... ¿Cuántos de nuestros contemporáneos recurren a estas virtudes para resolver los problemas de su vida cotidiana? Confían en el progreso de las ciencias y de las técnicas, en los seguros, en los tribunales, etc... pero la fe, la esperanza y el amor, ¡pfff! sirvieron en el pasado, en la Edad Media... ellos, sin embargo, son hombres y mujeres modernos. De acuerdo, pero ya verán... podrán comprobar si las ciencias, las técnicas, los seguros, les permiten resolver todos los problemas y les darán la felicidad. No digo que debamos regresar al pasado y rechazar todas las innovaciones. Si el Espíritu universal que dirige la evolución de las criaturas, ha permitido que la humanidad tome esta dirección, es porque cree necesarias estas experiencias y considera que la humanidad debe pasar por ellas. Cuando haya vivido estas experiencias, regresará hacia el Creador, más sensata, enriquecida por todas estas nuevas adquisiciones. El hombre creado «a imagen de Dios» debe desarrollarse en todas las direcciones para poder parecérsele un día. Para conseguido, es preciso que su fe, su esperanza y su amor sean puestos a prueba en la materia con sus trampas y seducciones.

Aquel que vive según la fe, la esperanza y el amor, vive según las leyes universales. Con la fe, la esperanza y el amor construiréis vuestra existencia. Apelad a estas fuerzas cósmicas en vosotros y pedidles su ayuda, hacedlas vuestras consejeras, puesto que es así como llegaréis a ser verdaderamente útiles a vosotros mismos y al mundo entero.

2.- LA FE MUEVE MONTAÑAS. EL GRANO DE MOSTAZA

Cuando vemos que alguien se lanza en un proyecto con convicción, entusiasmo y tenacidad, solemos decir: «tiene una fe capaz de transportar montañas.» Los que utilizan esta expresión quizás hayan olvidado, o incluso alguno nunca lo haya sabido, que tiene su origen en los Evangelios. Un día en que Jesús reprochaba a sus discípulos su incredulidad, les dijo. *«Si tuvierais la fe de un grano de mostaza, diríais a esta montaña: Desplázate de aquí a allá, y se desplazaría.»*[*] Pero ¿cómo podemos interpretar estas palabras?

Había una vez una vieja aldeana que estaba molesta porque una pequeña colina le impedía la vista del lugar. Cada mañana, cuando abría sus postigos, no podía dejar de echar pestes contra esta colina. Ya anciana y casi impedida, no podía guardar como antes su rebaño de vacas en el prado; si esta desdichada montaña no estuviera ahí, podría por lo menos ver a sus vacas desde su ventana. Pues he ahí que un domingo por la mañana, en misa, el cura comentó largamente en su sermón el versículo siguiente: *«Si tuvierais la fe de un grano de mostaza, diríais a esta montaña...* » Muy contenta, se dijo para sí misma que finalmente había encontrado la solución. Por la noche, al cerrar sus ventanas, hizo una corta oración y luego se dirigió con tono firma a la colina: «Mañana, cuando me despierte, no quiero verte más aquí, ¿me oyes?» Después se acostó tranquilamente. Al día siguiente, al despertarse, fue rápidamente a abrir sus postigos: la colina no se había movido. Después de manifestar su decepción, terminó refunfuñando: «Pero no me extraña, ya me lo suponía.»

Evidentemente, esta vieja mujer tenía razón en dudar, puesto que jamás nadie ha podido transportar una montaña, y Jesús nunca nos ha pedido cambiar las montañas de sitio. Hay que comprender simbólicamente esta imagen. La prueba de que es simbólica, es que Jesús mismo jamás se ocupó de desplazar montañas, y nadie tiene el derecho de hacerlo. De hecho, ¿por qué habría que hacerlo? ¿ Y qué sucedería si tuviéramos que medir la fe de los humanos con su poder en transportar montañas? ¡Qué trastornos en el relieve, en los climas! Los ríos, los lagos cambiarían también de sitio, y todo lo que esto conllevaría. Hay pues que dejar tranquilas a las montañas: allí donde están tienen su misión a cumplir.

Pensáis: pero entonces, ¿por qué Jesús habló así? Incluso en otro pasaje de los Evangelios, dice a sus discípulos: *«Si tenéis fe y no vaciláis, cuando diréis a esta montaña: Quítate de ahí y arrójate al mar, así se hará.»*[*] ¿Cómo comprender este pasaje si Jesús no explicó nada? Acordaros de que al final de su Evangelio, san Juan revela que si se tuviera que relatar con detalle todo lo que Jesús dijo e hizo, el mundo no podría contener los libros que se escribirían... Incluso aunque esto sea exagerado, demuestra que los Evangelios están lejos de ser completos: no dan más que el esqueleto de la enseñanza de Jesús, y es a nosotros a quienes, bajo la luz de la Ciencia Iniciática, nos corresponde poner la carne sobre este esqueleto.

Así pues, puesto que no se trata de montañas físicas, ¿de qué montañas habla Jesús? De nuestras montañas interiores, psíquicas... Si, todos los obstáculos, todas las dificultades que hemos dejado acumular en nosotros, he ahí las montañas que obstruyen nuestro camino y nos impiden avanzar. Diréis: «De acuerdo, hemos comprendido: esta imagen de la montaña pertenece al plano psíquico. Pero, ¿acaso nuestra fe, aunque sea muy potente, bastará para desplazar de una sola vez una montaña de dificultades y de problemas acumulados, desde encarnaciones y encarnaciones pasadas?»! ¿ y quién os habla de desplazarlas de una sola vez? Si supierais interpretar la imagen del grano de mostaza, comprenderíais que Jesús no dice esto.

Trasladémonos a otro pasaje de los Evangelios dónde Jesús también habla del grano de

---

[*] Mat. 17: 20

[*] Mat. 21: 21

mostaza: *«El Reino de Dios es semejante a un grano de mostaza que tomó un hombre y lo sembró en su campo. Es la más pequeña de todas las semillas; pero cuando crece, es mayor que las hortalizas y llega a ser un árbol, hasta el punto de que las aves del cielo vienen a habitar en sus ramas.»*[*] El grano de mostaza es minúsculo, si pero, ¿qué se hace con una semilla? La sembramos y una vez en tierra, germina, crece... lo que es importante en esta imagen de la semilla de mostaza utilizada por Jesús, es que se trata de una semilla, y que una semilla está hecha para ser sembrada. Una vez puesta en tierra, no permanece inactiva: si está sana y es de buena calidad, germina y se convierte en un árbol. Pero no de golpe: requiere tiempo.

Aquellos que leen la parábola de Jesús se sienten sorprendidos, sobretodo, por la desproporción que existe entre la altura de la montaña y la de la semilla, porque una montaña es enorme y un grano de mostaza es minúsculo, y puesto que se detienen ahí, no pueden interpretar correctamente esta parábola. Para interpretarla correctamente, es preciso, en primer lugar, reflexionar sobre la naturaleza y las propiedades de la semilla. Si el hombre cuya fe tuviera solamente el grosor de un grano de mostaza, pudiera un día transportar montañas, es porque este grano, una vez sembrado en su corazón, en su alma, crece y se desarrolla. Cuando se convierte en un árbol, los pájaros del cielo, es decir, todas las entidades luminosas del mundo invisible vienen a habitarle. Y estas entidades no llegan con las manos vacías, traen regalos del Cielo: la sabiduría, el amor, la pureza, la paz, la fuerza... y gracias a estos regalos, el hombre adquiere, poco a poco, el poder de transportar las montañas.

Para un cristiano es esencial comprender lo que quería decir Jesús cuando hablaba de esta fe capaz de transportar las montañas. Si no, nos contentamos con repetir palabras que han sido vaciadas de sentido. Como también lo fueron las palabras del Sermón de la montaña: *«Sed perfectos como vuestro Padre Celestial es perfecto.»* * El ser humano es tan débil, tan vacilante. ¿Cómo podrá desplazar una montaña? Y teniendo tantas lagunas, tantos defectos, ¿cómo conseguirá la perfección de su padre Celestial? No es posible. Y entonces, por incomprensión, por negligencia, por pereza, si, sobretodo por pereza, dejamos de lado la quintaesencia de la enseñanza de Cristo.2 ¡Es tanto más fácil insistir sobre las debilidades y las imperfecciones humanas imaginando así, según dicen, dar pruebas de lucidez, de razón, de modestia! Pero Jesús no tenía esta modestia, tenía las más altas ambiciones para el ser humano creado a imagen de Dios: si el ser humano lo desea, si hace esfuerzos, un día conseguirá la perfección de su padre Celestial. Y si tiene fe, conseguirá mover montañas, es decir, que todos los poderes le serán dados, pero en primer lugar poderes sobre sí mismo.

La fe es pues comparable a una semilla que hay que sembrar, pero evidentemente, no se trata de cualquier semilla. Esta semilla que se convertirá en un árbol en el cual los pájaros del cielo vendrán a anidar, no es tan fácil de reconocer; y por el contrario, ¡es muy fácil confundirla con las semillas de toda clase de creencias y de supersticiones! He aquí porqué los cristianos todavía no han transportado muchas montañas. Así pues, lo primero que hay que hacer, es aprender a reconocer esta semilla que es la fe.

Notas

1. *«Sois dioses»,* Parte IV, cap. 2: «La reencarnación», 1: La enseñanza de los Evangelios».
2. *«Sois dioses»,* Parte I, cap. 1: «Sed perfectos como vuestro padre Celestial es perfecto», y Parte III, cap. 3: «De la semilla al árbol».

---

[*] Mat. 13: 31

* Mat. 13: 31

3.- FE Y CREENCIA

En cierta ocasión, un cura cuyos feligreses eran en su mayor parte ricos, les dijo: «Hermanos, como podéis ver, nuestra iglesia es vieja y necesita ser restaurada; pero como ello cuesta mucho dinero, deberíamos pensar qué podemos hacer...» Los feligreses contestaron al unísono, que rogarían a Dios para que les ayudara a encontrar el dinero necesario. «¿Cómo? -dijo el cura indignado-, sois multimillonarios y, ¿queréis molestar al Señor para obtener una suma de dinero que os es tan fácil de conseguir por vosotros mismos?»

Pues bien, esto es a lo que muchos creyentes llaman fe: reclaman la intervención divina para arreglar sus asuntos, cuando ellos podrían desenvolverse muy bien solos si se decidieran a hacer lo que es preciso. Cuando los humanos son un poco altruistas, rezan por la paz en el mundo, para que haya menos desgraciados... Pero sobre todo, cuentan con el Señor para asegurar su bienestar, su comodidad, su seguridad. Alguien va de vacaciones, y al cerrar la puerta de su casa recita mentalmente una oración: «Señor, guarda mi casa.» Pero he aquí que a la vuelta, descubre que la casa ha sido «visitada». Entonces se enfurece y se pregunta porqué el Señor no se quedó allí, fiel en su sitio vigilando. Pues sí, el Señor es un portero, debe vigilar la casa mientras que él, «el dueño», se pasea...

Diréis: «¿Pero acaso la oración no es una expresión de nuestra fe?.. ¿No hay que rezar?..» Sí, hay que rezar. Pero rezar no consiste en dirigir reclamaciones al Señor[3] El Señor nos ha dado todos los medios materiales y espirituales para cubrir nuestras necesidades, e incluso las de los demás, y la oración sólo nos debe servir para elevamos a fin de encontrar estos métodos. Hace ya tiempo que Dios hizo su «trabajo», si se puede decir así; no es Él quien ahora debe procurarnos lo que nos falta, nos corresponde a nosotros buscarlo. ¿De qué sirve rogarle que nos dé salud o el afecto de los demás, si seguimos llevando una vida que nos enferma o nos vuelve antipáticos? Y ¿de qué sirve rezar por la paz si continuamos transportando en nosotros mismos verdaderos campos de batalla?.. Es cierto que la oración es una manifestación de la fe, pero la fe debe ser comprendida como esta fuerza que empuja al hombre a ir más allá, a superarse. Sólo que hay una fe inspirada por el esfuerzo, la actividad, y una fe inspirada por la pereza. ¡Cuánta gente llama fe a lo que en realidad no es más que una creencia o incluso una ofuscación!

Para justificar sus torpezas, sus errores, sus fracasos, alguien os dice: «Ah, pero yo creía que...» Pues si, creía, creía, pero creer sólo ha servido para extraviarle. Y lo más grave, es que este «creyente» seguirá creyendo... y perdiéndose. ¿Hasta cuando? Hasta que aprenda a sustituir sus creencias por la fe, la verdadera fe, la que está fundada en un saber. Instintivamente sentimos la diferencia entre creencia y fe puesto que llegamos a decir: «Yo creo» cuando expresamos una incertidumbre. Cuando decimos: «Creo que vendrá mañana», en realidad no estamos muy seguros de ello, es una creencia. Y la pregunta: «¿Creéis que...?» significa que exploramos un terreno desconocido. Trabajar sobre lo conocido, o sea, sobre un terreno donde hemos adquirido una larga experiencia gracias a un trabajo pacientemente realizado, esto es verdaderamente la fe.

Tomemos un ejemplo muy sencillo. Un jardinero posee diferentes semillas: las siembra y puede decir, sin temor a equivocarse, que aquí aparecerán lechugas, allá rábanos, etc. Y esto puede verificarse puesto que se trata de un saber fundado en el estudio y la experiencia. Así pues, en sus creencias, muchas personas son como el jardinero que espera cosechar sin haber sembrado nada, o que siembra semillas de zanahorias pensando que verá crecer puerros. Esperan cosas irrealizables porque no poseen ni sabiduría ni experiencia. Sólo podemos recolectar lo que hemos sembrado. Entonces sí, podemos tener fe. Ved como, de nuevo, volvemos a encontrar esta imagen de la semilla utilizada por Jesús en la parábola del grano de mostaza.

---

[3] «Buscad el Reino de Dios y su Justicia», Parte III, cap. 3: «La oración».

No hay pues que hacerse ilusiones. Si encontramos fracasos en lugar de los éxitos esperados, es que no hemos sembrado nada, o no hemos sabido sembrar las buenas semillas. Esto puede comprobarse en todos los ámbitos, incluso en el de la religión. Muchos dicen ser creyentes, espiritualistas, pero cuando vemos en qué condiciones se debaten, uno se pregunta qué han comprendido. ¿Cómo podemos ayudarles? Sería un progreso si pudieran admitir que se equivocan, que todavía no saben lo que es verdaderamente la fe. En lugar de esto, se indignarán, replicarán con viveza diciéndoos a qué religión pertenecen, en lo que creen; enumeraran las oraciones que recitan, las ceremonias a las que asisten, etc... ¿cómo podéis dudar de su fe? He aquí gente desgraciada, enferma, murmuradora, celosa, agriada; envenenan su vida y la de su alrededor, pero ¡tienen fe!

Pues bien, estos ignorantes no saben que la fe y el éxito van juntos, y por «éxito» entiendo la victoria sobre las dificultades y los obstáculos interiores. No conocen, o han olvidado la parábola de Jesús sobre el grano de mostaza: no sólo no han transportado montañas, sino que han sido sepultados debajo de ellas. Lo que llaman fe, no son, en realidad, más que creencias o convicciones personales. Ahora bien, a menudo las convicciones no son más fundadas que las creencias. Naturalmente, las convicciones son una fuerza debido a la energía que desprenden. El que está convencido, emite unas ondas que lo arrastran todo a su paso, al igual que el torbellino de viento se lleva las hojas muertas. Por eso, a menudo, son los insensatos quienes imponen sus convicciones a los demás, ya que, como se suele decir, «no dudan de nada.» Pero, ¿a dónde les llevará esta actitud? No se lo preguntan.

No hay pues que confundir fe y creencia. Desgraciadamente, la mayoría de los que pretenden tener fe, hacen esta confusión: sí, puesto que podemos tener creencias, e incluso creencias religiosas, y no tener verdaderamente fe. Tener fe es saber elegir las semillas y sembrarlas en uno mismo: entonces veremos crecer árboles magníficos, y sobre esos árboles cogeremos frutos deliciosos. Si no cosechamos nada, o solamente cardos y espinas, quiere decir que todavía no nos hemos convertido en un buen sembrador, en un verdadero creyente.[4]

Para diferenciar bien entre fe y creencia, necesitamos criterios. El primer criterio de la fe, es que mejora al ser humano, lo vuelve más estable, más armonioso, más preocupado por los demás... Y éste es un proceso que debe ir ampliándose como el árbol de la parábola que no cesa de crecer, de tal modo que los pájaros del cielo -es decir, las virtudes, las entidades luminosas- vienen a habitar en sus ramas.

El Cielo no exige de los humanos que sean perfectos, sino que trabajen para su perfeccionamiento. Un día cada uno debe decirse: «Ahora he comprendido, siembro semillas en mi alma (pensamientos y sentimientos de luz, el amor por un alto ideal), y velaré por ellas sin cesar, las animaré, las regaré, las alimentaré con lo mejor de todo cuanto poseo. Sé que el universo está regido por leyes, y una de estas leyes es que toda semilla acaba dando frutos.» He aquí verdaderamente lo que es la fe. Así, sea cual fuere vuestra religión, el cristianismo, el Islam, el judaísmo, el hinduismo, etc.,.. mientras no comprendáis esta ley, y mientras no la apliquéis, no poseéis la fe sino solamente unas creencias que no os pueden llevar muy lejos. Mejor dicho si, pueden llevaros muy lejos, pero hacia la pereza, el fracaso, la rebelión, etc...

La creencia es ineficaz porque es algo que viene del exterior o de la periferia de nuestro ser, y en cualquier momento, frente a la realidad, se pulveriza. Por el contrario, la fe viene de dentro, del centro, y es de ahí de dónde obtiene su eficacia. Es también un error imaginarse que la fe es propia de la gente ignorante, ingenua o incluso un poco retrasada, y que estamos en una etapa de

[4] «Sois dioses», Parte IV, cap. 1,1. «La ley causa y efecto».

la evolución humana en la que debemos abandonar creencias llamadas irracionales. Al contrario, la fe está fundada en el conocimiento de las leyes; así pues, ¿existe ciencia más grande que la de las leyes?[5]

Tener fe es construir su existencia sobre bases sólidas porque conocemos las leyes. Quien tiene fe, siente que avanza por un camino bien trazado. Este camino lo ha escogido él mismo, y es él quien decide tomarlo porque ha verificado la ley de causas y efectos. Y mientras está ocupado en construir algo sólido, bello, no tiene tiempo de ocuparse en estupideces que se cuentan o que se hacen a su alrededor: su atención está concentrada en el trabajo que ha emprendido. Y si ciertas dificultades sobrevienen en su vida, los resultados ya obtenidos por este trabajo le refuerzan y le ayudan a superarlas.

¡Hay tanta gente turbada! No están seguros de nada, ven peligros por todas partes porque tienen la sensación de ser arrojados a la existencia como en un engranaje del que desconocen sus mecanismos. Lo que ocurre, es que no saben trabajar con las leyes, y no pueden por tanto despejar el camino para asegurar su futuro. Ahora bien, no podemos construir nuestro futuro con un presente detestable, puesto que no existe una ruptura entre los dos. Mientras no hayamos aprendido a sostener el presente sobre unas bases estables, evidentemente podemos temer cualquier cosa del futuro. ¿Cómo no tener miedo si no sabemos a dónde vamos, si no tenemos ninguna certeza, si estamos en la oscuridad? La oscuridad es la causa de todos los miedos, allí todo parece amenazante.

La vida humana puede ser comparada con la travesía de un bosque o la ascensión de una alta montaña. ¡Cuántos esfuerzos, cuántos peligros a afrontar para llegar a la meta! Y si atravesamos este bosque o escalamos esta montaña en la oscuridad, existe el peligro de perdemos, de ser atacados por animales salvajes, de caer en emboscadas, de caer al fondo de un precipicio, etc... En las tinieblas, no sólo estamos verdaderamente expuestos a los peligros, sino que lo más peligroso todavía, es el miedo que nosotros mismos nos creamos por no saber cómo interpretar los ruidos y las formas imprecisas que vemos agitarse. Así no podemos confiar en nada, y vivimos en la duda y en la angustia persuadiéndonos de que algo malo está siempre a punto de suceder.

Y puesto que creer es abrir una puerta en nosotros mismos, tener miedo es potenciar aquello que tememos, es prepararle las condiciones para que nos dañe. He ahí lo que simbólicamente es la vida de los humanos que no poseen la luz de la fe, la verdadera fe que es en realidad el verdadero saber, un saber que nos acompaña como una luz, que nos da la seguridad y la paz. Aunque debamos incluso pasar pruebas, cuando sabemos cómo son las cosas, podemos caminar tranquilamente, llenos de esperanza en el futuro. Es así cómo aparece la relación entre la fe y la esperanza, es decir entre el presente y el futuro.

He ahí todavía una luz proyectada sobre las palabras de Jesús: *«No os preocupéis por el mañana, puesto que el mañana se ocupará de sí mismo, a cada día le basta su pena.»* * Así pues, cumplid hoy con vuestro deber sabiendo que es la única cosa buena que debéis hacer, esto es suficiente, no debéis preocuparos por el mañana: puesto que el *mañana* está necesariamente unido al día anterior, - también él será ordenado, armonioso. También aquí es como si sembrarais una semilla que dará frutos.

¡Cuánto se equivocan quienes opinan que es imposible conocer los criterios de la fe! No

---

[5] «Sois dioses», Parte IV, cap. 1: «Leyes de la naturaleza y leyes morales».

* Mat. 6: 34

tienen más que observar, observar los acontecimientos de su vida psíquica, así como los de su vida física o social. Cada vez que se encuentran frente a un camino sin salida, es que no han sabido dónde situar su fe. Pero Dios mío, ¿acaso es tan difícil comprender que una causa siempre produce las consecuencias que le corresponden, y que si queremos encontrar explicaciones a los acontecimientos, y a todo lo que nos sucede, hay que buscar siempre la respuesta en las causas? He ahí el criterio de la fe. Hasta aquí nos contentamos con chapotear en las creencias. Pues si, ¡creemos que por haber puesto la sartén al fuego con aceite, nos va a llegar el pez coleando cuándo todavía está en el mar! No es así, y hay que desembarazarse de estas creencias ilusorias porque no pueden traernos más que desilusiones. La creencia es el producto de deseos personales o de juegos del intelecto y que, por lo tanto, conduce fatalmente a la duda, a la inquietud, a la sospecha. Por el contrario, la fe es una certeza absoluta que conduce siempre a un resultado positivo.

La verdadera fe, está pues fundada sobre un saber adquirido por la experiencia. Pero el ser humano, por naturaleza, se deja llevar más por la creencia que por el saber, porque la creencia es espontánea, instintiva, mientras que el saber exige estudio, reflexión, experiencia. La creencia, pues, precede siempre al saber. Desde el momento en que sabemos algo, salimos del terreno de la creencia. Pero entonces la creencia se traslada hacia un objeto un poco más lejano, hasta el momento en que, aquí también, el saber vendrá a reemplazarla. El saber es como la línea del horizonte: cuanto más os acercáis a ella, más se aleja, pero así es como progresáis sin cesar.

En principio, quizá os resultará difícil distinguir claramente la creencia de la fe ya que el límite que las separa está mal definido; se funden la una en la otra, de la misma forma que lo físico se funde, poco a poco, en lo psíquico, sin que podamos asegurar dónde termina uno y dónde empieza el otro. Sus fronteras no son más precisas que las de los colores del espectro: el rojo, por ejemplo, no es el naranja, y sin embargo no sabemos exactamente dónde se encuentra el límite entre ambos. Asimismo, a pesar de que la fe sea diferente de la creencia, está íntimamente unida a ella.

Para vivir tenemos necesidad de apoyamos en determinadas creencias, son como soportes para nuestra vida afectiva e intelectual. Sin estos soportes, la existencia no es posible, sería como avanzar entre arenas movedizas. Tanto internamente como externamente, necesitamos creer que tenemos algo sólido bajo los pies. Es por ello por lo que siempre es útil creer en cosas buenas, puesto que aunque uno se haga ciertas ilusiones, esto ayuda a mantenerse en disposiciones constructivas. Lo esencial es llegar a ser consciente, esforzarse en reemplazar estas creencias borrosas por conocimientos verdaderos y no poseer, a los cuarenta años, la misma inseguridad que a los veinte.

Podemos incluso decir que la fe es un trabajo sobre las creencias, y aquel que no está decidido a hacer este trabajo, a menudo se convierte en víctima de supersticiones. Puesto que creencias y supersticiones ambas van juntas. Ya que el ser humano siempre tiene necesidad de creer en algo, quienes no han comprendido lo que es realmente la fe, se aferran a todo tipo de nimiedades: tal objeto les trae suerte, tal número o tal día de la semana les resulta beneficioso y tal otro perjudicial, el encuentro con tal o cual persona es interpretado como un buen o mal augurio, etc... No niego que pueda darse un significado a los objetos, a los números, a los días, a los encuentros, pero esto jamás substituirá una fe fundada en las grandes leyes que rigen nuestra vida psíquica y espiritual.

¿Queréis que os defina la superstición? Ser supersticioso es pensar que podremos cosechar allá dónde no hemos sembrado. La verdadera fe, por el contrario, es esperar que después de haber sembrado, recolectaremos, en esta vida o bien en otra, o también a través de nuestros hijos. Si

sembráis buenas semillas en un terreno fértil y en una época favorable, germinan y crecen. Quizás se malogren algunas semillas, pero la mayoría crecerán y darán frutos. Cuántos hombres y mujeres que nunca han trabajado en el terreno intelectual, afectivo o psíquico, esperan cosechar, y cuando constatan sus fracasos, se revelan contra la injusticia. ¿Pero de quién es la culpa? Aquellos que siembran y plantan, no se sienten jamás decepcionados. Cuando se posee la verdadera fe, no nos sentimos decepcionados. Los que se decepcionan, son los que esperan cosechar imposibles.

Y puesto que tener fe es hacer crecer semillas, éstas un día nos alimentaran, a diferencia de la creencia que finalmente, nos deja hambrientos. La creencia se puede comparar con la hipnosis. Si hipnotizáis a alguien, podéis persuadirle, por ejemplo, de que está comiendo una buena cena. Al retomar en sí mismo, podrá detallaros incluso el menú, y se sentirá satisfecho por todo lo que ha probado; sin embargo, su estómago estará vacío, y de seguir con este régimen, periclitará. Pues bien, así es cómo las creencias inducen a error a la mayoría de personas, mientras que la fe les hace saborear frutos reales cada día, frutos nutritivos que son el resultado de su trabajo.

Los seres que se contentan con creencias, interiormente seguirán siendo pobres, débiles, vacilantes, aunque físicamente sean muy vigorosos. La creencia no alimenta. Sólo la fe alimenta, y para llegar a la fe, hay que estudiar, experimentar, hacer esfuerzos. Si en la antigüedad la Iniciación estaba reservada a ciertos seres, no era tanto por los secretos revelados que otros no debían conocer, como por el hecho de poseer cualidades que les permitía realizar algo con estas revelaciones. Las verdades espirituales sólo enriquecen a aquel que tiene un intelecto para comprenderlas, un corazón para desearlas, y sobre todo una voluntad para empezar el trabajo y perseverar. A los demás, no les aportan nada, incluso pueden ser perjudiciales.

Si reducimos la religión a unos artículos de fe independientes de la experiencia y de los actos que debieran acompañarles, ésto conseguirá separar la religión de la fe, y de este modo, sólo quedarán creencias que no salvarán a nadie. Los perezosos jamás son salvados. Sin trabajo, sin esfuerzo, sin experimentación, ¿qué resultado cabe esperar? Mientras los creyentes vayan repitiendo fórmulas, gestos, ritos ininteligibles, su fe no trasladará las montañas, no hará ningún milagro. Y cuando hablo de milagro, no me refiero ni de curar enfermos, ni de resucitar muertos, sino de transformarse a sí mismo, de resucitarse a sí mismo.

Ya es tiempo de aprender a no confundir más la realidad de la fe con la ilusión de la creencia. Si vuestra salud mejora, si vuestro pensamiento se ilumina, si vuestra fuerza aumenta, si vuestro amor se agranda, es que os alimentáis de fe. En cuanto a las creencias con las que imagináis que os alimentáis, se parecen a esas golosinas que se venden en las ferias. ¿Conocéis estos dulces llamados «barba de papá», que tienen la consistencia del algodón y con los que los niños se divierten. Pues no sólo no les alimentan, sino que además les estropean los dientes. Así es cómo mucha gente absorbe creencias, toneladas de sueños, de promesas en las que no hay nada sólido: azúcar y algodón... Creen, creen, no cesan de creer y los resultados que obtienen son totalmente opuestos a los que esperaban.

¿Creer? Pero no hay que creer más, ¡hay que saber! La fe es la condensación de un saber inmemorial. Allí dónde no conocemos, no hay fe. Así pues, estudiad, reforzaros, trabajad cada día con las virtudes divinas: el amor, la sabiduría, la verdad, la bondad, la justicia[6] puesto que son semillas que sembraréis en vuestro camino, y al final de este camino, os espera la plenitud de la vida, la resurrección.

---

[6] «Sois dioses», Parte VII, cap. 2, 1: «El plexo solar y el cerebro» p. 410-412; p. 424.

4.- CIENCIA Y RELIGIÓN

Desde hace siglos, en Occidente, asistimos a combates que sin cesar se libran entre religión y ciencia. Durante mucho tiempo, la religión ha sido suficientemente poderosa para conseguir la victoria; era ella quien dictaba su ley hasta el punto de condenar ciertos descubrimientos bajo el pretexto de que contradecían los textos bíblicos, o los dogmas de la Iglesia. Y la persona audaz que, por ejemplo, ponía en duda que Dios hubiese creado el mundo en seis días, o pretendiera que la Tierra girara alrededor del sol, se arriesgaba a terminar en la hoguera. Luego, poco a poco, la situación se invirtió: conforme a sus progresos, la ciencia adquirió preponderancia y se vengó de la situación anterior llegando a ridiculizar a la religión, que se vio obligada a batirse en retirada. Ahora todo el mundo reconoce que la religión ha perdido su influencia, algunos evidentemente lo lamentan, mientras que otros se alegran por ello. Pero lamentarlo o alegrarse no es lo que dará respuesta a los problemas que atormentan a los hombres.

Para simplificar, digamos que la ciencia concierne al mundo visible, la religión al mundo invisible; la incomprensión que existe entre los hombres de ciencia y los hombres de fe, viene del hecho de que unos fundan sus certezas sobre una realidad visible, objetiva y, los otros, sobre una realidad invisible, subjetiva. Pero unos y otros tienen un punto de vista incompleto, puesto que cada uno por su cuenta tiene tendencia a privilegiar un aspecto en detrimento de otro.

El universo es una unidad que la ciencia nos permite comprender desde fuera, y la religión desde dentro, puesto que el ser humano es, él mismo, una unidad que tiene la facultad de vivir en el mundo objetivo y en el mundo subjetivo a la vez. Así pues, ciencia y religión no deben combatirse sino complementarse. De hecho, la ciencia jamás combate la religión, o a la inversa: son los científicos y los religiosos quienes se enfrentan, porque no poseen más que una parte del saber.

La ciencia no podrá aniquilar a la religión no más que la religión ha podido aniquilar a la ciencia, puesto que ambas están fundadas en leyes idénticas. No existe ni separación, ni contradicción entre ellas. Las separaciones y las contradicciones existen sólo en la cabeza de los ignorantes que no saben cómo Dios ha creado el Universo. La ciencia bien comprendida, sólo puede ayudar a los creyentes a concentrarse sobre lo esencial, y la religión también bien comprendida, da su verdadera dimensión a la ciencia. Cada una tiene una función y deben ayudarse mutuamente, no deben despreciarse, ni rechazarse, ni intentar destruirse. De todos modos, no lo conseguirán. Sus enfrentamientos no son más que estériles tentativas, y una pérdida de tiempo. En lo sucesivo, en cada ser humano debe haber un religioso y un sabio. Sí, para que la religión y la ciencia no combatan más en la sociedad, deben cesar de luchar en el ser humano, puesto que es aquí dónde se producen los mayores estragos. Cuando un hombre de fe se opone a un hombre de ciencia -o viceversa-, cree que está atacando a un adversario fuera de él, pero en realidad se ataca a sí mismo.

Los incrédulos tienen una idea falsa sobre la religión, de hecho, incluso la mayoría de creyentes no tiene una idea exacta sobre ella puesto que, frecuentemente, la limitan a un conjunto de dogmas y de ritos. En realidad, la religión es, ante todo, una ciencia fundada sobre el conocimiento del ser humano tal como fue creado, a imagen de Dios.[7] Podemos pues decir, que los fundamentos de la religión están inscritos en el mismo ser humano. Creando al hombre, Dios ha imprimido su sello en él y, haga lo que haga, no puede librarse de ello, se trata de una huella inscrita en su estructura. Desde este punto de vista, el hombre no es en absoluto libre, no puede

[7] *«Sois Dioses»,* Parte III: «y Dios creó al hombre a su imagen».

escapar a este carácter distintivo, a este esquema a partir del cual todo su ser ha sido construido. En desquite, al hombre se le ha dado la mayor libertad para manifestar esta predestinación divina que lleva en él. Así es cómo se explica la diversidad de religiones que, según las épocas y los lugares, han tomado las formas más variadas y las más ricas.

Un científico os dirá que sólo admite como verdadero y digno de interés, aquello que ha podido observar, calcular, medir, pesar, comparar, clasificar; el resto es dudoso y debe dejarse de lado. Muy bien, pero esto reduce enormemente su campo de conciencia. Porque las dos terceras partes (digamos dos terceras partes) de la existencia humana, está llena de actividades que nadie pesa, ni mide. Pues sí, las dos terceras partes del tiempo vivimos, eso es todo. Y si esta vida no merece ni atención, ni interés, uno se pregunta ¿por qué un científico continúa viviendo? Respira, come, bebe, duerme, anda, tiene pensamientos, sentimientos, sensaciones, deseos, se encuentra con gente, habla con ella, incluso la abraza, y hace todo esto sin preguntarse si lo hace científicamente. ¿Cómo puede aceptar vivir una vida que, en gran parte, no es científica? ¡Debería rehusar a ello!

Los humanos se dispersan en la periferia de su ser al valorar una visión científica del mundo que da prioridad a la exploración de la naturaleza, por lo tanto, al estudio del mundo físico, del mundo que es exterior a ellos, o que no es más que una envoltura material de su yo profundo. No se dan cuenta que están perdiendo su centro, este punto que no sólo les mantiene en equilibrio, sino que también los une a la Fuente de la vida universal. Evidentemente, no les está prohibido considerar el universo como un inmenso campo de investigaciones y experiencias que el Creador ha puesto a su disposición. Pero no será lanzándose sin reflexionar en la física, la química, la biología, la zoología, la astronomía, etc., que los hombres apreciarán el sabor de la vida divina. Mientras estén tan ocupados en satisfacer todas sus curiosidades, el tiempo pasa, su vida transcurre, y ellos se debilitan.

Cualesquiera que sean las posibilidades de explorar y de explotar la materia que se ofrecen a los científicos, después de un período de admiración a raíz de sus descubrimientos, empezarán a sentir un vacío en su interior, ya que nada de lo que el intelecto puede tocar, abarcar, comprender, es capaz de colmamos. Sólo la inmensidad, el misterio, lo invisible, lo impalpable, todo lo que no conocemos, puede colmar y llenar nuestra alma humana. La verdadera ciencia está aquí.

La verdadera ciencia no es el resultado de adquisiciones del intelecto, la verdadera ciencia es un saber que concierne al ser humano, su estructura psíquica y espiritual, sus cuerpos sutiles, sus aspiraciones más elevadas, así como sus lazos con todo el universo. No hay que rechazar fenómenos bajo el pretexto de que no entran en la categoría de aquello que puede ser observado y calculado. La vida espiritual está considerada como un fenómeno no científico. Admitámoslo. Pero si queréis sentiros siempre insatisfechos y en el vacío, ocuparas solamente de lo que se considera «científico».

A medida que progresaba, la ciencia ha creído que podía explicado todo y aportar todas las soluciones a los problemas de la humanidad. Efectivamente, la ciencia ha aportado grandes mejoras en muchos terrenos, pero no podemos decir que haya mejorado en profundidad la condición humana, porque la ciencia sólo concierne al mundo físico, y un poco al mundo psíquico; no concierne ni al alma, ni al espíritu, lo que es normal puesto que no es su dominio. Gracias a aparatos extremadamente perfeccionados, en poco tiempo la ciencia ha hecho descubrimientos inauditos, tanto en el terreno de lo infinitamente grande, como en el de lo infinitamente pequeño, y estos descubrimientos han despertado en algunos la ilusión de que la ciencia puede suplantar la religión. Pero el hecho de que unos astronautas recorran un espacio cósmico que durante milenios los humanos han considerado la morada de Dios, que los físicos penetren en los secretos de la materia, que los biólogos adquieran cada vez más poder sobre la

vida, todo esto no es motivo suficiente para que el hombre pueda creerse igual a Dios, declarar que Él no existe, o bien que está muerto y que la Creación no es más que producto del azar.

Todos estos filósofos y estos científicos que creen que el universo y el hombre son producto del azar, son como aquellos creyentes que esperan una cosecha cuando no han sembrado nada. Sí, se trata del mismo error en ambos casos: en el primero, estamos hablando de consecuencias sin causas, y en el segundo, de una creación sin autor. No merece la pena que gente, digamos, inteligente y sabia, se burle de la ingenuidad de los creyentes: sus convicciones son igualmente ridículas.

Lo mismo que la religión no ha podido oponerse al desarrollo de la ciencia, la ciencia, a pesar de sus progresos, no podrá ni suplantar ni destruir la religión. Existe un vínculo entre estas dos actitudes, y cada una de ellas debe contribuir a beneficiar, a iluminar a la otra. Aquellos que intentan separarlas u oponerlas entre sí, cometen un error. El Señor no puede haber introducido dos realidades incompatibles en el universo que ha creado, y en el hombre que ha hecho a su imagen. Pero para llegar a esta comprensión de las cosas, hay que realizar ciertos ajustes interiores.

Frecuentemente vemos cómo ciertas personalidades se indignan al ver que en el siglo XX, la humanidad todavía no se ha desembarazado de creencias calificadas como irracionales. Incluso nos vemos obligados a constatar que, después de un período materialista, cientista, cada vez más la gente se vuelve nuevamente hacia la religión, la espiritualidad, el misticismo, y esta tendencia, a veces adopta formas confusas e insensatas. Incluso las autoridades religiosas se conmueven por ello, porque se sienten superadas por estas nuevas corrientes que no consiguen dominar. Pues bien, son los propios religiosos los responsables de esta situación toda vez que estuvieron más preocupados por extender el dominio de la Iglesia, que por responder a las necesidades de las almas y de los espíritus, al igual que los científicos y sus filosofías materialistas. Así pues, que cesen de lamentarse tanto unos como otros, sobre una situación que ellos mismos contribuyeron a crear, y que intenten de encontrar juntos la forma de remediarla.

El ser humano no puede dilatarse más que en la inmensidad, en el infinito. Aunque encuentre útil, interesante, indispensable, todo lo que ya es visible, determinado, medido, clasificado, acabará por sentir que todo esto no satisface más que a una parte de sí mismo, y que es insuficiente para llenar su existencia. ¿Por qué les gustan tanto los cuentos a los niños? Y, ¿por qué también los adultos, en su mayoría, en cuanto pueden se refugian en mundos extraños, fantásticos, irracionales? Porque es una necesidad innata del ser humano: ha sido creado para vivir en los dos mundos, objetivo y subjetivo, material y espiritual, visible e invisible; así pues, posee capacidades para entrar en relación con estos dos mundos, y tiene necesidad de los dos. Sólo que no hay que confundir: la realidad que percibimos gracias a los cinco sentidos, no es la que percibimos gracias a los sentidos del mundo espiritual; son dos mundos diferentes, y su conocimiento necesita instrumentos distintos.[8]

Los científicos deben contentarse en estudiar, observar y dar resultados de sus observaciones, eso es todo. No pueden pronunciarse sobre la vida psíquica del hombre, su vida moral, espiritual. Existe una frontera que no pueden franquear con los medios de qué disponen, no les está permitido reemplazar la religión por la ciencia, y todavía menos destruida. Lo que pueden destruir, son las falsas creencias, y esto es una buena cosa. La verdadera religión no tiene necesidad de embarazarse con errores y supersticiones, y la verdadera ciencia no puede perjudicar a la verdadera religión: Dios no se ofenderá si no creéis que Él creó el mundo en seis

[8] *«Sois Dioses»,* Parte VII: «Los órganos del conocimiento espiritual».

días, y se sentirá tanto menos ofendido ya que, en realidad, crea incesantemente.

Pero querer combatir la religión en nombre de la objetividad y de la razón, es una tentativa destinada al fracaso. No podemos suprimir el sentimiento religioso, al igual que no podemos suprimir otros sentimientos. Éste también es un terreno en el que la razón por sí sola, es inoperante porque, lo repito, el sentido de lo sagrado, la necesidad de sentirse unido a este mundo divino en el cual tiene su origen, está inscrito en la estructura del ser humano. Podemos intentar negarlo, extirpar las raíces; aunque en ciertos momentos pueda parecer que lo consigamos, estos resultados no durarán, y nos veremos obligados a constatar todos los estragos que una tal tentativa habrá producido, no solamente en los individuos, sino también en la sociedad.

Por otra parte, toda esta gente que predica la objetividad y la razón, ¿acaso han conseguido introducirlas en su vida? Miradles: se debaten entre angustias, miedos, cóleras, celos y todo tipo de pasiones incontroladas. ¿Dónde están aquí la objetividad y la razón?... Pero ellos aceptan todos estos sentimientos inferiores, incluso los encuentran naturales. Mientras que los sentimientos superiores que puede inspirar la fe en una Entidad sublime que ha creado el cielo y la tierra, la confianza, el reconocimiento, el amor, la adoración por este Ser, los encuentran ridículos. Al igual que el intelecto, la razón es muy útil cuando hay que poner un poco de orden en el terreno del sentimiento; digamos que hace limpieza, sí, pero solamente limpieza, no el vacío. Cuando limpiáis vuestra casa, movéis los muebles y los objetos para poder pasar el aspirador, sacar el polvo, después los ponéis nuevamente en su sitio, no los tiráis por la ventana. Entonces, si la razón debe hacer limpieza también en vosotros, no es para desembarazarse del verdadero sentimiento religioso, sino para que aparezca en todo su esplendor una vez rechazadas las falsas creencias.

Teorías materialistas pueden, por un momento, llegar a seducir a la gente hasta el punto de apartarles de la inmensidad, pero esto es tan sólo pasajero. Que plazca o no a todos estos «grandes pensadores», el Creador ha construido al ser humano de tal forma que le es imposible pasarse sin Él. Si cree poder hacerlo, lo conseguirá sólo durante un cierto tiempo; muy pronto, después, se sentirá mutilado y se verá obligado a regresar hacia otra comprensión del mundo y de él mismo. Así pues, es inútil perder el tiempo indignándose y enfureciéndose contra gente incorregible que tiene necesidad de creer en un Creador del universo, en mundos invisibles poblados de entidades espirituales, en una vida después de la muerte, en el poder de la oración: permanecerán incorregibles. Porque en este punto se afrontan con la realidad del hombre y del universo, y contra esta realidad nadie puede hacer nada.

¿Qué sabemos del ser humano? Han sido precisos milenios para llegar a conocer su cuerpo físico, y no tenemos la certeza de que lo hayamos descubierto realmente todo. En cuanto a su ser psíquico, espiritual, excepto los Iniciados y los místicos, no conocemos casi nada.[9] ¡Diréis que los psicólogos, los psicoanalistas, los psiquiatras tienen un gran conocimiento del psiquismo humano! Sin poner en duda su saber, observo que su oficio consiste en ocuparse de los enfermos. Esto está muy bien, pero yo hago la pregunta de otra forma: ¿no sería mejor dar a los humanos un saber que les permitiera vencer sus angustias y sus tormentos antes que su estado no les obligue a consultar un psiquiatra? Si recibieran un verdadero saber, no tendrían que consultar a nadie.

Pero, ¿quién se preocupa por dar a los humanos un saber que les permita desarrollarse de manera armoniosa, para poder afrontar las dificultades interiores y exteriores que puedan encontrar? Esperan que se pongan enfermos para intervenir. Cuando ya no saben dónde están,

---

[9] *«Buscad el Reino de Dios y su Justicia»,* Parte III, cap. 1: «El cuerpo, instrumento del espíritu. El cuadro sinóptico».

cuando se disponen a suicidarse, o bien después de haberlo ya intentado, entonces se les tranquiliza diciéndoles que se les ayudará para que encuentren la paz, el equilibrio y el sentido de la vida. Y mientras tanto, ¡se les atiborra de medicamentos! Evidentemente, cuando las cosas han llegado a este punto de gravedad, no hay otra cosa que hacer. Pero ¿hasta cuando vamos a esperar a que la gente enferme para ocupamos de ellos? Diréis: «¡Pero esto es la ciencia!» No, esto son solamente migajas de los conocimientos. La ciencia, la verdadera, es otra cosa.

No habrá verdadera ciencia hasta el día en que ciencia y religión se decidan a trabajar juntas para estudiar estos centros -estos órganos, estos aparatos, llamadles como queráis- gracias a los cuales el hombre puede entrar en relación con el mundo espiritual, el mundo divino. ¿Cómo podemos imaginar que el Creador que ha dotado al hombre de todas las herramientas necesarias para vivir y actuar en el mundo físico, lo haya dejado desprovisto para vivir y actuar en el mundo espiritual? Sólo que, para poner a los científicos en esta vía, en primer lugar, el clero no debería ya contentarse en presentar la religión como un conjunto de prescripciones, cuyos fundamentos no se conocen con claridad.

No basta con que la suntuosidad de las iglesias y de las catedrales, el esplendor de los oficios religiosos, la belleza de las oraciones y los cantos despierten ciertas emociones en las almas. Los hombres necesitan algo más preciso que las emociones, las sensaciones, puesto que las emociones y las sensaciones son pasajeras, no dan un fundamento sólido a su existencia. Incluso los creyentes acaban por dudar: no buscan ir más allá de nociones espirituales con las que siglos atrás se contentaba la gente al no tener las exigencias de comprensión de hoy en día. Entonces estos «creyentes», a pesar de continuar creyendo, en realidad dudan. Ahora, para creer verdaderamente, los humanos necesitan saber, comprender. Ya ha pasado la época en la que se enseñaba a los fieles que la verdadera fe consiste en aceptar las revelaciones que no se comprenden. No quieren oír hablar más de los «misterios de la fe». Se desembarazarán cada vez más de estas nociones que consideran como una esclavitud, un obstáculo para su expansión.

Los progresos que la humanidad ha hecho en el plano de los conocimientos científicos, conllevan necesariamente otro punto de vista sobre la religión y, por consiguiente, sobre la moral. Y ahora, hay que hacer comprender a los humanos que la religión, al igual que la moral, están fundadas sobre leyes tan reales y verificables como las del mundo físico. Ya que, lo mismo que el universo creado por Dios se apoya sobre leyes, el ser humano creado por Dios posee un organismo físico y un organismo psíquico regido igualmente por leyes. Todos sabéis, por experiencia, cuán fácil es arruinar vuestra salud. Algunos dirán: «Sí, pero la medicina ¡ha progresado tanto!» La medicina progresa mucho, es cierto, pero a pesar de estos progresos, si el ser humano no se instruye en la ciencia de la vida, la medicina continuará siendo impotente. Mientras se esforzará en curar ciertas enfermedades, los desórdenes que continuará produciendo en el organismo del ser humano, harán aparecer nuevas enfermedades.

Pincháis un balón de caucho; se forma un agujero. Podéis en vano intentar solventarlo, el agujero siempre se formará en otra parte. Así pues, puedo deciros que, aunque la medicina ha hecho inmensos progresos y continuará haciéndolos mayores todavía, esto no dará a los humanos la facultad de vivir según su capricho. Y ningún psicólogo, ningún psiquiatra o psicoanalista conseguirá tampoco restablecer el equilibrio a alguien que transgreda las leyes del mundo moral y espiritual.

En cualquier terreno, todos los progresos científicos sólo han sido posibles porque los humanos han descubierto que el mundo físico obedece a unas leyes, a miles de leyes. ¿Y queremos que el mundo psíquico sea el lugar de la mayor confusión, de la mayor anarquía? ¿Ninguna ley por conocer, ninguna regla por respetar?... Pues bien, no, esto no es posible. Si debido a su ligereza, a su inconsciencia, el hombre altera este extraordinario mecanismo que es su

organismo psíquico, produce unos daños irreparables. Cuando no se respetan las leyes, nada es ni estable, ni fiable, porque las leyes son las que constituyen el armazón del universo, tanto el del armazón psíquico como el del físico. El error más grande es no reconocer estas leyes. Actuamos como si fueran una invención humana, como si descansaran sobre fundamentos arbitrarios, discutibles y pudieran ser transgredidas fácilmente. ¡Pues no! Y todavía añadiré que nuestra comprensión de las cosas depende de la vida que llevemos. Jamás debemos separar el conocimiento de la manera de vivir. Solamente una vida armoniosa, acorde con las leyes cósmicas, puede favorecer el verdadero conocimiento.

La religión tiene como fundamento las leyes que rigen la vida psíquica del hombre; por esto los científicos deben reconocer su territorio comprendiendo que existe una ciencia de la vida espiritual, puesto que la vida espiritual descansa sobre unas leyes. Les invito a todos a que amplíen su campo de investigación. Poco a poco averiguarán que sus propios descubrimientos no hacen más que subrayar la veracidad de la enseñanza de los Iniciados. De otro modo, sean cuales sean los progresos de las ciencias, estos dejarán insatisfechos a los científicos ya que les son exteriores: les proporcionan los medios para actuar sobre la materia, pero podemos tener todos los medios para actuar sobre la materia y sentimos vacíos, puesto que los descubrimientos científicos y técnicos no alimentan ni el alma, ni el espíritu.

El trabajo espiritual es un proyecto de larga duración,[10] pero aquel que se lanza a este trabajo, se une cada día al mundo de los principios, descubre un sentido y es este sentido el que le da la fe. La fe es también la paz. Quizás todo esto no pueda explicarse con palabras ya que es una realidad de otra dimensión; pero quien hace esta experiencia, no puede dudar de lo que experimenta. Una persona muy modesta, muy sencilla, no muy instruida, gracias a su búsqueda interior, puede saber más sobre la vida que los más grandes sabios. Por dicho motivo los científicos deberían dar muestra de mayor discreción y modestia. El Creador no les ha dado el privilegio del saber. Pueden dominar la materia, pero no dominan la vida, ya que la vida no se descubre al final de algunos aparatos, sino en el interior de uno mismo.

Podéis viajar a otros planetas y no tener ninguna elevación de miras, como si jamás hubierais salido de vuestro agujero. Es una cuestión de estado de conciencia. ¿De qué sirve descubrir el universo si interiormente continuamos tan limitados como el que jamás ha salido de su agujero? El astronauta recorre el espacio con su nave espacial, pero el pastor que guarda su rebaño en la montaña y que contempla el cielo estrellado en el silencio de la noche, quizás sepa un poco más que él sobre la inmensidad.

y ahora, si replicáis con viveza: «¡Oh, esto no es científico!», pues bien, os equivocáis. No hay nada más científico que lo que acabo de deciros, ni nada más eficaz. Sólo que se trata de una ciencia diferente y que sobrepasa a las demás. ¿No me creéis?.. Como queráis. No os pido que me creáis, sino sólo que hagáis experiencias. Puesto que pretendéis ser científicos, pues bien, al menos adoptad una actitud científica, es decir, primero haced intentos y luego pronunciaros. Un científico no empieza por tener certezas, hace experimentos y espera el tiempo necesario antes de sacar conclusiones. Entonces, si sin hacer ninguna experiencia, os contentáis en declarar que no me creéis, ¿dónde hay que clasificaros?

---

[10] *«Buscad el Reino de Dios y su Justicia»,* Parte VII, cap. 3: «Las leyes del trabajo espiritual».

5.- LA FE SIEMPRE PRECEDE AL SABER

Si los espiritualistas pasan por ser unos soñadores, incluso unos insensatos, es debido a que fundamentan sus certezas en el mundo invisible, y por tanto sobre algo que no tiene ninguna realidad aparente. Un hombre que se aprecie de ser razonable, sólo debe considerar real y fiable aquello que sea directamente visible, tangible para los órganos de los sentidos, o bien indirectamente por unos aparatos que permitan explorar la materia y actuar sobre ella. Pues bien, este hombre razonable es un ignorante, no sabe que lo que ve, lo que toca, no es la realidad, sino sólo una formación, una cristalización, el producto de una realidad invisible: unas fuerzas, unas corrientes, unas entidades. La verdadera realidad no la vemos, no la tocamos.

La realidad... ¿qué podemos saber exactamente de la realidad? La realidad es nuestra realidad, el grado de conciencia que hemos conseguido alcanzar y que nos da tal o cual percepción de los seres y de las cosas. Diréis: «Pero cuando hablamos de la realidad, se trata de algo objetivo, algo exterior a nosotros sobre lo que todo el mundo puede ponerse de acuerdo.» Aparentemente sí, pero sólo en apariencia, porque la llamada realidad objetiva, debe pasar necesariamente a través de nuestra subjetividad para ser tocada, sentida, conocida. Nunca seremos un espejo insensible y frío de la realidad, esto no es posible. Cualquiera que sea nuestro deseo de objetividad, trabajamos y formamos la realidad, siempre le añadimos o le quitamos algo. La subjetividad es siempre la que domina. Si juntáis a varios pintores frente al mismo paisaje, no pintarán en absoluto el mismo cuadro, porque existen factores psíquicos que determinan que no vean lo mismo. Así pues, cuando hablamos de realidad, no sabemos muy bien de qué estamos hablando.

Y ¿qué sabemos acerca de un ser humano? Podemos describir su cuerpo físico, podemos tocarlo, pero no podemos describir ni tocar la entidad que ha formado este cuerpo y que lo habita. La materia nos da una cierta idea de la realidad, pero no es la verdadera realidad. Es por ello que si, por ejemplo, queréis cambiar algo en vuestro cuerpo físico, no debéis ocuparos de él, puesto que él no es la realidad, sólo es una consecuencia. La realidad es el sentimiento, el pensamiento, y todavía más allá, está el espíritu quien, a través de los pensamientos y de los sentimientos, tiene el poder de modelar el cuerpo.[11] Debéis pues dirigiros a ellos para que trabajen sobre esta forma, vuestro cuerpo físico, que poco a poco se transformará y os obedecerá.

No vemos la vida, sino las manifestaciones de la vida, no vemos los pensamientos ni los sentimientos, sino sus diferentes expresiones a través de los actos y de las creaciones que inspiran. Y de la misma manera, el mundo que conocemos no representa más que condensaciones, envolturas, escorias del Ser invisible que vivifica, dirige, ilumina y mueve el universo. *«Lo que vemos,* dice san Pablo, *no ha sido hecho de cosas visibles.»* * Es hora de que los humanos abandonen las viejas filosofías de lo irreal, que les siguen manteniendo en la ciénaga de las creencias y de las ilusiones, para aferrarse a la verdadera realidad: el espíritu.

Es fácil trabajar en ámbitos donde podamos ver, escuchar, tocar, apreciar, sentir con nuestros sentidos físicos, a pesar de los largos estudios y esfuerzos que puedan sernos requeridos para ello. Ver, escuchar, probar, tocar, sentir en el plano espiritual, es mucho más difícil. Los humanos se agarran a los objetos y a las realizaciones del mundo exterior porque sienten su mundo interior como un vacío en el que tienen miedo de aventurarse. ¡Pero tener miedo no conduce a nada! Hay que estudiar, hay que conocer las leyes, hay que ejercitarse, y después podremos lanzarnos «al vacío» con la certeza de que no nos perderemos ni caeremos. Porque en realidad, el vacío no

---

[11] *«Buscad el Reino de Dios y su Justicia»,* Parte II, cap. 4: «Del sol a la tierra: cómo el pensamiento se realiza en la materia».

* Hebreos, 11:1

existe, es el mundo interior aún no explorado a lo que llamamos vacío; pero a medida que empezamos a explorarlo, es en este vacío en dónde encontramos la plenitud. Sí, y el único vacío que realmente amenaza al ser humano, es aquél en el que fatalmente caerá mientras siga creyendo que puede encontrar su salvación en la materia.

En primer lugar, la fe nos pone en contacto con un mundo desconocido, infinitamente vasto: san Pablo también dice que es *«una demostración de las cosas que no vemos.»*** La fe nos permite acceder a ese mundo en dónde empezamos a respirar, a alimentarnos, a reforzarnos. Poco a poco, esos terrenos que nos eran desconocidos se vuelven conocidos: sabemos. Por dicho motivo, no debemos oponer fe y sabiduría, las dos van juntas: la fe abre el camino hacia nuevos conocimientos. Podemos decir que la fe es el infinito, y en este infinito la sabiduría recorta un pequeño territorio muy limitado. La fe es la que sondea el infinito, la que explora, la que nos une a él, la que nos hace penetrar siempre más adentro. De esta forma, nuestro conocimiento del mundo divino se amplia, aumenta, gracias a nuestra fe.

La fe siempre precede a la sabiduría, ella es la que nos permite avanzar. Para saber, en primer lugar hay que creer, y cuando sabemos, ya no creemos, la fe nos conduce hacia otro objeto que todavía no conocemos. Cuando sabemos, ya no tenemos necesidad de creer, estamos más allá. Y

es así como, poco a poco, alcanzamos el conocimiento perfecto, este conocimiento al que Jesús se refiere al decir qué es la vida eterna: *«Así pues la Vida eterna es que ellos Te conozcan a Ti, el único verdadero Dios.»* ***

La fe precede al saber; y a medida que adquirimos el saber, éste otorga fundamentos más seguros a nuestra fe. Sólo una fe fundada sobre un verdadero saber se convierte en inquebrantable y nos permite seguir nuestro camino. Hasta que la fe no adquiere unas bases sólidas, el creyente corre el peligro de rechazarlo todo en cualquier momento, o bien de extraviarse. Son estos extravíos los que ahora acechan cada vez más a toda esta gente que tiene tendencia a confundir la fe con el ocultismo, y que chapotean imprudentemente en el mundo invisible para entrar en contacto con las fuerzas que lo animan, las corrientes que lo atraviesan, las presencias que lo habitan, para utilizadas.[12]

Esta es la razón por la cual pongo en guardia a todos aquellos que pretenden ayudar a los demás mediante la clarividencia, la adivinación, o desean curar sus trastornos físicos o psíquicos con el magnetismo, la imposición de manos, etc. Muy pocas personas tienen el poder de acceder al mundo invisible para poder leer en él el pasado, el presente o el futuro, o para entrar en contacto con las fuerzas y entidades psíquicas, espirituales, para trabajar con ellas. ¿Por qué? Porque las cualidades necesarias para ello, son todavía más difíciles de adquirir que las que nos permiten actuar en el plano físico.

No basta con tener dones psíquicos -ejercitándose, muchas personas pueden desarrollarlos- sino que hay que adquirir un gran dominio de sí mismo a fin de respetar, suceda lo que suceda, las reglas del desinterés, de la pureza, que son las únicas que nos permitirán contactar con las entidades y las fuerzas luminosas del universo. ¿Qué ocurrirá si no habéis querido o no habéis podido imponeros esta disciplina que exige esfuerzos constantemente? En lugar de iluminar y de curar a las personas, las engañaréis y las debilitaréis. Pues sí, el mundo invisible está bien protegido, y aquél que quiere forzar su entrada, sólo tendrá acceso a las regiones inferiores, y entonces, ¡cuidado con él! Ya que no sólo sufrirá, sino que será el responsable de los estragos que

** Hebreos 11:3

*** Juan, 17: 3

[12] *«Buscad el Reino de Dios y su Justicia»,* Parte VI, cap. 3: «La magia divina».

habrá producido en la vida de los demás.

Vuestra fe debe fundarse en un saber, y una parte de este saber comprende el conocimiento de las leyes. Vale más un materialista convencido que rechace la realidad del mundo invisible, que un supuesto espiritualista que se aventure en un mundo que conoce mal, y que quiere explotar por interés o incluso sólo por vanidad, para atraer la atención sobre sí mismo: infringe las leyes del mundo espiritual, y tarde o temprano, deberá responder de sus faltas.

Aquel que dice tener fe, sólo debe esperar la transformación de su vida interior, su perfeccionamiento. Cualquier elemento ajeno a esta preocupación, no es la verdadera fe. El saber que los Iniciados han acumulado a lo largo de los siglos, no iba destinado al uso que de él hace demasiada gente que se interesa por la fe: curiosos, atolondrados, enfermos, timadores... Ahora, seria conveniente que los científicos se decidieran a explorar estas capacidades que el ser humano posee de entrar en contacto con el mundo de las realidades invisibles, y que para ello, acepten estudiar seriamente las experiencias de los Maestros espirituales, de los místicos. Puesto que, contrariamente a lo que muchos han creído o continúan creyendo, el verdadero místico no es aquél que se lanza a elucubraciones fantasiosas que no conducen a nada salvo al desequilibrio, el verdadero místico sabe a dónde va.

Los Iniciados de la Antigüedad, no podían, lógicamente, tener los mismos conocimientos sobre la anatomía y la fisiología del cuerpo físico que poseen los biólogos contemporáneos. Pero sus prácticas de la meditación, y del desdoblamiento, les permitieron descubrir que, más allá de los órganos como el estómago, los pulmones, el corazón, el cerebro, etc... que le permiten vivir en el plano físico, el hombre posee centros etéricos, sutiles, gracias a los cuales puede entrar en contacto con el mundo espiritual y obtener de estas exploraciones, absolutas certezas.

Generalmente, se acostumbra a separar el plano físico del plano espiritual, pero lo cierto es que no existe separación ninguna, no existe interrupción, sólo hay una transición progresiva del plano físico al plano etérico y, todavía más allá, a los planos astral, mental, causal, búdico y átmico. Este tránsito se hace por medio de centros y órganos que son, en el plano sutil, como una especie de prolongación a los centros y órganos físicos. Podemos considerar estos centros como transformadores que permiten al hombre vivir armoniosamente tanto en el plano físico, como en los planos psíquicos y espiritual, puesto que entre ellos se realiza un continuo vaivén. Y esto es verdaderamente la alquimia espiritual: esta transformación progresiva de la materia bruta en materia fluida, etérica, espiritual; e, inversamente, la difusión de esta materia espiritual en el cuerpo físico que entonces se vivifica, se anima, se regenera.[13] La mística hindú, llama a estos centros chakras, y los sitúa sobre el trayecto de las corrientes que circulan en la columna vertebral, entre los órganos sexuales y el cerebro. A menudo os he hablado de ellos, así como del plexo solar, del centro Hara, del aura, que también corresponden a prolongaciones de nuestro cuerpo físico en los planos sutiles.[14]

Puesto que todos los seres humanos poseen una estructura idéntica, cada uno de ellos tiene la posibilidad de realizar este trabajo alquímico; pero si pocos lo consiguen, es porque muy pocos de entre ellos son conscientes de estas posibilidades, y todavía son menos los que están decididos a dedicarse a este trabajo. La mayoría de las personas, sólo se interesan por los instrumentos -cada vez más perfeccionados- que las ciencias y las técnicas fabrican constantemente para su confort, su comodidad o su entretenimiento. No se preocupan por los aparatos que el Creador ha puesto en su interior para que exploren el mundo del alma y del espíritu, un mundo que es

[13] *«Sois dioses»,* Parte VI: «El trabajo alquímico».
[14] *«Sois dioses»,* Parte VII: «Los órganos del conocimiento espiritual» .

infinitamente más rico y más bello. Sólo utilizan una ínfima parte de sus facultades: el intelecto, y como el intelecto es limitado, el horizonte que se abre frente a ellos, es extremadamente reducido.

Pero si las ciencias y las técnicas han podido llegar a este punto de desarrollo que constatamos hoy en día y que a todos maravilla, es porque el ser humano posee en los planos psíquico y espiritual, aparatos que son el modelo de los que consigue fabricar concretamente, materialmente. De lo contrario, ningún estudio, ninguna investigación, ningún razonamiento hubieran sido suficientes para conducirles a semejantes descubrimientos. La fotografía, por ejemplo, no es más que el resultado de la historia del ojo; y el teléfono, la radio, el radar, el ordenador... todos estos aparatos también existen en el hombre; el cerebro es ya en sí mismo un teléfono, una radio, un televisor, un radar, un ordenador.

Cuando oímos hablar de las investigaciones de los científicos, sólo nos imaginamos personas en laboratorios, ocupadas en manipular aparatos y en llenar páginas enteras de cálculos. Es cierto que manipulan aparatos y hacen cálculos, pero si estudiáramos bien cada caso, comprenderíamos cómo, frecuentemente, su inconsciente tiene una participación importante en sus descubrimientos. Muchos de ellos, al principio, no saben incluso muy bien lo que buscan: se sienten sólo animados por una fe, la certeza de que yendo en tal dirección descubrirán algo; también ellos, en cierta forma, se lanzan al vacío. La fe actúa pues en este caso, a modo de antena, de radar que capta realidades lejanas. Percibimos una existencia, un fenómeno, tenemos la premonición, la sensación, y esta sensación no puede ponerse en duda. El corazón (digamos el corazón puesto que se trata de sensaciones) es capaz de sentir cosas que permanecen aún escondidas para el intelecto. Y es sobre estas sensaciones que el intelecto efectúa sus estudios.

Mientras no hayáis sentido, mientras no hayáis vivido, el intelecto no posee elementos sobre los que trabajar. Sí, es el corazón, la facultad de experimentar sensaciones, lo que aporta elementos a la ciencia. Y la constancia, la intensidad de los esfuerzos que hacen los investigadores para encontrar, a veces les coloca en estados próximos al desdoblamiento; son proyectados a regiones desconocidas que ni siquiera sospechan. Es por eso por lo que, de pronto, en el momento menos esperado, les aparece la solución. Para otros, esta situación se produce mientras duermen: de pronto se despiertan, anotan rápidamente algo, luego se vuelven a dormir, y al despertarse al día siguiente, apenas recuerdan lo que les ha sucedido.

Nuestra alma viaja sin que nosotros lo sepamos, entra en contacto con otros mundos. Y, aún cuando los que se creen «científicos», no acepten este mundo del alma (como que jamás la han encontrado en la punta de su microscopio, de su telescopio o de su escalpelo, no creen en ella), también ellos, los investigadores, tienen un alma que viaja, que hace encuentros y que regresa trayendo consigo conocimientos. Seguro que si les interrogáis, os dirán que han hecho estos descubrimientos por casualidad. No, «la casualidad» no existe, fueron determinadas situaciones preliminares las que les llevaron a dar con esta «casualidad».

Y otros, ya han tenido la intuición de un descubrimiento: sienten y ven las cosas gracias a su ojo interior, pero todavía no saben cómo transponerlas, cómo adaptarlas al plano físico, no consiguen conciliar los diferentes elementos para que funcionen. Pero de pronto, un buen día, lo consiguen, y de este modo pueden comprobar su intuición. Así pues, da igual que los científicos sean ateos o creyentes, ya que su trabajo de investigación corresponde a procesos psíquicos naturales que ponen en funcionamiento mecanismos, y después todo se desarrolla de forma automática: mediante la voluntad, los esfuerzos que hacen en el plano mental, desencadenan unas fuerzas, y cada una de ellas produce resultados, descubrimientos.

Puesto que son miles los que en el mundo se dedican a hacer investigaciones, los sabios representan una fuerza extraordinaria. Aunque no crean que estas investigaciones produzcan en el plano mental vibraciones, ondas que se propagan, no importa, los resultados están ahí. Es evidente que sería mucho mejor si aceptaran esta realidad, si fueran conscientes de ello, porque así su trabajo sería más fácil, y sin duda también decidirían emprender investigaciones en un sentido más favorable para la evolución de la humanidad. Si supieran que los fenómenos que estudian en el plano físico son análogos a los que se producen en el hombre, empezarían a interesarse por esta prodigiosa instalación que da a cada ser humano la posibilidad de trabajar sobre la materia de sus pensamientos, de sus sentimientos, de sus deseos y de todos sus estados de conciencia. No sólo verían cómo delante de ellos se abre un campo de investigaciones de una riqueza infinita, sino que además, se convertirían en verdaderos benefactores de la humanidad. Mientras que... ¡mirad la situación de todos estos científicos que han visto cómo sus mejores inventos han sido utilizados para fines perjudiciales y destructivos! Incluso Einstein lamentó haber contribuido, con sus trabajos, a la construcción de la primera bomba atómica.

La ciencia debe profundizar el campo del pensamiento y del sentimiento, el campo de la conciencia, puesto que es ahí dónde se producen las maravillas o los horrores que sobrepasan la imaginación; y a pesar de que no tenga nada que ver, esta es la realidad. También los verdaderos Iniciados, los verdaderos Sabios, hacen del mundo psíquico su primer objetivo de estudio. En este terreno donde no se ve nada, ellos creen firmemente que hay algo, porque es así, no hay dudas al respecto; en un momento u otro acaban por constatar los resultados en el plano de la manifestación.

Aquél que ha emprendido un verdadero trabajo interior, se siente cada vez más sostenido por la convicción de que nadie puede privarle de los descubrimientos que está haciendo, ni de las realizaciones que ha obtenido. Mientras que podemos, muy fácilmente, vemos privados de electricidad, de teléfono, de coche, y de toda esta serie de inventos de los cuales el siglo XX se siente -a justo título, lo reconozco- tan orgulloso.

No quiero que la ciencia detenga sus investigaciones, al contrario, deseo que progrese, pero en otra dirección. Puesto que el universo es una unidad, puesto que el ser humano es una unidad, podemos decir que la ciencia, con otros métodos, trabaja en la búsqueda de las mismas certezas que la religión y, poco a poco, se acercará a las verdades descubiertas por los grandes Maestros espirituales de la humanidad.

6.- REENCONTRAR EL SABER ESCONDIDO

Un globo es retenido por una cuerda... Quiere lanzarse hacia el cielo pero se queda pegado al suelo... Como en el caso del globo, existe también en nosotros alguna cosa que aspira a elevarse, a escaparse, pero que es retenida por algunas ataduras. Estas ataduras son las que debemos esforzarnos en aflojar para dar salida a un deseo profundo, eterno, inscrito en el fondo de nuestra alma: el deseo de lanzarnos hacia esta inmensidad de luz y de paz en dónde tenemos nuestro origen. En este recuerdo, a menudo vago, confuso, de nuestra lejana patria, es de donde extraemos nuestra fe, puesto que llevamos en nosotros, en las profundidades de nuestro inconsciente, las huellas indelebles de un pasado muy lejano en donde vivíamos en el seno del Eterno.

Cuántas personas, si les interrogáis, os dirán que creen «en alguien o en algo», sin conseguir explicar exactamente de quién o de qué se trata. Lo que expresan de esta forma, es a la vez un sentimiento y una certeza indefinibles. Tienen la intuición de haber sabido o de haber vivido algo en otro tiempo y, de pronto, este conocimiento, estas experiencias, remontan por un instante en su conciencia, como el breve parpadeo de una luz llegada del fondo de los tiempos. Les parece haber conocido, hace mucho tiempo, algo esencial. No pueden acordarse de estos conocimientos ni de las experiencias que hicieron, ignoran la causa por la que esta sensación se impone en ellos con una tal evidencia, que se les convierte en una indudable realidad.

Cualquier ser humano, a menos que sea un bruto o un monstruo, en un momento u otro de su existencia, se ha sentido invadido por esta sensación de que hay algo en él que le une a un mundo superior, pero misterioso, del que ha guardado una huella. La diferencia entre los seres está en que algunos dejan que esta sensación se borre, sin intentar profundizar en ella preguntándose cuál es su significado. Por el contrario, para otros, esta huella es el punto de partida de una búsqueda interior que les conducirá hasta la Divinidad, siendo esta convicción íntima sobre la que, poco a poco, edifican su fe. La fe es pues la consecuencia de un saber inmemorial escondido en nuestro subconsciente. Quién no dé, por lo menos a algunos de los ecos de este saber, la posibilidad de llegar hasta su conciencia, evidentemente se declarará incrédulo. Si dejara en él vía libre a las corrientes que fluyen de la Fuente divina, reconocería la presencia de un espíritu inmortal y la existencia de todos los poderes de arriba.

También encontramos personas que, al decir que son incrédulas, ateas, inmediatamente añaden que lo lamentan y que envidian a aquellos que tienen fe. Pero no van más allá, hacen como si tener fe o no tenerla, fuera algo que no dependiera en absoluto de ellos, como si la fe fuera un talento comparable al que podemos tener para las matemáticas o la música: se puede estar dotado o no; si uno no lo está, lo puede lamentar, pero no se puede hacer nada más. Pues bien, se equivocan, no saben lo que realmente es la fe, la confunden con la creencia. Están persuadidos de que no pueden tener fe porque no pueden creer en ninguno de los relatos de la creación del mundo, ni tampoco en la existencia de un Dios que está en el Cielo, y cuya principal ocupación es observarles, escuchar sus oraciones y que, una vez hayan muerto, les juzgará para mandarles al Paraíso, al Purgatorio, al Infierno, etc... ¡Pero esto no es la fe! La fe es una cristalización de un saber del pasado, está fundada en la experiencia del mundo divino, una experiencia que ha dejado trazas indelebles en cada ser.

Precisamente porque poseen este tipo de huellas, estas personas lamentan no tener fe, sienten que les falta algo esencial: pero si no hacen nada para reencontrarla, sufrirán todavía mucho tiempo por esta carencia, y cada vez más. Incluso los más grandes genios de las matemáticas o de la música, no habrían conseguido nada si no hubieran trabajado, y ¡con qué empeño! Así pues, que no crean que van a encontrar la fe de pronto, sin hacer nada, por el efecto de una gracia divina que puede llegar o no: ¡ esto es imposible!

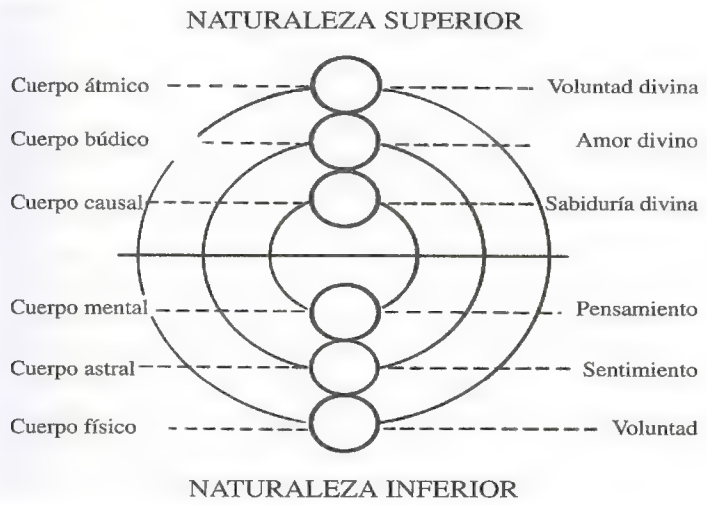
Os preguntáis cómo se explica que para algunos la fe sea tan evidente, y para otros no. La explicación es simple: al nacer, cada ser humano viene a la tierra con la suma de las experiencias que hizo en anteriores encarnaciones. Lo que estudió, verificó en sus anteriores existencias, se inscribió en su alma, y aparece en la de ahora como fe, como intuición del mundo divino. Si ahora reconoce la existencia de su Padre celestial, es porque ya desde hace tiempo ha estado con Él, ha comulgado con Él, y ha estado marcado por unas huellas tan poderosas que le impiden dudar. La fe en Dios está inscrita en su propio ser: él sabe. Por esto os digo que no hay que oponer la fe al conocimiento. La fe es un saber fundado sobre una experiencia. Aquél que, en el transcurso de sus anteriores encarnaciones, ha hecho experiencias en las regiones inferiores de su ser, saca de esas experiencias conclusiones que para él son la verdad: posee por tanto un determinado tipo de fe (o bien una ausencia de fe, ¡lo que también es, incluso, una forma de fe!) Y aquél que ha hecho experiencias en las regiones superiores del alma y del espíritu, también obtiene conclusiones pero, evidentemente, éstas son diferentes. [15]

Pero entonces diréis, ¿por qué oímos a tantas personas reconocer que tenían fe y que la han perdido? La pérdida de la fe generalmente se produce durante la adolescencia. El niño que había creído todo lo que se le había explicado acerca de Dios y de la religión (de igual forma que había creído todo lo que leía en los cuentos), se siente, en la adolescencia, impulsado a rechazar estas creencias, algunas de las cuales siente como falsas, y otras no le aportan nada. Pero quien lleva consigo la verdadera fe, no puede perderla. Incluso si se ve impulsado a rechazar las creencias de su juventud, y atraviesa períodos de duda y de incredulidad, en realidad su fe subsiste en el secreto, en lo más profundo de sí mismo. De momento las distracciones, los quehaceres, la ambición, pueden adquirir preponderancia, pero si se esfuerza en desembarazarse de todas las escorias, de todas las cargas inútiles que le entorpecen y le obscurecen, volverá a encontrarse sumergido en la fuente de la vida, y se sentirá nuevamente un hijo de Dios.

Así pues, hay todo un trabajo a hacer para desprenderse de pensamientos, de sentimientos, de deseos y de todas las preocupaciones que nos mantienen en los planos inferiores, es decir, en el plano astral (el corazón) y en el plano mental (el intelecto). Porque Dios sabe lo que el corazón y el intelecto de los humanos son capaces de inventar para presentar las cosas según les convenga, y retener a los seres prisioneros de sus deseos y de sus codicias. Sí, el intelecto siempre está dispuesto a ser cómplice del corazón para suministrarle argumentos que sirvan a sus deseos. Que los intelectuales me perdonen, pero debido a esto es por lo que a menudo ellos cometen el mayor número de errores, por más inteligentes y capaces que sean en determinados ámbitos. Diréis: «¡Pero son inteligentes!» Desgraciadamente, esta inteligencia no les protege de los errores porque les falta un factor esencial, la intuición que permite captar la realidad más allá de la apariencia. Se puede ser un sabio reconocido, un filósofo célebre, y cometer los errores más groseros, por no haber intentado elevarse por encima de los planos astral y mental a fin de alcanzar el plano causal.

---

[15] *«Sois dioses»,* Parte IV, cap. 2, II: «El sentido del destino», y cap. 2, III «Nosotros somos los creadores de nuestro futuro».



¿Qué es el plano causal? Como a menudo os he explicado, la vida psíquica y espiritual del hombre tiene como sede varios cuerpos, lo que puede ser esquemáticamente representado en el dibujo anterior.

El plano causal, que también se llama plano mental superior, representa en nosotros esa «roca» que Jesús menciona en los Evangelios: *«Así pues, todo el que oiga estas palabras mías y las ponga en práctica, será como el hombre prudente que edificó su casa sobre roca: cayó la lluvia, vinieron los torrentes, soplaron los vientos y embistieron contra aquella casa: pero ella no cayó porque estaba cimentada sobre roca. Y todo el que oiga estas palabras mías y no las ponga en práctica, será como el hombre insensato que edificó su casa sobre arena: cayó la lluvia, vinieron los torrentes, soplaron los vientos, irrumpieron contra aquella casa y cayó, y fue grande su ruina.»* *

Aquél que quiere construir una casa, debe en primer lugar asegurarse de la solidez de su terreno, si no, existe el riesgo de que se hunda en la tierra, que las paredes se agrieten, y el techo caiga sobre la cabeza de quienes la habitan. La casa de la parábola es una imagen del mismo hombre: si el hombre funda su existencia sobre la arena, es decir, sobre un terreno inestable que los sentimientos y los pensamientos desordenados (la lluvia, los torrentes, el viento) vendrán a sacudir, no dejará de vacilar, y finalmente se derrumbará. Para resistir a todas las intemperies -exteriores e interiores-, debe fundar su existencia sobre esta roca que representa el plano causal, el mental superior.[16] Solamente entonces posee la verdadera fe.

La fe es pues una virtud del plano causal, el plano dónde actúan las fuerzas espirituales. Como su nombre indica -causal- es de él de dónde parten las corrientes que influyen en los planos mental, astral y físico. Por eso el trabajo que podemos hacer elevándonos hasta el plano causal, tiene repercusiones sobre nuestros pensamientos, nuestros sentimientos, nuestro comportamiento cotidiano, e incluso sobre nuestra salud, como si desde allá arriba se dieran órdenes para organizarlo y armonizarlo todo en nosotros. Y a medida que experimentamos estos efectos benéficos, nuestra fe se refuerza y se vuelve activa ya que experimentamos el poder del espíritu.

Pero los humanos todavía dan demasiada importancia a la teoría y no dan suficiente importancia a la puesta en práctica. Deben por fin decidirse a practicar, a aplicar todo lo que se les enseña sin preguntarse: «Pero ¿por qué?.. Pero ¿cómo?.. ¿Acaso esto será verdaderamente

---

* Mat. 7: 24-28

[16] *«Sois dioses»,* Parte 11, cap. 2: «Nadie puede servir a dos amos», (1).

útil?..» Hay que practicar, realizar, esto es todo. Intentad pues experimentar que la fe es el terreno sobre el que debéis construir vuestra casa, es decir, vosotros mismos. Sin esto, no tenéis ningún apoyo sólido y estáis expuestos a toda clase de tribulaciones. Que luego paséis por altos y bajos, es normal: la vida cotidiana está hecha de sorpresas, de imprevistos que momentáneamente pueden turbaros, desequilibraros. Pero no hagáis que vuestra fe dependa de elementos provenientes de los planos astral y mental, sino hoy creeréis porque os sentís bien y porque estáis contentos, y otro día dudaréis porque acontecimientos desagradables os habrán afligido.

La fe no debe depender de las circunstancias. Incluso cuando encuentra dificultades, fracasos, aquel que tiene fe, no se siente verdaderamente atacado, no reprocha al Señor el no haber atendido sus ruegos de ayuda y de protección. Por eso, en el momento en que os sintáis turbados, reaccionad, no os abandonéis a esta turbación, impedid que vuestros pensamientos sigan esta pendiente negativa. Cualquier cosa que ocurra, esforzaros en guardar un vínculo con esta región que está en vosotros y que está protegida de cualquier tribulación.

Si tanta gente reconoce que su fe pasa a menudo por períodos de duda, es porque la fe es un estado de conciencia muy elevado y que, para mantenerse a esta altura, no hay que dejar que la conciencia se oscurezca con toda clase de pensamientos y de sentimientos inferiores. Mirad al trapecista o al funámbulo: evolucionan libremente en el aire, y esta libertad proviene de que no se dejan distraer por elementos extraños que les harían perder su concentración, y caer al suelo. Ocurre lo mismo con el verdadero creyente: para mantenerse a esta altura en dónde la fe es una evidencia, su conciencia debe estar al abrigo de agitaciones, de preocupaciones negativas, de deseos turbios. Sólo con esta condición puede permanecer en las alturas del silencio y de la luz. Si no, recae en la creencia, y la creencia no sólo no nos protege sino que nos extravía.

Cuando estamos al pie de una montaña, nuestra visión es limitada; pero si subimos a la cima, nuestra mirada alcanza hasta muy lejos, y descubrimos frente a nosotros toda la extensión. La montaña, con su base y con su cima, también se encuentra en nosotros. La base es el intelecto y el corazón, ocupados en hacer cálculos que limitan y perturban nuestra visión y nos inducen a error. Incluso si por un momento estos cálculos parecen eficaces, es poco probable que con el tiempo los resultados continúen respondiendo a nuestras expectativas. La cima es el espíritu que lo ve todo exactamente y desde muy lejos, el espíritu que nos guía y que nos afirma en nuestras certezas. Sí, la fe es una virtud del espíritu la cual, observando las cosas desde muy arriba, sabe cómo se desarrollarán. El espíritu nos dice: «He aquí lo que ocurrirá», y siempre es correcto. La fe es un saber, es la luz plena de la cima en dónde no hay sitio para ninguna variación, mientras que abajo, reinan la sombra, la inestabilidad, la incertidumbre. Y según su nivel de conciencia, el hombre oscila entre estas dos regiones.

Tener o no tener fe sólo depende de nosotros. Perder la fe, es perder la confianza en el poder del espíritu en sí mismo. Tener fe, es poner el espíritu en primer lugar a fin de que resulte una actividad ordenada, benéfica. Esta fe es como el sol que ilumina, calienta y resucita. Examinad vuestra vida, analizad las bases sobre las que la habéis construido: ¡cuántas cosas vanas, ilusorias, inútiles vais a descubrir!...

Pues sí, pasan los años y siempre estamos esperando: no llega nada de lo que habíamos imaginado, y nos sentimos decepcionados, nos agriamos, encanecemos, nos caen los dientes, pero no ocurre nada... Antes de partir al otro mundo, por fin el hombre se da cuenta de que ha vivido en la creencia y en la mentira, pero es demasiado tarde y, en este momento incluso, como no quiere ser lúcido ni ver hasta que punto ha podido equivocarse, acusa a los demás. Pero ¿de qué sirve acusar a los demás? ¿Acaso esto puede cambiar en algo el triste estado en el que se encuentra? No, y la Inteligencia cósmica no se dejará enternecer por esta clase de argumentos, y

le dirá a este ignorante: «Todo ser humano que viene a encarnarse a la tierra, es el depositario de un saber inmemorial en relación a su origen y a su predestinación. De él depende que este saber remonte, poco a poco, a su conciencia: basta con que prepare las condiciones.»

Cuando el químico debe hacer una experiencia, junta todos los elementos; sabe que deben ser no sólo químicamente puros, sino también que no producirán efectos sino en determinadas condiciones: proporciones, la temperatura, etc... Esta ley también es válida en el terreno espiritual. Aquél que cada día se esfuerza en purificar, ennoblecer sus pensamientos y sus sentimientos, en vivir en armonía, crea condiciones favorables para que surja en él el verdadero saber, la verdadera fe.

¡Cuántos viajeros hablan maravillados de las experiencias que han hecho en el desierto y en la cima de las montañas! Frente a la inmensidad, dejándose impregnar por el silencio que reina en estos lugares, dicen haber tenido la revelación de un tiempo y de un espacio que no son el tiempo y el espacio humanos: han sentido una presencia que escapa a toda explicación, a toda comprensión, pero se sienten obligados en reconocerlo como algo real, la única realidad. Efectivamente, podemos vivir tales experiencias en condiciones excepcionales, pero ¿acaso son necesarias condiciones especiales para vividas?

La verdad es que esta presencia que el hombre descubre en el seno del silencio, se manifiesta por todas partes incesantemente, en cualquier parte dónde se encuentre, y si no la siente, es porque interiormente permanece en la región de las agitaciones y del ruido: los instintos, las pasiones y los sentimientos oscuros, caóticos. Pero que consiga acallar este alboroto, y el silencio que se instalará en él tendrá el poder de proyectarlo en otro tiempo, en otro espacio, dónde el saber divino inscrito en él desde toda la eternidad se revelará poco a poco a su conciencia, y ya nada podrá hacerle dudar.

Hablo, repito, insisto, vuelvo constantemente sobre los mismos temas. No es que no me percate de la dificultad de esta tarea. El objetivo es buscar la perfección del Padre Celestial; evidentemente es muy difícil, casi irrealizable, algunos dirán incluso que es ridículo, insensato. Sin embargo, la realidad está ahí: puesto que Dios nos ha creado a su imagen, ello no debe ser imposible, algunos lo han conseguido. Y si algunos lo lograron, decir que otros no lo conseguirán es una afirmación inaceptable. De la misma manera que por naturaleza no existen razas superiores, tampoco existen seres humanos superiores, sólo existen diferencias en los grados de evolución, porque no todos los humanos han hecho los mismos esfuerzos ni realizado el mismo trabajo. Pero lo cierto es que todo lo que sucede en el mundo, todas las aventuras dichosas o desafortunadas que los humanos viven, no representan más que momentos de esta tentativa: expresar en plenitud la imagen de Dios.[17] Si no se les insiste sobre este tema, ¿cómo los humanos se decidirán a trabajar en este sentido? Toda la educación debería hacer hincapié en este punto para que los humanos pudieran reencontrar en ellos mismos todo este saber escondido.

No quiero defender ninguna religión, no quiero ni tan sólo defender al Señor, puesto que no tiene necesidad de ser defendido. ¡Si creéis que lo que hacen los humanos, -aunque sean algunos miles-, en este polvo que es la tierra, puede verdaderamente perturbarle! ¿Qué representan en la inmensidad del universo poblado por miríadas de criaturas, de ángeles, de arcángeles y divinidades?.. Lo que quiero defender y sostener es el ser humano, sí el ser humano, porque no podrá dar un verdadero sentido a su vida hasta que no descubra en sí mismo la imagen de Dios y trabaje para vivificar esta imagen.

---

[17] *«Sois dioses»,* Parte III: «y Dios creó al hombre a su imagen» .

7.- LA RELIGIÓN NO ES MÁS QUE UNA FORMA DE FE

Las personas que se instruyen y reflexionan, son siempre consideradas como una amenaza por parte de la clase o grupo dominante cuya principal preocupación es mantenerse en el poder. Efectivamente, no es tan fácil imponer autoridad a este tipo de gente: adquieren conocimientos, desarrollan su espíritu crítico, siempre tienen argumentos para oponer, objeciones a presentar. Adquieren de esta forma cada vez más autonomía, se emancipan y pueden llegar a ser peligrosos.

Pues sí, cuántas personas os lo confirmaran: si queremos que los humanos sean obedientes y sumisos, es mejor dejarles en la ignorancia. Para apoyar esta afirmación, os darán ejemplos históricos ¡qué no faltan! Cuándo la instrucción se extendió entre el pueblo, ¡en cuántos países ya no fue posible dominar a los campesinos y a los obreros! Hicieron la revolución y masacraron a la clase dirigente.

Y el mismo fenómeno se produjo a escala de países enteros a los que se les había ayudado en su desarrollo, no solamente aportándoles instrucción, si no las últimas realizaciones de la técnica. Pasado algún tiempo, determinados acontecimientos les permitieron reclamar su independencia, la consiguieron atacando y expulsando a aquellos que les habían ayudado a beneficiarse de todas las ventajas de la civilización. Después, una vez se hubieron desembarazado de sus «opresores», la mayoría de estos países fueron víctimas de guerras civiles puesto que todas estas personas, al fin liberadas, empezaron a masacrarse entre ellas.

¿Qué conclusión hay que sacar de estos ejemplos?.. ¿Qué el conocimiento es peligroso y que hay que dejar que la gente permanezca en la ignorancia?.. Esta pregunta quedará sin respuesta, o sólo obtendrá respuestas insuficientes mientras no hayamos comprendido lo siguiente: al mismo tiempo que se favorece la instrucción, es decir el desarrollo del intelecto, hay que formar y desarrollar otro factor, el sentido moral. Mediante la difusión de conocimientos científicos y técnicos, la gente tiene cada vez más la posibilidad de dañar. Todo el saber está ahí, al alcance de la mano. Cualquier persona, por poca capacidad que tenga, ya poco que se tome la molestia, tiene la posibilidad de acceder a él. Habría que estar seguro del desinterés, de la fuerza de carácter, y del sentido de responsabilidad de las personas, o sea, educarlas, antes de poner a su disposición determinados conocimientos, pero esto es muy difícil.

¿Y porqué es tan difícil educar a los humanos? Porque la verdadera educación pasa por el ejemplo y, desgraciadamente, los buenos ejemplos son raros. No basta con decirle a la gente: «Ved, os aportamos la instrucción que os dará inmensas posibilidades. Pero, puesto que sólo debéis utilizar estas posibilidades para el bien, intentad también de aprender la honestidad, el desinterés, la generosidad.» Además hay que mostrar que uno mismo cumple estas recomendaciones. Y como no es así, nos abstenemos de preocuparnos de la educación, o si algunos lo hacen, replicarán: «Entonces, ¿y usted? ¿Es así cómo actúa? Usted no es quien para darnos lecciones.»[18]

Ciertamente el saber es una de las mejores cosas que existen, pero como todas las cosas buenas, presenta peligros cuando no es bien utilizado. En cualquier caso, si hay alguien que se siente amenazado por la difusión de conocimientos, ésta es la gente que tiene poder. Es por ello que la Iglesia, a pesar de haber hecho mucho por la instrucción, al mismo tiempo se ha aplicado en mantener a sus fieles en una cierta ignorancia para poderlos mantener bajo su dominio. En cualquier religión hemos visto, y todavía podemos ver, cómo se manifiestan este tipo de tendencias. Fijémonos solamente en la India: incluso en nuestros días, ¿cómo trata la casta de los brahmanes a la casta de los parias?...

No quiero entrar en el detalle de estas cosas, sólo me interesa la idea general: el hecho de que,

---

[18] *«Buscad el Reino de Dios y su Justicia»*. Parte VIII, cap. 3: «La entrada en la familia universal», pág. 652-655.

para conservar el poder, determinadas categorías sociales, incluido el clero, buscan mantener el mayor número posible de gente bajo su dependencia, anulando en ellos cualquier conciencia de su libertad interna. Durante siglos incluso, se ha explicado a los cristianos que, para agradar al Señor, había que sentirse indigno, pecador: no se salvarían si no se mostraban humildes, sumisos, eclipsados, ignorantes... puesto que el saber conlleva necesariamente el orgullo. ¡Cómo si el Señor pudiera alegrarse de ver cómo la criatura humana, que hizo a su imagen, chapotea sin cesar en la esclavitud y en la oscuridad! En realidad, ésta era una forma de actuar de la Iglesia a quien le interesaba preservar su autoridad y sus privilegios. Sólo que, he ahí que ninguna situación, incluso la mejor establecida, permanece estable eternamente. De nuevo aparecen nuevas corrientes que producirán trastornos: la gente se sentirá cada vez más impulsada a constatar las contradicciones que existen entre la religión y la fe verdadera, y se hace preguntas.

Alguien os dice que es creyente. Le preguntáis cuál es su religión, y os responde que es católico... protestante... ortodoxo... judío... musulmán u otra cosa... Continuáis hablando con él, y poco a poco os dais cuenta de que esta religión, a la cual dice pertenecer, no tiene influencia real alguna sobre su vida: no son más que un conjunto de vagas nociones, formas vacías de todo contenido. Se le enseñó todo esto en su infancia, y lo repite como quien repite una lección: estas creencias no corresponden a nada profundo, a nada vivo. Pero si le hacéis reparar en ello, no lo comprenderá y se enfadará: ¿cómo podéis dudar de su fe?

Hacéis la misma pregunta a otra persona. Os responde que no pertenece a ninguna religión: digamos que sus padres eran católicos, pero no practicaban, no le bautizaron y no le dieron ninguna instrucción religiosa. No obstante, siguiendo la conversación, os dais cuenta que esta persona posee el sentido de lo sagrado, que está animada por un alto ideal, por las más nobles aspiraciones. No sabe cómo hablar de Dios, pero siente una presencia superior en lo más profundo de su ser y en el universo, y busca cómo mejorar para vivir en armonía con esta presencia que adivina de forma confusa. Esta persona quizás no posea una religión, pero tiene fe.

¡Cuántas personas he conocido en mi vida, y cuántas veces he hecho este tipo de observaciones! Por esto, contrariamente a lo que piensan la mayoría de creyentes, la religión es una cosa y la fe otra distinta. La religión es un conjunto de dogmas, de doctrinas que se presentan a los creyentes como artículos de fe. Pero la fe no se limita a una adhesión, a unas doctrinas. No se opone necesariamente a ello, pero tampoco se limita sólo a esto.

Tomemos la religión católica. Para resumir, podemos decir que descansa sobre los principios siguientes: Jesús, hijo único de Dios, segunda persona de la Trinidad, se encarnó en la tierra para la salvación de los hombres. Por mediación del Espíritu Santo, nació de una virgen, María, la única criatura humana que, desde su origen, fue preservada del pecado original. A la edad de treinta años, Jesús empezó a dar su enseñanza en Palestina, y a hacer milagros. A los treinta y tres años, murió en la cruz. Pero resucitó al tercer día de su muerte, y subió al cielo con su cuerpo físico. Al final de los tiempos, todos los hombres resucitarán como él: saldrán de sus tumbas y se presentarán ante él para ser juzgados.

He aquí pues, de forma resumida, los principios de la religión cristiana; quien los ponga en duda, no puede llamarse cristiano. Miles de creyentes murieron por defender estos principios, lo que en realidad, a menudo, no les impidió vivir como perfectos incrédulos; sin mencionar los muy malos ejemplos que los miembros del clero han dado a lo largo de los siglos. Pero si preguntáis ahora a algunos cristianos, os confesarán que experimentan muchas dificultades para

creer todo lo que la Iglesia enseña sobre la divinidad de Jesús, sobre su nacimiento,[19] su resurrección, su ascensión al cielo... Y si sufren estas dificultades, es debido, en primer lugar, a que estas doctrinas contradicen todas las leyes de la naturaleza, e incluso son contrarias al simple buen sentido, como por ejemplo, cuando se refieren a la resurrección de los cuerpos al final de los tiempos.[20] Sin embargo, se sienten profundamente cristianos puesto que son conscientes de que Jesús, a través de su vida, de su enseñanza y de su sacrificio, representa un modelo de vida insuperable.

En cuanto a aquellos cristianos que poseen algún conocimiento sobre otras religiones, constatan que éstas descansan sobre concepciones tan elevadas como las del cristianismo, y algunos se preguntan por qué se les quiere hacer creer que su religión es tan superior a las demás. ¿Acaso no es verdad que la única vez en la historia que Dios mandó a su hijo, fue hace 2000 años? Así pues, ¿quiénes fundaron las otras religiones?... ¿Unos insensatos?... ¿Unos impostores?... Y quienes las practican, ¿están en un error?... Si llevan una vida ejemplar, ¿no tienen el mismo valor frente a los ojos de Dios?

Cada vez hay más gente preocupada por estas cuestiones, y me he encontrado con personas realmente atormentadas por ello. Me acuerdo, particularmente, de la hija de un pastor protestante que estaba muy alterada, hasta el punto de hallarse al borde de un desequilibrio psíquico. Tuve que pasar varias horas con ella para explicarle que fe y religión no son necesariamente lo mismo, y que la mayoría de las veces, aunque la fe se exprese mediante dogmas y rituales de una religión instituida por los hombres, en realidad también puede expresarse sin pasar por ellos.

Como era hija de un pastor, evidentemente su padre le hizo estudiar la Biblia, y le pregunté: «¿Te acuerdas de aquel pasaje en dónde se dice que Dios escribirá su ley en el corazón de los hombres, y que por tanto nadie deberá instruir a nadie puesto que desde el más pequeño al más grande, todos Le conocerán?» - «Sí, sí, me respondió, está en Jeremías.» * Siempre me sorprende ver cómo los protestantes conocen la Biblia; yo casi nunca sé citar exactamente los versículos, y a menudo ni tan sólo me acuerdo en qué libro se encuentran. Sin embargo, no basta con saber recitar la Biblia de memoria, hay que saber interpretarla. Y le expliqué a esa linda muchacha: «Ves, se dice que Dios escribe su ley en el corazón de los hombres, no sólo en el corazón de algunos hombres, sino de todos los hombres. Intenta comprender, que tener fe es ser capaz de leer esta ley en tu corazón, y deja de atormentarte preguntándote si tu fe está absolutamente de acuerdo con lo que predica tu padre.»

Naturalmente, sería poco razonable dejar a los hombres abandonados a sí mismos bajo el pretexto de que deben leer la ley de Dios en su corazón, puesto que en su mayoría, todavía no están preparados para ello. Para poder leer correctamente esta ley que Dios ha escrito en nuestro corazón, hay que empezar por poner orden en uno mismo, de lo contrario no leeremos más que fantasmagorías y deseos obscuros. Este debería ser el papel de las religiones: enseñar a los hombres a leer la ley de Dios inscrita en ellos. En lugar de esto, la mayoría de las veces se contentan con imponerles todo tipo de doctrinas que no comprenden y que no les ayudan a vivir. ¿Qué fe pueden tener entonces? Hay gente que se siente orgullosa de declararse incrédula. Está bien, es asunto suyo, dejémosles. El problema está en quienes dicen ser creyentes y se debaten en contradicciones insolubles.

¿Cómo podemos pensar que se pueda alimentar la vida interior de los seres con lo que se les presenta como artículos de fe? Para ellos es tan abstracto como si se les dijera que creyeran en

---

[19] *«Sois Dioses»*, Parte IX, cap. 1: «La fiesta de Navidad».

[20] *«Sois Dioses»*, Parte IX, cap. 3: «La resurrección y el Juicio final» y cap. 4: «El cuerpo de gloria».

* Jeremías 31: 33-34

operaciones matemáticas. ¿Para cuántos cristianos la idea de un Dios en tres personas corresponde a una realidad viviente? Y si hacen preguntas, se les contesta que es un misterio. Afortunadamente, llevan esta huella que el Creador ha inscrito en ellos; ella es la que, cuando verdaderamente buscan, les permite descubrir en su corazón, en su alma, lo que la religión no revela. ¿Por qué? Porque las religiones, o más exactamente sus representantes, están generalmente más preocupados en asegurar su poder que en iluminar a los humanos, ¡aunque pretendan salvar su alma!

Querer poseer privilegios y poderes que los demás no poseen, es una tendencia innata de la naturaleza humana. ¡Y hay tantas formas de imponerse a los demás! Si no se consigue en el terreno físico, se intenta en el plano psíquico. ¡Cuánta gente ambiciosa, fanática, codiciosa, ha utilizado la religión para imponer a los humanos un dominio psíquico, moral que no era posible ejercer de otra forma! Y es por ello que nos vemos obligados a constatar que, con demasiada frecuencia, la religión se ha convertido en una institución humana que no tiene nada que ver con la fe. ¿Una prueba más? La obstinación de los clérigos en persuadir a los fieles de la superioridad de su religión. Es así como podemos ver por todas partes en el mundo, a personas que creen que su religión es superior, de la misma manera que creen que su país es superior. Se encierran en su religión como se encierran en las fronteras de su patria; y de hecho, a menudo, son las mismas personas. ¡Con tales creencias, tanto los cristianos como los otros, no cesan de cometer crímenes y de ofender al Señor! Sin embargo, no fue este el ejemplo que Jesús les dio. ¿Acaso leyeron bien en los Evangelios cómo se comportó Jesús con los Samaritanos?

Cuando Jesús iba de Galilea a Judea, tuvo que pasar por Samaria. Los Judíos consideraban paganos e idólatras a los Samaritanos a los cuales no debían frecuentar, y por su parte los Samaritanos les eran hostiles. Por lo tanto, cuando Jesús se dirige a Jerusalén y envía a unos discípulos suyos a un pueblo de Samaria para preparar un alojamiento, los habitantes rechazan acogerles. Entonces el Evangelio dice: *«Al verlo sus discípulos Santiago y Juan, dijeron: Señor, ¿Quieres que digamos que baje fuego del cielo y los consuma? Pero volviéndose, les reprendió: No sabéis de qué espíritu sois. Porque el Hijo del hombre no ha venido a perder las almas de los humanos sino a salvarlas.»* *

En otra ocasión en la que Jesús pasó de nuevo por Samaria, se detuvo cerca de un pozo para descansar. Una mujer samaritana se acercó para sacar agua del pozo y Jesús le pidió para beber... Y cuando ella le dice: *«Nuestros padres adoraron en este monte y vosotros decís que en Jerusalén es el lugar donde se debe adorar» Jesús le dice: «Pero llega la hora (ya estamos en ella) en que los adoradores verdaderos adorarán al Padre en espíritu y en verdad,*[21] *porque así quiere el Padre que sean los que le adoren. Dios es espíritu, y los que adoran deben adorar en espíritu y en verdad.»*** Y cuando los discípulos llegaron para reunirse con Él, se extrañaron al verle hablar con una mujer, además extranjera, puesto que al hacerlo transgredía la Ley.

En otra ocasión aún, Jesús debe explicar a un doctor de la Ley que le interroga, en qué consiste este amor al prójimo[22] que el hombre debe practicar para conseguir la vida eterna, y le contesta mediante esta parábola: *«Bajaba un hombre de Jerusalén a Jericó y cayó en manos de unos salteadores que, después de despojarle y golpearle, se fueron dejándole medio muerto. Casualmente, bajaba por aquel camino un sacerdote y, al verle, dio un rodeo. De igual modo, un levita que pasaba por aquel sitio le vio y dio un rodeo. Pero un samaritano que iba de camino*

---

* Lucas 9: 52-53

[21] *«Buscad el Reino de Dios y su Justicia»*, Parte VI, cap. 2, I: «En Espíritu y en verdad».

** Juan 4: 20-26

[22] *«Buscad el Reino de Dios y su Justicia»*, Parte IV, cap. 1: «¿"Qué significa amar a su prójimo"?»

llegó junto a él y, al verle, tuvo compasión; y acercándose, vendó sus heridas, echando en ellas aceite y vino; y montándole sobre su propia cabalgadura, le llevó a una posada y cuidó de él. Al día siguiente, sacando dos denarios, se los dio al posadero y dijo: cuida de él y, si gastas algo más, te lo pagaré cuando vuelva. ¿ Cuál de estos tres te parece que fue prójimo del que cayó en manos de los salteadores? «El que practicó la misericordia con él», respondió el doctor en leyes. Díjole Jesús: «Vete y haz tú lo mismo. »[*]

No es pues ni el sacrificador, ni el levita, representantes de la religión judía a quienes Jesús pone como ejemplo, sino a un hombre ordinario, y además un Samaritano, así pues un miembro de una comunidad a la que, en tanto que Judío, hubiera tenido que ser hostil puesto que conservaba la práctica del culto a los ídolos. Si los cristianos se hubieran tomado la molestia de meditar estos episodios de los Evangelios y la actitud de Jesús, hubieran comprendido mejor que la fe verdadera es un estado de conciencia que excede los estrechos límites de una religión.

Diréis: «¡Pero Jesús sin embargo no era muy tolerante! A lo largo de los Evangelios no cesa de encolerizarse contra los escribas, los fariseos y los saduceos.» Es cierto pero ¿por qué monta en cólera precisamente contra ellos? Porque sólo respetan el aspecto exterior de la Ley de Moisés y utilizan su poder para oprimir al pueblo. Por esto les dice: *«¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que pagáis el diezmo de la menta ,del aneto y del comino, y descuidáis lo más importante de la Ley: la justicia, la misericordia y la fidelidad: esto es lo que había que practicar, sin descuidar las otras cosas. ¡Guías ciegos que coláis el mosquito y os tragáis el camello!»*[**] O también: *«¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que cerráis a los hombres el Reino de los Cielos! Vosotros ciertamente no entráis; y a los que están entrando no les dejáis entrar.»*[***] Así pues lo que Jesús les reprocha es el hecho de no estar animados por una fe verdadera y contentarse solamente con estar *«sentados en la cátedra de Moisés»*[****] Incluso un día les declara: *«En verdad en verdad os digo que los publicanos y las rameras llegaran antes que vosotros al Reino de Dios.»*[*****] Lo que, evidentemente, era para ellos la peor de las ofensas.

Los fariseos y los saduceos se sentían muy orgullosos de su saber, y tanto más cuanto su autoridad se basaba en él. Cuando se oponen a Jesús, siempre lo hacen recordando los preceptos de la Ley, como si Jesús los ignorara. Y Jesús que, cuando habla a la multitud jamás hace citas, con sus respuestas a los fariseos y los saduceos muestra que conoce la Ley tan bien como ellos al citar otros preceptos mediante los que justifica su conducta. Así pues, esto indica que los fariseos y los saduceos escogían determinadas reglas de la Ley dadas por Moisés, pero descuidaban otras que les convenían menos.

Y hay que reconocer que el cristianismo no ha hecho otra cosa con la enseñanza de Jesús, y esto es también lo que hacen todas las religiones. Con el tiempo, se entregan a una especie de selección en la enseñanza de su fundador, suprimiendo lo que les molesta, pero añadiendo también doctrinas, reglas y prácticas de su invención, porque les parece necesario para la influencia que ellos quieren ejercer.

Imponerse a los demás, ya sea física o psíquicamente, es la tendencia mejor arraigada. Y cuando un ser excepcional, desinteresado, lleno de amor, viene a liberar a los humanos, su mensaje se ve inmediatamente tergiversado por determinadas personas que lo utilizan para

---

[*] Lucas 10: 29-35
[**] Mat. 23: 23-24
[***] Mat. 23: 13
[****] Mat. 23: 2
[*****] Mat. 21: 31

esclavizarles de nuevo. Hay mil maneras de esclavizar a los humanos: una de ellas es imponiéndoles determinadas creencias. Y es así como, de una forma más o menos señalada, todas las religiones se han convertido en unas especies de instituciones que han oprimido a los pueblos.

Los cristianos no deben imaginarse pues que poseen una gran superioridad sobre los Judíos a los que Jesús fustigaba. Ya que si regresara, haría los mismos reproches a los papas, cardenales, obispos, teólogos, etc... que desde hace siglos se han ido sucediendo a la cabeza de la Iglesia. Deberían haber enseñado a los humanos cómo encontrar la verdadera fe: es decir, hacerles tomar conciencia de que todos los recursos y las riquezas espirituales están en ellos mismos, y cómo desarrollarlos. En lugar de hacer esto, la mayoría de ellos se han esforzado en acaparar la Divinidad predicando lo siguiente: «¡Fuera de la Iglesia no hay salvación!» Lo acepto, no era tan malo, pero con la condición de que la Iglesia hubiera sido un ejemplo dando prioridad a los principios espirituales. La verdad es que se abandonó a los mismos errores que los poderes de la tierra: quiso convertirse en un imperio, y puso hincapié en la organización. Ciertamente, la Iglesia es ahora exteriormente un edificio muy bien organizado, pero en el interior de este edificio ¡cuantas cosas se pulverizan y periclitan!

Durante siglos, los cristianos han perseguido a los Judíos bajo el pretexto de que dieron muerte a Jesús. Pero imaginad que Jesús regresara. ¿Se sentiría realmente dichoso de ver en qué se ha convertido el cristianismo, siglo tras siglo?.. Que los cristianos me perdonen, pero el espectáculo que tendría frente a sus ojos, y los sermones que escucharía, le recordarían lo que condenaba a los escribas, a los fariseos y a los saduceos. Así que, nuevamente, se alzaría contra este estado de cosas; pero en lugar de escucharle, algunos organizarían complots para matarle. Pues sí, ahora serían los cristianos quiénes le darían muerte o quienes se las arreglarían para hacerle callar.

Cada realización terrestre tiene su origen, sus raíces arriba, en el mundo divino. Nada de lo que se construye en la tierra puede subsistir si, en primer lugar, no se aseguran sus bases en el plano espiritual. Siendo esto válido para una institución política, social, con mayor razón lo es para una institución como la Iglesia. Al querer convertirse en un poder temporal, la Iglesia ha perdido, poco a poco, la fuerza del mensaje de los Evangelios, y al mismo tiempo se ha aplicado en multiplicar las doctrinas, los artículos de fe, hasta el punto de que han acabado por embrollar ese mensaje. Resulta difícil encontrar la voz de Jesús en todo lo que la Iglesia enseña ahora.

Así pues, el reproche que también puede hacerse a las religiones establecidas, es que progresivamente se dejan enviscar en la materia, lo que conlleva muchos errores, pero también muchos engaños. Por eso los creyentes no consiguen mejorar ni en su propia vida, ni en los asuntos del mundo. La verdadera fuerza del hombre reside en su espíritu, no en la materia. También yo puedo admirar, como cualquier otro, la belleza de los edificios religiosos y de las ceremonias que allí tienen lugar. Pero la veracidad de una religión no se mide por su riqueza, ni por la ornamentación de los templos, ni por la suntuosidad de los atuendos de los sacerdotes; de hecho, ¡cuántos monarcas no han poseído palacios, vestidos y ornamentos todavía más suntuosos! Con el tiempo, la cristiandad se ha transformado en una especie de museo en donde se puede leer toda la historia de la arquitectura, de la pintura, de la música. Ciertamente hay de qué maravillarse, pero antiguamente todo esto estaba vivo, ahora sólo son vestigios. Hay demasiados vestigios, y el espíritu se ha perdido. Es normal que el espíritu se manifieste en la materia de manera apropiada, pero lo que vemos hoy en día, no es una manifestación del espíritu en la materia, sino al contrario, vemos cómo la materia ha engullido, ha paralizado el espíritu. ¿Dónde están ahora esta fe, este ardor, este fervor que permitieron crear tales obras de arte?..

Si la religión, tal como fue enseñada a los cristianos, ha podido producir durante siglos

obras excepcionales en el terreno del pensamiento y del arte, ahora esto no es suficiente. La prueba está en que las iglesias se vacían, el clero es cada vez más escaso, y si interrogáis a los que dicen ser cristianos, la mayoría de ellos no sabrán deciros exactamente en qué creen. También podréis constatar rápidamente que sus Libros sagrados, el Antiguo y el Nuevo Testamento, escapan en gran parte a su comprensión. Los respetan, los veneran, están persuadidos de que la Biblia es de inspiración divina, pero hace ya mucho tiempo que todos estos textos escritos no corresponden a su mentalidad.

Los fundadores de las grandes religiones, los Iniciados del pasado, hablaron para una época. Incluso si existe un cierto número de verdades que siguen siendo válidas para la eternidad, deben ser, en cada época, adaptadas a la mentalidad de los humanos. Tomadas al pie de la letra puede convertidas en incomprensibles, o incluso chocantes. Jesús mismo vino para prolongar la enseñanza de Moisés. Decía: *«No penséis que he venido a abolir la Ley y los Profetas. No he venido a abolir, sino a dar cumplimiento.»* *

Se habla de religiones reveladas como si, en un momento u otro de la historia, Dios mismo hubiera tomado la palabra para darse a conocer, dar preceptos, y por tanto como si lo que hubiera dicho en aquel entonces, debiera ser considerado como definitivo, sin que no se pudiera añadir ni suprimir nada. Pero Dios no vino a manifestarse en persona, se dio a conocer por medio de sus hijos más ilustrados, más dignos. Tales fueron Moisés, Zoroastro, Buda, Jesús, Mahoma y todos los grandes Maestros espirituales, algunos de los cuales nos son incluso desconocidos porque la historia no retuvo sus nombres. Ahora bien, estos seres que eran unos intermediarios, pertenecieron a una cultura particular, a una época particular, no podían hablar de forma absoluta y para la eternidad. Por esto Dios, que es amor, continua revelándose por medio de otros hijos suyos que no cesa de enviar a la tierra.

Una religión no es más que una forma de fe, y ninguna forma puede permanecer inalterable.[23] El cristianismo, que nació en Oriente Medio, recibió desde el principio ciertos elementos de las culturas griega y latina que se añadieron a los elementos ya heredados de la religión judía, la cual a su vez, había sido influenciada por las religiones de los países vecinos como Egipto, Mesopotamia, etc... Una religión jamás nace de la nada, recibe los elementos de religiones anteriores, y ella misma se transforma a medida de su difusión, lejos de su lugar de origen. Así es como los pueblos de África, de América o de Asia fueron convertidos al cristianismo, y mezclaron elementos de su propia cultura.

Queramos o no, las religiones se transforman. Incluso aunque siempre se trate de los mismos textos sagrados, hay una distancia cada vez mayor entre lo que la gente lee, y la manera en que piensa y actúa. Por eso no es razonable aferrarse a eternizar las formas de una religión. La humanidad evoluciona, porque la evolución es la ley de la vida. A medida que pasa el tiempo, los humanos adquieren otra comprensión de las cosas y tienen otras necesidades. Actualmente, por ejemplo, su conocimiento acerca de la vida psíquica, ha progresado mucho, y han adquirido, muchos de entre ellos, una conciencia moral desconocida en siglos precedentes. Hay pues que adaptar las verdades de la religión para que continúen siendo vivas para ellos.

Mirad únicamente cómo ha evolucionado la noción de Dios. ¿Cómo se podía hablar de Dios, este Ser que sobrepasa todo entendimiento, a los pueblos primitivos que no tenían ninguna noción sobre la vida interior? Fue preciso utilizar un lenguaje que pudieran comprender, es decir,

---

* Mat. 5: 17

[23] «Buscad el Reino de Dios y su Justicia», Parte VI, cap. 1: «Los principios y las formas».

otorgar a ese Dios rasgos de carácter humano, insistiendo naturalmente en su poder, en su grandeza. Es así como se hizo de Él un rey con rasgos característicos de los reyes que reinaban en la tierra: autoritario, iracundo, celoso, vengativo con respecto a los que no se inclinan ante Él, y distribuyendo recompensas a sus cortesanos. ¡Qué preocupaciones tan nobles para el Señor, verdad! Y como la población de la tierra no cesa de crecer, ¿os dais cuenta dé este trabajo?.. ¿Quién quisiera estar en su lugar? En nuestros días, hay reyes sobre la tierra que ocupan su tiempo de forma más razonable y útil.

Por esto actualmente encontramos cada vez menos gente que tome en serio la idea de un Dios que vaya a castigarles si Le desobedecen, y les recompense si cumplen su voluntad. Sin embargo, comprenderán mucho mejor cuando se les explique sobre las consecuencias de sus pensamientos, de sus sentimientos y de sus actos sobre sus órganos psíquicos y sus órganos físicos. Otra cosa es que tengan en cuenta estas explicaciones. Pero un día u otro se verán obligados a verificar la exactitud de todo esto.

El progreso de los conocimientos científicos y técnicos obliga a que nuestros contemporáneos aprendan que el universo entero está regido por leyes. Así pues, aunque la palabra «Dios» no les diga gran cosa, pueden comprender que existe una Inteligencia cósmica que ha establecido unas leyes, y que estas leyes que rigen el universo, también rigen al hombre: tanto su vida física como su vida psíquica. Una de estas leyes, es que todo lo que el hombre hace se graba en él, tanto en su organismo físico como en su organismo psíquico. Sí, que sean buenos o malos, sus pensamientos, sus sentimientos, sus deseos, sus actos, se graban en la materia de su ser. Entonces, todo lo que hace mal, acaba por manifestarse en él como un freno, como una limitación y, al contrario, todo lo que hace bien, le aporta inmensas posibilidades de expansión.

He ahí lo que ahora es necesario que los humanos comprendan, si no, ni la Iglesia, ni la Biblia, ni los Libros sagrados, por más que sean traducidos a todas las lenguas, conseguirán que sienten la cabeza. No pongo en duda la veracidad de los Libros sagrados, no debéis comprenderme mal; pero esta manera de presentar las cosas, que fue buena hace siglos, ahora ya no es eficaz. Los humanos deben encontrar en ellos mismos motivos para respetar las leyes divinas, así como también es en ellos mismos donde deben encontrar el modelo divino.

Así pues, ¡qué quede claro! Cuando hablamos de «religiones reveladas», no hay que imaginarse que vino Dios mismo a encarnarse sobre la tierra, o que se dirigió a tal o cual hombre de la historia para darle a conocer unas verdades que deben permanecer inmutables a lo largo de los siglos. Ninguna religión puede presentar la inmensidad, la infinidad de Dios. A cada época corresponde una forma de religión; digo bien, una forma, no una religión, y nosotros pues, no tenemos necesidad de una nueva religión.

La fe debe descansar sobre unos fundamentos que nada pueda sacudir, si no, tarde o temprano, a pesar de los esfuerzos de aquellos que quieran defenderlos, sus preceptos serán, uno tras otro, abandonados. De hecho, podemos comprobarlo, cuando estos preceptos no están adaptados, los humanos los abandonan. Todos esos mandamientos, todos esos dogmas que ya no corresponden a nada, son como mansiones vacías: han sido abandonadas, los habitantes se han ido a vivir a otra parte.

Debéis comprender que no pretendo aportar una nueva religión, sino desarrollar, profundizar unas enseñanzas cuyos principios son muy antiguos, y que deben ser adaptados a nuestra época. La historia humana es una sucesión de cambios, nada puede permanecer estático puesto que la vida es un movimiento perpetuo. Nos gustaría pensar que este movimiento significa siempre un progreso; Desgraciadamente, nos vemos obligados a constatar que a veces hay regresiones. Pero progreso o regresión nada queda en su sitio: las generaciones de seres humanos se suceden, e

incluso si, en algunas sociedades, los cambios se producen más lentamente que en otras, cuando las condiciones son favorables, nadie puede oponerse a ello. Son como corrientes que empiezan a captar a aquellos que están preparados, los cuales se convierten en conductores. Y si acaban consiguiéndolo, es que llegó el momento.

Si ahora miramos la historia, veremos como, en cualquier terreno, todos los innovadores fueron primero incomprendidos, incluso perseguidos. Estos innovadores no tenían la voluntad de trastornarlo todo, no fueron ellos quienes se empecinaron en destruir determinadas cosas para aportar otras nuevas. Vinieron porque las condiciones eran favorables al cambio, porque las mentalidades evolucionaban. Esto también es válido para la religión. Todas las religiones deben evolucionar, y la religión cristiana también; si rechaza evolucionar armoniosamente, se verá obligada a hacerlo con desgarramientos y fracturas.

Nuestro trabajo, lo repito, no es pues anunciar una nueva religión. Ya existen en el mundo suficientes religiones. Sólo se trata de saber cómo trabajar para alimentar nuestra fe. He aquí de qué nos ocupamos. Por este motivo aportamos métodos, es decir, una actitud a adoptar, un programa a realizar. No discutimos acerca de unas verdades esenciales conocidas desde hace miles de años. Sólo debemos saber cómo trabajar para que estén siempre vivas. En la verdadera religión, deben considerarse todas las actividades humanas: las que conciernen a nuestra vida física: respirar, comer, andar, dormir, etc... como las que corresponden a nuestra alma y a nuestro espíritu.[24] Y si hacemos hincapié en los métodos de trabajo, es para que ningún terreno sea considerado fuera de la religión, porque el ser humano es una unidad. Estas son las bases sobre las que debemos fundar nuestra fe.

[24] *«Buscad el Reino de Dios y su Justicia»,* Parte VI: «Sois el templo de Dios viviente».

8.- NUESTRA FILIACIÓN DIVINA

Cuántas personas creen pasar por ser perspicaces, inteligentes y razonables al decir: «Yo no creo más que en lo que veo. Si Dios existe, ¡no tiene más que mostrarse!» ¿Pero cómo pueden pensar que esto es un argumento? Decir que no se cree en Dios porque no se Le ve, es absurdo. Si Le viéramos, no tendríamos necesidad de creer. ¿Acaso decimos que creemos en la existencia de nuestros padres, de nuestros amigos o del mundo que está a nuestro alrededor? No: lo vemos y esto basta. La fe por definición, tiene por objeto el mundo invisible y no el mundo visible. Pero todas esas personas «razonables» no razonan hasta aquí, se contentan con la certeza de que siempre encontrarán otras personas tan «razonables» como ellas para aprobarlas, y juntamente con ellas, burlarse de todos esos ingenuos y débiles de espíritu que dicen creer en Dios. En cuanto a aquellos que precisamente pretenden creer en Dios, ¿qué creen verdaderamente?

Recientemente, unos amigos que han venido de Bulgaria me han explicado esta anécdota muy divertida que circula por los países comunistas. Al regresar de su viaje espacial, los cosmonautas rusos fueron recibidos con gran pompa en el Kremlin dónde Brejnev les felicitó y les decoró delante toda una asamblea de ministros, generales, etc... Una vez terminada la ceremonia, Brejnev les coge a parte y les pregunta: «Decidme con franqueza, ¿habéis visto a Dios allá arriba?» - Sí, respondieron los cosmonautas. - «¡Ah! Suspiró Brejnev, lo sospechaba.» Pasado algún tiempo, los mismos cosmonautas fueron recibidos por el Papa en el Vaticano. De nuevo, gran ceremonia delante de una asamblea de cardenales. Al final, una vez se hubieron retirado todos, el papa coge a los astronautas a parte y les dice: «Hay algo que me preocupa y quisiera haceros una pregunta: en el transcurso de vuestro viaje en el espacio ¿habéis encontrado a Dios? - No, respondieron, no Le hemos encontrado.» El papa, algo decepcionado, guarda silencio unos instantes y luego acaba por murmurar. «¡Oh, claro, lo sospechaba!»

La persona que ha inventado esta anécdota, es buena observadora y buena psicóloga, ha comprendido que, creyentes y no creyentes eran, en el fondo, tan inseguros los unos como los otros. Para creer en Dios, los incrédulos esperan que Dios se muestre, y los creyentes no han comprendido que la fe no se basa en pruebas visibles.

Querer probar la existencia de Dios mediante argumentos, es una tarea inútil y estéril. Mediante el razonamiento, yo también puedo presentaras ciertos argumentos: «Dado que... Puesto que... Así pues...» Pero, de igual forma, podría probaras su no-existencia. Cuanto más se quiere probar la existencia de Dios, más riesgo existe de introducir la duda en los espíritus. Y si la gente no está preparada para aceptar lo que les decís, no hay nada a hacer; podéis hacerlos pedazos, triturarlos, hervirles en una olla, continuarán siendo lo que son. Hagáis lo que hagáis, no conseguiréis nada, es necesario que la apertura proceda de ellos, no seréis vosotros quienes podréis hacerla.

Diréis: «¡Oh! Pero si alguien hiciera milagros delante de todos estos incrédulos, se sentirían obligados a creer todas estas grandes verdades que la religión, los Libros sagrados nos enseñan.» ¡No creáis! Como mucho, se impresionarían algunos minutos como si estuvieran frente a un número de prestidigitación, y luego olvidarían. Querer probar la existencia de Dios es inútil, y yo no perderé mi tiempo en esta tarea. Mi intención es conduciros a un nivel de conciencia dónde esta pregunta ya no se formule.

En realidad, a la pregunta sobre la existencia de Dios, sólo podemos responder a través de la analogía. Tenéis un padre, está cerca de vosotros, pero puede ausentarse, irse de viaje, incluso un día se irá definitivamente. ¿Acaso esto significa que ya no existe? No, aunque no esté físicamente aquí, continua existiendo, sí, pero en vosotros. Porque es vuestro padre, ha dejado en vosotros una huella indeleble: unos rasgos físicos o psíquicos, unos dones, unas cualidades... ¡O unos

defectos! Pues bien, ocurre lo mismo con Dios: Le llevamos en nosotros bajo una forma espiritual. Puesto que Él nos ha creado, nos ha impregnado con su quintaesencia. Nos ha dejado unos rastros fluídicos, toda una red de filamentos que nos unen a Él, y gracias a los cuales podemos reencontrarle. Así pues, a aquél que ha dejado obscurecer su mirada interior, o ha dejado embotar sus facultades espirituales hasta el punto de decir: «Dios no existe puesto que si existiera, etc...» o aún «Dios está muerto», no hay nada que responderle. Excepto esto: que Dios también ha dejado al hombre la posibilidad de hacerle vivir o matarle en sí mismo.

Aquel que crea poder encontrar a Dios fuera de él, se condena a búsquedas estériles. Hay pues que dejar de pensar en Dios objetivamente, como en un Ser exterior a nosotros. Incluso hay que dejar de imaginar que Él está en algún lugar arriba en los cielos, mientras que nosotros estamos aquí, separados de Él por distancias inconmensurables. Puesto que Dios nos ha creado, Él está en nosotros como el padre y la madre están dentro del niño. De la misma manera que llevamos en nosotros a nuestro padre y a nuestra madre terrenales, con mayor razón llevamos nuestro Padre y nuestra Madre celestes. Mientras los humanos no acepten esta comprensión de las cosas, en un momento u otro se verán inducidos a dudar de la existencia de Dios.

Dios es quien nos ha dado la vida, es Él quien hace que podamos expresarnos mediante pensamientos, sentimientos, palabras, actos. Y cada vez que sentimos un impulso hacia la luz, cada vez que nos sentimos inspirados por el desinterés, la bondad, el amor, cada vez que experimentamos la necesidad de superamos, de hacer sacrificios, es Dios quien manifiesta su presencia en nosotros. Así pues, tratad de multiplicar estas experiencias y comprenderéis lo que significa creer en la existencia de Dios.

Preguntareis: «¿Pero jamás nadie ha encontrado a Dios?» Eso depende de lo que llaméis «encontrar»... Hay personas que os explicarán que Dios les visita todos los días, que les habla, les aconseja, les confía unas misiones, etc. Aquí tampoco no hay nada que decir, porque es inútil tratar de disuadir a las personas que se imaginan que Dios se interesa en los mínimos detalles de su vida cotidiana, o que viene a verles para confiarles una misión planetaria, o incluso cósmica. Encontrar a Dios... sólo los verdaderos místicos han podido hablar de estos encuentros. Han relatado experiencias que eran realmente encuentros, pero encuentros interiores. Jamás nadie ha encontrado físicamente a Dios, e incluso si ello fuera posible, no es seguro de que tal hecho pudiera aportar algo.

Procedemos aquí también por analogía. Salís a la calle, vais a distintas tiendas, o bien os cruzáis con un determinado número de personas. Podemos decir que las encontráis, y que ellas os encuentran: pueden veros andar, dirigiros de un sitio a otro, escoger verduras o frutas en el mercado... ¿Pero creéis que de esta forma realmente han podido encontraros? No, el hecho de haberos visto, no significa que sepan realmente quienes sois; sabéis muy bien que no podéis reduciros a una forma física. Quien sois verdaderamente, habita en vuestro interior; él es quien piensa, quien ama, quien desea. Pero precisamente este ser que vosotros sois, no es visible para los demás, incluso vosotros mismos no le veis. ¿Pero acaso por ello podéis dudar de su existencia? No. Pues bien, reconocéis que no podéis veros a vosotros mismos y ¡queréis ver a Dios! ¡Qué inconsciencia! Diréis: «Pero aunque mi cuerpo no sea exactamente yo, es una prueba de que existo, lo podemos ver.» Pero también vemos el cuerpo de Dios: es el universo entero con todos los seres que le pueblan.

Así pues, dejad de buscar pruebas sobre la existencia de Dios allí dónde no las encontraréis: buscad a Dios en vosotros mismos y os daréis cuenta de que siempre está aquí, de que nunca os abandona. y si no Le sentís, no es porque no esté aquí, sino porque vosotros Le habéis abandonado: no habéis estado atentos, no habéis sido razonables, habéis cometido algunos errores de forma que vuestra conciencia se ha oscurecido, y ahora tenéis sensaciones erróneas

sobre la realidad de las cosas. El Señor está siempre aquí, sois vosotros quienes habéis momentáneamente embotado vuestra capacidad de sentir su presencia: así que, haced lo imposible para reencontrarle.[25]

Hay niños que jamás conocieron a sus padres, incluso no saben quienes son, pero no por ello dudan que los hayan tenido, y algunos incluso pasan toda su vida buscando el menor indicio de su existencia. La verdad es que estos padres están presentes en ellos mismos, en todo lo que les han dejado como quintaesencia. Así pues, aunque físicamente estén o no, están dentro suyo. Los niños siempre llevan a sus padres con ellos, en ellos. Los biólogos y los psicólogos estudian la aplicación de las leyes de la herencia física y psíquica en los hijos, lo cual está muy bien, pero es insuficiente. ¿Quién estudiará ahora nuestra herencia espiritual, todas estas semillas divinas que hemos recibido de nuestro Padre y de nuestra Madre celestes, y que debemos hacer crecer hasta conseguir ser como ellos?

En el libro del Génesis, está escrito que al sexto día, después de haber separado la tierra de las aguas y creado el sol, la luna, las estrellas, las plantas, los animales, Dios dijo: *«Hagamos al ser humano a nuestra imagen, como semejanza nuestra.»*[*] El universo es el cuerpo de Dios, un cuerpo que anima con su espíritu; del mismo modo, el hombre posee un cuerpo que es un reflejo del universo, y el espíritu que anima este cuerpo es un destello que surge del Espíritu divino.[26] Así pues, si os preguntáis dónde está Dios y os Lo imagináis como un monarca que reina lejos de vosotros, en un lugar inaccesible, en lo más recóndito del cielo, es evidente que jamás Le encontrareis. Sin duda Dios es el ser más lejano, el más incomprensible, pero al mismo tiempo, Él es el más próximo puesto que está en nosotros.

Por consiguiente, debemos hacer todo un trabajo para sentir y vivificar esta presencia. Nada es más precioso que la sensación de estar habitado por el Señor: en este instante, ocurra lo que ocurra, ya no nos preguntamos sobre su existencia.

¡Hace tantos siglos que judíos y cristianos repiten que Dios ha creado al hombre a su imagen! Lo repiten, sí, pero ¿cuándo comprenderán realmente lo que esto significa?.. Al crearnos, Dios ha introducido en nosotros una quintaesencia de Él mismo, de la misma luz, de la misma pureza, de igual poder. La Ciencia Iniciática llama a esta quintaesencia divina nuestro Yo superior. Así pues, si nos concentramos en nuestro Yo superior, nos unimos a Dios, porque nuestro Yo superior es una parcela de Él. Gracias a los esfuerzos que hacemos para tocar este centro, esta cima que está en nosotros, hacemos surgir fuerzas que vivificarán todas las células de nuestro cuerpo. y esta es la respuesta de Dios a nuestras oraciones, porque Dios no es distinto de nuestro Yo superior.

Sólo podemos alcanzar a Dios, el Espíritu cósmico, en la medida en que consigamos alcanzar el espíritu en nosotros mismos, nuestro Yo superior. Así pues, debéis comprender que cuando rezáis al Señor, en realidad estáis intentando alcanzar la cima de vuestro ser; y si lo conseguís, desencadenáis una vibración tan pura y tan sutil, que al propagarse produce en vosotros las transformaciones más beneficiosas. E incluso, aunque esta vez no obtengáis lo que hubierais pedido, al menos ganáis algunos preciosos elementos. La utilidad de esta petición está en que habéis intentado alcanzar una cima en vosotros mismos, y que allá, muy lejos, muy arriba, habéis podido activar una fuerza que, viniendo hacia vosotros, produce sonidos, perfumes, colores que regeneran vuestro ser.

En lugar de preguntaros dónde está el Señor y cómo es, trabajad sobre esta quintaesencia de sí

---

[25] *«Sois dioses»,* Parte 1, cap. 3: «El retorno a la casa del Padre».

[*] Gén. 1: 26

[26] *«Sois dioses»,* Parte III, cap. 1: «Dios, la Naturaleza Y el hombre». (Naturaleza inferior y Naturaleza superior).

mismo que ha dejado en vosotros, sino, os embarcaréis en investigaciones inútiles. Algunos pensadores han intentado definir a Dios diciendo que es un círculo cuyo centro está en todas partes, y cuya circunferencia en ninguna... De acuerdo, pero con unas indicaciones tan poco precisas, ¿cómo Le encontraréis? Puesto que está en todas partes, en primer lugar debéis comprender que sobre todo está en vosotros: así pues, tenéis la posibilidad de encontrarlo sin cesar, de hablarle, de escucharle. Es Él quien quiso infundirse en las criaturas, así pues forma parte de nosotros, no podéis perderle. Si le habéis perdido, significa que todavía no habíais tomado suficiente conciencia de que le poseíais.

Si tanta gente reconoce que ya no cree en Dios, únicamente es debido al hecho de haber aceptado lo que se les ha dicho respecto a Él, y lo que se ha dicho, es algo exterior a ellos: palabras. Ahora bien, las palabras, incluso las más verídicas, las más profundas, siempre son algo externo, y existe el riesgo de que un día lleguen a perder su sentido. Sólo el hombre puede verdaderamente darles un sentido y conservarlas, y para ello debe asimilarlas, hacerlas suyas.

No podéis perder aquello que realmente poseéis. Sólo podéis perder lo que no os pertenece, o sea lo que todavía no forma parte de vosotros mismos. En algún momento tenéis fe, y luego dudáis; ahora estáis en la luz, y luego en la oscuridad; ahora amáis, y luego ya no amáis. Esto quiere decir que ni la fe, ni la luz, ni el amor os pertenecen. Para que os pertenezcan, es preciso que vosotros mismos os convirtáis en fe, en amor, en luz. Cuando Jesús decía: «Yo soy la luz del mundo»,* se identificaba con la luz. No dijo que la luz estaba en él, o con él, sino que era la luz. En esta fórmula, hay toda una ciencia a meditar y que puede ser utilizada en todos los terrenos de la vida interior. En el plano físico, podemos perder muchas cosas que nos pertenecen. Pero lo que está en nosotros, mezclado con nosotros, fusionado a nosotros, y que se ha convertido en carne y hueso en nosotros, no podemos perderlo. En este momento ya no nos preguntamos más si Dios existe: ¿cómo dudar de lo que somos?

La fe está profundamente presente en nosotros, es Dios quien, mediante su presencia, nos la ha inscrito: simplemente hay que liberarla para que se manifieste. Estamos habitados por una fe absoluta, puesto que el Creador ha querido que estemos eternamente ligados a Él. Cuando un Maestro, un Iniciado nos dice: «No cortéis el vínculo con Dios», no es más que una manera de expresarse. En realidad, no podemos cortar el lazo que nos une al Creador, porque somos de la misma naturaleza que Él. Lo que puede ser cortado, es algo que está contraído o ensombrecido en nuestra conciencia. Pero nuestro Yo verdadero jamás está lejos de Dios, ya que Dios está en nosotros como nosotros estamos en Él.[27]

Preguntaréis: «Pero ¿cómo puede ser que, siendo de la misma naturaleza que Él, podamos sentimos diferentes del Creador?» Porque al descender a la materia, hemos dejado que demasiados elementos opacos se interpusieran entre nuestro espíritu y nuestra conciencia ordinaria. La historia del hombre es una historia muy larga, y para comprenderla, hay que regresar de nuevo al principio del libro del Génesis. Fue dicho: *«En el principio creó Dios el cielo y la tierra. La tierra era caos y confusión y oscuridad por encima del abismo, y el Espíritu de Dios aleteaba por encima de las aguas. Dios dijo: «¡Haya luz!...»*** Y a partir de este momento empieza la creación.[28]

Así pues, el universo, antes de la creación, es un espacio caótico y oscuro, tal y como lo indican

---

* Juan 8: 12

[27] *«Buscad el Reino de Dios y su Justicia»,* Parte III, cap. 7: «Sois el templo del Dios viviente».

** Gén. 1: 1-2

[28] *«Buscad el Reino de Dios y su Justicia»,* Parte 11, cap. 1: «Al principio Dios creó el cielo y la tierra».

las palabras, «informe», «vacío», «tinieblas», «abismo»... Pero por encima de este caos, planea el espíritu de Dios. Ya os he explicado que el agua es el símbolo de la materia primordial fecundada por el fuego, el espíritu divino, para que aparezcan todas las riquezas. Al fecundar la materia, el espíritu trabaja sobre ella, y a medida que aparecen nuevas creaciones, descubre sus poderes, y consigue conocerse. Entonces, si me pedís porqué Dios creó el universo, os responderé: «Para conocerse»... La Cábala enseña que Dios quiere conocerse a través de su reflejo, y representa precisamente esta idea mediante una extensión de agua en la que se refleja el rostro de Dios. Naturalmente, queda por responder «¿por qué Dios quiere conocerse a través de la materia?» Pero este es el misterio.

Así pues, Dios quiere conocerse a través de la materia, y por esto ha creado los soles, los planetas, las piedras, las plantas, los animales... y también los hombres. Y precisamente porque ha sido creado a imagen de Dios, el hombre también quiere descubrirse a través de esta materia. Su espíritu está sumergido en la materia (su cuerpo que es un resumen del universo) y busca conocerse a través de esta materia. Pero no podrá conocerse verdaderamente hasta después de muchos milenios, cuando haya trabajado hasta conseguir que su materia sea tan sutil y trasparente que pueda verse a través de ella. Hasta entonces, el espíritu no puede conocerse, se encuentra como alejado de sí mismo, perdido en la opacidad de la materia.

A lo largo de todo este difícil recorrido a través de la materia, sólo la fe puede salvamos, la fe en nuestro origen divino; saber que estamos en la tierra para conseguir un sólo objetivo: conocernos como espíritu a fin de manifestar la luz y la fuerza del espíritu. Esta luz y esta fuerza están ya en nosotros, siempre están en nosotros, y algunas veces, en circunstancias excepcionales, sentimos cómo nos invaden. Creemos que nos llegan súbitamente, sin saber de dónde... Pero no, las teníamos ya en nosotros aunque en ese preciso momento hayamos conseguido que nuestro espíritu pueda manifestarse a través de la materia.

Nuestro espíritu es omnisciente y todo poderoso como Dios; vive en una luz infinita, eterna, pero nuestro cerebro no está en disposición de transmitírnosla sin interrupción. ¿Por qué? Porque la capacidad que el cerebro posee de transmitirnos la luz, el saber, los poderes del espíritu, está en relación con todos los aspectos de nuestra existencia física y psíquica. Un día podéis hacer esta experiencia: desde la mañana al levantaros, hasta la noche al acostaros, intentad tomar conciencia de todos los procesos que hacen que estéis vivos. A través de todos estos procesos físicos, fisiológicos, afectivos, mentales, tan numerosos que apenas podemos enumerar, os ponéis en contacto con la materia, hacéis un trabajo con la materia. Y si os esforzáis en vigilaros, de manera que se desarrollen en las mejores condiciones de pureza y armonía, mejoraréis el funcionamiento de vuestro cerebro que, poco a poco, se convertirá en el conductor de los poderes del espíritu. Debéis fundar vuestra fe sobre esta verdad, y así es como lograréis ser invencibles, comprenderéis que nada puede ensombreceros, debilitaros, ni destruiros.

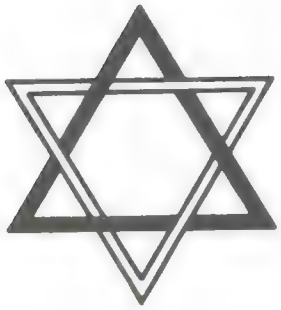
Mediante nuestro espíritu, nuestro Yo superior, estamos cerca de Dios, en Dios, y es a través de Él que podemos domar nuestro yo inferior. Arriba ya somos libres y estamos en la luz, pero hay que estarlo también abajo.[29] Estas relaciones entre arriba y abajo, entre el espíritu y la materia, han sido estudiadas y profundizadas en las Iniciaciones del pasado que las presentaron bajo distintas formas simbólicas.

[29] *«Sois dioses»,* Parte VIII, cap. 2: «Conócete a ti mismo», pág. 471- 474.

Uno de estos símbolos, es la serpiente que traga su cola. La cabeza de la serpiente representa nuestro Yo superior, y su cola nuestro yo inferior. A través de este símbolo, los Iniciados quieren decir: «Estáis en Dios, en la luz, al mismo tiempo que estáis fuera de Él, en la oscuridad.» Pero cabeza y cola pertenecen a la misma criatura, la serpiente, así pues no están separadas. Y puesto que la serpiente engulle su cola, esto significa que nuestro espíritu, nuestra naturaleza superior, efectúa un trabajo sobre nuestra materia, nuestra naturaleza inferior; es él quien debe apoderarse de nuestra materia para que ya no exista, entre ambas, más oposición en nosotros.

También encontramos una representación de esta idea en la catorceava carta del Tarot: la Templanza. Esta carta representa un ángel que sostiene un jarrón en cada mano, y en el de su

mano derecha vierte el contenido del jarrón que sostiene la mano izquierda. El agua que el ángel trasvasa es la vida, la corriente de la vida divina. Si se interrumpe, no hay más intercambios y el hombre no progresa, no alcanzará jamás la perfección. El ángel, nos representa a nosotros, sí, a nosotros. Somos ese ángel que tiene la posibilidad de trabajar con los dos recipientes; depende de nosotros que el mundo divino, el espíritu, descienda para animar, exaltar, vivificar la materia de abajo. Cuando nos esforzamos en elevamos por la oración y la meditación, estamos preparando este descenso, puesto que el movimiento de arriba abajo, sólo puede producirse si va precedido por un movimiento de abajo arriba; el espíritu no puede descender mientras no hagamos todo un trabajo preparatorio para darle esta posibilidad. Mediante la oración, la meditación, debemos aprender a verter cada día este licor, esta quintaesencia celestial a fin de llenar enteramente nuestro ser.



Otro símbolo del trabajo a realizar es el sello de Salomón. El sello de Salomón es una figura formada por dos triángulos equiláteros entrecruzados. El triángulo con la punta hacia arriba representa al ser humano que, mediante su trabajo espiritual, se esfuerza en dirigirse hacia el mundo divino; y el triángulo con la punta hacia abajo, representa el descenso del mundo divino que busca impregnar al ser humano con su luz. La circulación de las energías de un mundo a otro está representada por el hecho de que, no sólo los dos lados se entrecruzan, sino que se comunican. La unidad es la verdad de la creación. Por esto la materia y el espíritu deben llegar a ser uno, gracias a las relaciones que mantienen conjuntamente; lo de arriba con lo de abajo, lo superior y lo inferior deben crear una unidad y, en esta fusión, el uno no cesa de enriquecer al otro. Lo que es inferior es absorbido por lo que es superior, al mismo tiempo que también se convierte en su receptáculo material.

Desde hace siglos, milenios, los Iniciados han enseñado esta misma verdad a sus discípulos, pero según los pueblos, las civilizaciones, esta enseñanza ha adoptado diferentes formas. Y aunque esta enseñanza llamada esotérica o iniciática, no fuera revelada más que a algunos, todas las religiones recuerdan al hombre su origen divino y le dan métodos para fusionarse con la Divinidad. Sólo que las religiones son una cosa, y sus representantes otra. ¿Cuántos de entre ellos están realmente preocupados en ayudar a los seres a tomar conciencia de su origen, y en darles los métodos para reencontrar la Divinidad en ellos? Por esto, a pesar de la existencia de todos los Libros sagrados cuya elevación y belleza no pueden ser superadas, por todas partes vemos gente que va a la deriva y se convierte en presa de las fuerzas vertiginosas que habitan en su yo inferior. Entonces, evidentemente, frente al espectáculo de este caos, se dirá que Dios no existe.

Si tantos «creyentes» un día se ven obligados a admitir que ya no tienen fe, o incluso que jamás la han tenido, es debido a que no se les ha explicado que la fe empieza por el conocimiento del ser humano y del trabajo a emprender sobre uno mismo. Aquél que verdaderamente ha empezado este trabajo, no puede cuestionarse la existencia de Dios, siente que está unido a esta existencia, que forma parte de ella, que no puede por tanto negar a Dios sin negarse él mismo. ¡Cuánta gente se imagina que son los ignorantes los que más se impresionarán por los conocimientos de los que saben, o que los malos son quiénes más se impresionarán por las cualidades de los hombres de bien! ¡De ninguna manera! Así pues, si queréis saber en qué punto de su evolución se encuentran los humanos, observad si son capaces de apreciar el valor, las cualidades de los demás. Si no lo son, es que ellos mismos no valen gran cosa. De la misma manera que para reconocer las cualidades en los demás hay que poseerlas, de igual modo, para reconocer la existencia de este Ser de todos los seres, su sabiduría, su perfección, su esplendor, es preciso haber desarrollado en sí mismo algo de esta perfección. No podemos encontrar más que lo que corresponde a lo que nosotros somos.

Diciéndoos todo esto, no hago más que seguir el pensamiento de Jesús que decía: *«Mi Padre*

y yo, somos uno»[*] o que recordaba a los escribas y a los fariseos el versículo de los Salmos «Sois dioses».[**] He aquí lo que verdaderamente es la religión cristiana. Si no aceptáis esto, jamás resolveréis las aparentes contradicciones de las Escrituras, no penetraréis su sentido, no sabréis «unir la cabeza con la cola.»

Nos fijamos un objetivo, y precisamente, para conseguido, debemos seguir un camino, aplicar ciertos métodos. Pero en realidad, el objetivo y el método son una sola y misma cosa. Cuando Jesús decía: *«Yo soy el camino, la verdad y la vida»*,[***] se confundía con el camino. Andaba sobre el camino y era el camino. Y aquél que sigue a Jesús, que anda sobre el camino, también debe él mismo convertirse en el camino: piensa en Dios, se dirige hacia Dios, y él mismo debe llegar a ser Dios, es decir a identificarse con el propósito de su andadura. De esta forma, el objetivo se convierte en un método. y el método son todos los ejercicios que nos permiten avanzar a fin de realizar un día la fusión con Dios.[30]

---

[*] Juan 10: 32

[**] Salmo 82: 6, Juan 10: 34

[***] Juan 14: 6

[30] *«Sois dioses»,* Parte VIII, cap. 3. «La fusión con el Alma y el Espíritu cósmicos».

9.- LA PRUEBA DE LA EXISTENCIA DE DIOS ESTÁ EN NOSOTROS

A veces me preguntan: «¿Cree usted en Dios?» - «No -respondo-, no creo en Dios.» ¿Por qué creer? ¿Qué significa creer en Dios?.. Hay que comulgar con El, hay que tocarle, hay que sentirle. En este momento incluso no tenemos necesidad de creer: vivimos. Creer supone que el objeto de esta creencia está muy lejos, que jamás ha sido sentida ni conocida, y entonces se cree, pero sin saber muy bien porqué, ni siquiera en qué se cree.

La creencia en Dios, y tal como algunos la consideran, es algo muy débil, indeterminado. Creer, es para los que jamás no han probado nada. Alguien dice: «Yo creo», pero esto es poca cosa, hay que ir más lejos. Los ateos también creen en algo, son creyentes a su manera, creen que Dios no existe, lo cual es igualmente una creencia, pero una creencia que no les aporta nada, porque no podemos alimentarnos de algo que no existe. La duda acerca de la existencia de Dios no tiene ninguna realidad, es una inexistencia, y no pueden probar esta inexistencia. Mientras que es posible probar la realidad de Dios, y no sólo probarla, sino incluso vivirla.

Creyentes o no creyentes, tenemos nuestra existencia en Dios, y Dios vive en nosotros. La diferencia está en que unos tienen conciencia de ello, y otros no. El incrédulo no hace más que acumular en él pantallas hasta el punto de no sentir nada, y puesto que lo que no sentimos no existe, acaba por decir: «Dios no existe.» Lo que es absolutamente cierto: en estas condiciones, Dios no existe. Mientras que para aquél que cree en Él, Dios existe. Sólo que, la mayoría de las veces, no es del todo consciente de esta creencia. Para que lo sea, es preciso que la persona llegue a sentir que Dios vive en él, y que él vive en Dios hasta el punto de formar con Él una unidad absolutamente indisociable.[31] Entonces nada puede hacerle dudar, porque vive sin cesar la vida divina, porque está sumergido en ella y es atravesado por ella.

Del hombre depende que los seres y las cosas existan o no para él. Si alguien duerme, incluso si todos los tesoros del mundo están amontonados a su alrededor, puesto que duerme, no será consciente de ello, y por tanto es como si no tuviera nada. Podría decirse que la mayoría de los humanos están así, sumergidos en el sueño de la inconsciencia. Los Iniciados, que son seres verdaderamente despiertos, ven los esplendores que les rodean y se sienten maravillados por ello; los demás, tienen las mismas riquezas a su alrededor y en ellos mismos, pero no se dan cuenta. Así pues, todo depende del estado de conciencia. Cuando estamos despiertos, algunas cosas se convierten en una realidad, luego nos dormimos y se borran. Ocurre lo mismo con Dios: el que está dormido no Lo siente, y concluye que Él no existe. Esta imagen del sueño es muy instructiva.

Los investigadores que se han preocupado por el tema del sueño, han descubierto que comporta varios estadios, varios niveles. De la misma manera, en el plano psíquico y en el plano espiritual, también existen distintos niveles de sueño o de vigilia, es decir, varios niveles de conciencia. Así pues, tenemos la misión de despertarnos. En la tradición cristiana, se dice que debemos nacer de nuevo.[32] ¿Por qué nacer de nuevo? Es el término que Jesús empleó en su conversación con Nicodemo: *«Si un hombre no nace de nuevo, no puede ver el Reino de Dios.»* * Pero en realidad, el nuevo nacimiento, así como el despertar, es un proceso continuo: cada progreso en el camino de la luz, de la verdad, es un nuevo nacimiento, un nuevo despertar. Estar despierto, sí. Éste es el significado de la palabra «Buda»: el Despierto.

Sean cuales sean los esfuerzos de los teólogos o de los filósofos para demostrar la existencia

---

[31] *«Sois Dioses»,* Parte 1, cap. 2: «Mi Padre y yo somos uno».
[32] *«Sois Dioses»,* Parte IX, cap. 2: «El segundo nacimiento».
* Juan 3: 3

de Dios, incluso aunque sus argumentos puedan ser interesantes, en realidad la demostración es imposible. Podemos decir al incrédulo, con rigor, que la mejor prueba de la existencia de Dios es la existencia de él y la del mundo que le rodea, pero incluso así, se alzarán personas muy sabias que os responderán que el hombre, al igual que el universo, es producto del azar. Así pues, hay un dios, un creador que se llama Azar. Pues bien, no tienen porqué sentirse orgullosos con este descubrimiento. La verdad es que están dormidos. y puesto que duermen, no pueden apreciar las riquezas y los esplendores que les rodean; pero lo que todavía es peor, es que no ven todo lo que poseen: los dones, los talentos, las facultades, los poderes que son las manifestaciones de la Divinidad en ellos. El sueño es una clase de ceguera: los ojos, los ojos espirituales, están cerrados.

Las necesidades superiores que se manifiestan en el hombre, son la expresión de la Divinidad: los hombres dan testimonio de la existencia de Dios a través de sus aspiraciones elevadas, así como de sus actividades benéficas con respecto a los demás. A medida que su conciencia se ensancha, tienen percepciones de otro orden, como si se tratara de otra vida, la de este Ser sublime que se infunde en ellos, y cada vez más son habitados por su presencia. Intensificando esta presencia, se confunden poco a poco con ella hasta parecerse un día a la Divinidad.

La mayor prueba de la existencia de Dios, la encontramos en nosotros. Porque el Creador ha colocado en nosotros sus simientes, y la predestinación de una simiente, es germinar, crecer hasta convertirse en un árbol. ¿Os acordáis de la parábola del grano de mostaza? Así pues, debéis saber que todos vosotros sois granos, es decir, divinidades en potencia, y gracias a vuestro trabajo, a las manifestaciones superiores de vuestra existencia, os convertiréis realmente en divinidades. Si no, seguiréis siendo granos o, quizás como mucho, raíces, pero en cualquier caso, jamás llegaréis a ser ramas, ni hojas, ni flores, ni aún menos, frutos.

Sólo lo que sois puede probaros la existencia de Dios. Pero cuidado, la prueba sólo es válida para vosotros. Aunque os convirtáis en una divinidad, no podréis probar a los demás la existencia de Dios hasta que ellos mismos no se eleven a este grado de conciencia en dónde se sentirán tan deslumbrados, que no podrán evitar pensar: «¡Es tan bello lo que descubro, tan luminoso, que debe ser la Divinidad!»

Algunos dirán: «Pero jamás nos han hablado así de Dios. Lo que se nos ha dicho es tan superficial, tan pueril, incluso ridículo, que no podíamos creer en ello, y hemos perdido la fe.» ¿Pero quién os obligaba a aceptar esta imagen de Dios que os presentaron? ¿Por qué aceptasteis privaros de algo esencial para vuestra existencia, bajo el pretexto de que no supieron hablaros de la Divinidad? ¿Por qué los humanos necesitan que se les hable de esta presencia en ellos y en todos los seres, de algo, de alguien infinitamente vasto, luminoso, bello, poderoso y lleno de amor, con quién deben permanecer en contacto para poder dar un fundamento y una orientación a su existencia? Si no lo sienten, es que están dormidos, sencillamente.

Así pues, ¿cómo pueden salir los humanos del sueño pesado en el que están sumergidos? Aquí también, para poder comprender, basta comparar el sueño psíquico con el sueño físico. En el plano físico, el hombre tiene sueños pesados porque ha acumulado, por ejemplo, demasiadas toxinas, o bien porque ha debilitado su organismo con actividades desordenadas. Entonces, necesita mucho más tiempo para recuperarse, y cuando se despierta, todavía está medio dormido y se arrastra... Ocurre lo mismo si acumula impurezas en su corazón y en su intelecto, si agota sus energías en estados pasionales, permanecerá mucho tiempo en una especie de torpeza psíquica. Y esta torpeza de la conciencia, es la que le impide sentir en él la presencia del Señor.

Nada es más real ni más verídico que la existencia de Dios. Que no se pueda demostrar, es precisamente un argumento en su favor. Si Dios fuera tal como deseamos para poderle ver, tocar,

sería limitado, no sería pues Dios... Que nos baste sentir su existencia sin querer tener pruebas de ello, mediante métodos tan reducidos e insuficientes como los de los cinco sentidos.

Así pues, sea lo que sea lo que os digan, cualesquiera que sean las filosofías que circulen por el mundo, acogeros a esta idea de que sólo encontraréis a la Divinidad en vosotros. Buscadla, pensad en Ella, amadla, invocadla, porque así recibiréis energías extremadamente poderosas que os permitirán avanzar firmemente por todos los caminos de la vida. Los cristianos cantan el Salmo: *«El Señor es mi pastor, nada me falta. Por prados de fresca hierba me apacienta. Hacia las aguas de reposo me conduce.»*[*] Pero son palabras que pronuncian mecánicamente, automáticamente, sin ser conscientes de que estas palabras son mágicas. Este pastor está en ellos, y porque está en ellos, extiende su poder y su protección sobre este inmenso rebaño -sus células- que él alimenta y apacigua. Nada es más importante que la conciencia de la presencia de Dios en uno mismo; gracias a esta presencia, al pensamiento de esta presencia, todo se ordena, se sosiega, se ajusta, se armoniza, se equilibra. Incluso si no alcanzáis enseguida resultados tan visibles, no importa, por lo menos habéis conseguido lo esencial: avanzáis sobre el buen camino.

¿Por qué el hombre es débil, porqué es desgraciado? Porque quiere buscarlo todo fuera de él, incluso a Dios. Pero Dios está en nosotros, no podemos separarnos de Él; a lo sumo, podemos poner pantallas oscuras, capas opacas entre Él y nosotros. Cuando el sol está oculto por las nubes, no ha desaparecido, continua derramando su luz y su calor. Cuando finalmente las nubes se disipan, cuando podemos elevarnos más arriba en la atmósfera, constatamos que el sol sigue estando ahí. Un fenómeno idéntico se produce en nosotros: lo mismo que el sol, Dios siempre está ahí, presente, inmutable, y nos envía la luz de su sabiduría y el calor de su amor. Pero, evidentemente, si mediante pensamientos, sentimientos y deseos desarmónicos, egoístas, malévolos, dejamos que se formen nubarrones en nosotros, nos veremos privados de esta luz y de este calor. Sólo que los humanos, en lugar de comprender que es culpa suya, e intentar hacer cualquier cosa para resolverlo, se lamentan de que Dios no existe, o de que Él les ha abandonado.

Incluso muchos de entre los creyentes y los místicos, se han sentido abandonados por Dios en determinados momentos. ¡Cómo si fuera Él quien cambiara con respecto a nosotros! ¡Ah! Sí, es Dios quien cambia, ¿verdad? Nosotros somos estables, inmutables en nuestra fe, fieles en nuestro amor, ¡pero es Dios quien es caprichoso! En los textos sagrados, a Dios se le denomina el Fiel, el Verídico, y por más que los humanos repitan estas palabras, siempre continúan preguntándose porqué Dios no les mira, porqué no les escucha, porqué les abandona. Pero no es Dios quien nos abandona, somos nosotros quienes Le abandonamos. ¿De qué forma? En lugar de subir por encima de la zona de las nubes, descendemos por debajo; entonces, evidentemente, debajo de las nubes, hay sombra y hace frío. Es necesario permanecer por encima de las nubes, allí dónde no hay ni frío ni obscuridad puesto que es allí dónde reside el Señor, y es también allí dónde podemos nosotros vivir en Él, y Él en nosotros...

Quizás nunca hayáis viajado en globo, pero sabéis que lo que permite al globo elevarse hacia el cielo, es el calor producido por la combustión de un gas que hincha la tela, y hace que el globo sea más ligero que el aire. Para elevarse en el plano espiritual, ocurre lo mismo, hay que volverse ligero, dilatarse, y para dilatarse hay que calentar algo en uno mismo. Con el calor del amor que inflama el corazón, nos volvemos tan ligeros que empezamos a subir como un globo. Veis, es más útil saber leer el libro de la naturaleza que los libros de teología: aprenderéis que al enfriaros os contraéis, os volvéis más pesados, más pesados que el aire, y caéis... Y cuando estáis en el suelo, naturalmente decís que no valía la pena creer puesto que Dios os ha abandonado. Pero avivad vuestro corazón, llenadlo de amor, y de nuevo os elevaréis por encima de las nubes para

[*] Salmo 23: 1-2

reencontrar el sol, el Señor.

Igual que el sol, Dios nos da todas sus bendiciones, pero si Le cerramos nuestro corazón, no las recibiremos. En realidad, Dios no necesita nuestro amor, pero ha construido al hombre de tal forma que es él quien necesita quererle, es decir, abrirse para que Dios pueda penetrar en él. Si el hombre no se abre, o prefiere quedarse bajo las nubes, puede hacerlo, por supuesto, Dios le deja. Diréis: «Pero Dios se irrita y les castiga.» ¡Imaginaros! Dios tiene otras cosas que hacer que castigar o recompensar a los humanos. Son ellos quienes, mediante su actitud, buena o mala, desencadenan en su corazón y en su alma, estados armoniosos o desarmoniosos que les hacen creer que Dios les protege y les sonríe, o les abandona y les castiga.

Dios es tan grande, que no está condicionado por los errores y las maldades de los hombres. Es inmutable, no varia en función de la actitud de los humanos. Así pues, cuando os sintáis inquietos, turbados, vacíos, porque habéis actuado mal, no digáis que Dios se ha retirado. Sois vosotros quienes debéis esforzaros para acercaros de nuevo a Él.[33] Si lo hacéis, lo conseguiréis y comprobaréis que Dios no es vengativo ni rencoroso como os lo han presentado. Así pues, haced el esfuerzo de reparar vuestras faltas, no esperéis que Dios os perdone, Él no os ha condenado, no tiene nada que perdonaros. No sirve de nada golpearse el pecho diciendo: «Soy un pecador... Soy un pecador...» Puesto que sois vosotros quienes habéis fabricado nubes que os privan de la luz de Dios, a vosotros os corresponde disgregarlas. Todo depende de vosotros, de vuestra actitud. ¿Para qué sirven todos los progresos de la psicología si el hombre no consigue comprender ni dominar todos estos fenómenos tan importantes que se producen en él?

Esta idea de que Dios se acerca o se aleja de nosotros, dificulta nuestra evolución. Os decís: «Dios se ha alejado, pero voy a esperar que me visite de nuevo.» Pues bien, podéis esperar siglos... Sois vosotros quienes debéis empezar inmediatamente el trabajo para cambiar este estado de cosas. Si esperáis que los cambios vengan del Señor y si, en lugar de actuar, os contentáis con llamarle para que socorra a su hijo extraviado, no hacéis más que alimentar ilusiones que prolongan vuestros malestares interiores. Puesto que sois vosotros la causa de este malestar, reparad vuestros errores: este es el verdadero arrepentimiento que os conducirá de nuevo cerca de El. Decir que Dios nos perdona, es una ilusión; sólo somos perdonados si reparamos. Veis, hay que desembarazarse de muchas nociones falsas sostenidas por las mismas religiones, y trabajar para elevarse por encima de las nubes en cualquier circunstancia, a fin de reencontrar la Divinidad que está en nosotros.

---

[33] *«Sois Dioses»,* Parte 1, cap. 3: «El retorno a la casa del Padre» .

10.- LA IDENTIFICACIÓN CON DIOS

Por lo menos una vez en vuestra vida, sin duda, habréis tenido la siguiente experiencia. Habréis escuchado a un amigo o desconocido que hablaba de sí mismo, de sus dudas, de sus pesares, de sus esperanzas. Lo hacíais con atención, seguíais su relato experimentando, según fuera el caso, simpatía, asombro, inquietud, compasión o admiración; pero lo que decía os era extraño a vosotros... Y después, de repente, tuvisteis la sensación de que estabais en él -o que él estaba en vosotros y entonces os disteis cuenta de que le comprendíais, de que realmente le conocíais.

Estas son, en general, experiencias que se hacen involuntariamente. Pero ya que son posibles, podemos hacerlas voluntariamente, como ejercicios de identificación: identificación con los seres que amamos, que admiramos, pero también con ciertos fenómenos de la naturaleza, con un río, una cascada, un manantial, una estrella, el cielo azul, e incluso con el sol. Sí, contemplar el sol y poder entrar dentro de él imaginando que nosotros somos el sol mismo... Todavía no sabéis qué transformaciones preparáis en vuestro interior cuando introducís en vuestro corazón, en vuestra alma, las vibraciones del sol, su energía, su vida. Repitiendo tales ejercicios lograreis, un día, identificaros con la Divinidad.[34]

Si podemos identificarnos así con los seres y las cosas, es porque en realidad somos mucho más de lo que parecemos. Como individuo, somos tal o cual persona, con un cierto aspecto físico, una identidad, un apellido, etc. Pero en nuestra alma y nuestro espíritu, somos mucho más, somos el universo entero, somos todos los seres. En la literatura se narran tales experiencias. Pero muchos consideran esto como una quimera o, como máximo, fruto de la imaginación poética. Para los humanos pretendidamente normales, alguien que diga que existe en los árboles, en los lagos, en las montañas, en las estrellas, en el sol, o que ha sentido que él mismo era la Divinidad, es evidentemente un poeta, un loco, y para ciertos estamento s religiosos, un peligroso hereje que merece la muerte. Pues bien, este poeta o este loco, o este hereje, expresa lo que es en realidad todo ser humano.

¿Hay algo más importante para nosotros que saber lo que somos realmente? Y esto sólo lo podemos saber identificándonos con la Divinidad. Este trabajo de identificación, fue resumido por los grandes Maestros de la India en la frase: «Yo, soy Él», que también corresponden a las palabras de Jesús: *«Mi Padre y yo somos uno.»*[*35] Esta identificación que Jesús había realizado con su Padre Celestial, nos pide que nosotros también la realicemos, ya que él dijo: *«Sed perfectos como vuestro Padre Celestial es perfecto.»*[** 36]

Solamente que, cuando los humanos aprenden que Dios es su Padre, en vez de reflexionar, de indagar su interior para encontrar rastros de esta filiación divina, se contentan con una interpretación superficial, pueril, de las palabras de Jesús. ¿Tienen a Dios por padre? ¡Pero qué extraordinario! Un padre todopoderoso, lleno de amor, a quien se le puede pedir todo... Y se comportan como niños caprichosos, exigentes, inconsecuentes, persuadidos de que, hagan lo que hagan, Dios se mostrará comprensivo, indulgente. Bastará con que digan. «Señor, he cometido talo cual falta, pero creo en Ti, sé que eres bueno y misericordioso, perdóname», para que el Señor los acoja en sus brazos. Pues bien, no, algunas palabras acompañadas de buenos sentimientos no bastan, y el Señor las devuelve diciéndoles: «Primero tenéis que lavaros.» El

---

[34] *«Sois dioses»,* Parte II, cap. 4: «Tomar y dar», Parte III, cap. 4: «El sol, imagen de Dios e imagen del hombre».

[*] Juan 10: 30

[35] *«Sois dioses»,* Parte I, cap 2.

[**] Mat. 5: 48

[36] *«Sois dioses»,* Parte I, cap. 1.

Señor no puede abrazar al que se presenta ante Él con la cara manchada de polvo o de barro. Por más amor que tenga una madre por su hijo, si éste se precipita hacia ella todo embadurnado de mermelada o de chocolate para abrazarla, ella le dirá: «Ve primero a lavarte.»

Pues bien, Dios hace lo mismo. A pesar de todo su amor, no puede abrazaros si no os habéis lavado al menos un poco. ¿Qué significa esto? Que no puede haber una unión, una fusión de dos sustancias que no sean de la misma naturaleza; y puesto que Dios es luz, no podéis fusionaros con Él, identificaros con Él, si vosotros mismos no os convertís también en luz. Si permanecéis cubiertos de polvo y de barro, os mantendréis de esta manera fuera de la Divinidad, no tendréis contacto con ella.

Cuantos cristianos son aún niños, bebés. Como Dios es su Padre, pues bien, los acogerá tal como son: embadurnados y rudos. Y otros, para demostrar que tienen de Dios una idea tan sublime, y que han meditado profundamente sobre todas las imperfecciones de la naturaleza humana, aparentan humildad para dejar de lado ese aspecto primordial de la enseñanza de Jesús: la identificación con Dios. Por eso, una vez más os digo que no son más que perezosos. Es más fácil dedicarse a resaltar todas las imperfecciones que manifiestan los humanos a una distancia infinita de Dios, que empezar a realizar el verdadero trabajo.

Todo está en Dios, y Dios está en todo, pero es con el hombre que comienza esta conciencia. Preguntaréis: «Pero entonces, ¿por qué precisamente esta conciencia no se ha despertado tampoco en nosotros?» Esto sólo puede explicarse mediante imágenes. Deseando introducirse en el ser humano para manifestarse, es como si Dios se divirtiera haciendo pasar su conciencia a través de cristales opacos. Pero la opacidad de esta materia es tal, que tampoco Él puede llegar a verse siquiera. Es como si se hubiera borrado, perdido en nosotros. Para que la conciencia divina se despierte en nuestra alma, es necesario que nuestra materia se vuelva transparente. Entonces, Dios podrá decir: «Por fin, Yo me reconozco, soy Yo, estoy ahí», y en este instante nosotros también Le sentiremos.

Dios no se reconoce porque nuestra conciencia está oscurecida. Pero, como no cesa de trabajar sobre nosotros y en nosotros, si nos asociamos igualmente a este trabajo, Dios se reconocerá en nosotros. Puesto que Él nos creó, de Él proceden todas nuestras facultades de reflexión, de comprensión. Con estas facultades exploramos el mundo exterior y nuestro mundo interior, y a medida que nosotros vamos puliéndolas, adquirimos una mayor conciencia de nuestra identidad divina.

Evidentemente no negaré que ciertas revelaciones pueden ser peligrosas. No todo el mundo está preparado para comprender las palabras de Jesús: *«Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto»*[*], o bien *«Sois dioses»,*[**] o bien *«Aquél que cree en mi hará también las obras que yo hago e incluso mayores...»*[***] Pero estas revelaciones están ahí, escritas, copiadas, impresas desde hace siglos, y la Iglesia era quién tenía la misión de explicadas a fin de preparar a los humanos para esta toma de conciencia. «¡Ah! pero, dirán algunos religiosos, ¿y si se hubieran vuelto orgullosos?» Es muy caritativo por su parte querer proteger a los humanos contra el orgullo... ¡Como si no tuvieran otras formas de volverse orgullosos! Cuando no saben en qué principios deben basar su fe, terminan diciendo que no tienen ninguna necesidad de Dios, y se declaran incrédulos, ateos. ¿Y esto como se llama entonces? ¿Humildad u orgullo?

---

[*] Mat. 5: 48

[**] Salmo 82: 6; Juan 10: 34

[***] Juan 14: 12

La humanidad está ahora suficientemente evolucionada en el aspecto psíquico e intelectual para tener acceso a las verdades espirituales. Ciertamente, hay que ser prudentes; pero ¡en todos los ámbitos de la vida es necesaria la prudencia! Y la prudencia no justifica que se deba continuar ocultando al hombre lo que debe conocer sobre sus orígenes. Los humanos, al no saber lo que deben hacer en esta tierra, ignoran lo que son...[37] Excepto de disfrutar al máximo de todas las comodidades materiales aportadas por el progreso de las ciencias y las técnicas. ¡Y les da igual si para ello hay que pelearse a muerte, arruinar al prójimo, o incluso destruido!

La salvación del hombre reside en su capacidad de reconocer su origen divino. Pero para que la Divinidad se manifieste a través vuestro, debéis esforzaros cada vez más en identificaros con la Divinidad, adoptando, desde luego, ciertas precauciones. Primero, es preciso que la conciencia que tenéis de ser habitados por la Divinidad, se acompañe de la misma conciencia de que la Divinidad habita igualmente en todos los seres humanos. Así, seréis humildes, sencillos, amables, comprensivos y abiertos a los demás. No son necesarias esas presuntas divinidades que sólo saben mandar e imponerse y son incapaces de respetar al prójimo: ¡son peligros públicos! Sin hablar del riesgo que esta gente corre de desequilibrarse, de enloquecer...

A continuación, realizando este ejercicio de identificación, no os pongáis a pensar que sois Dios mismo. Ya que esto es realmente orgullo, y el orgullo nos vuelve opacos, nos separa de Dios. Esforzaos solamente en sentir que no sois vosotros quienes existís, sino que sólo Dios existe, y que Él sólo existe en vosotros en la medida que, por un trabajo incesante, Le dais la posibilidad de manifestarse.

Pero no os hagáis ilusiones: aunque hayáis logrado crear en vosotros este estado de conciencia superior en el que os sentís fusionados con la Divinidad, sabed que no podéis manteneros en él sin interrupción, esto no es posible. Ello quizás ocurra más tarde, dentro de miles de años: y esperando, vuestra conciencia pasará necesariamente por altibajos, pero esto no es un motivo para desanimaros. Incluso breve, semejante experiencia repercutirá después sobre vuestro comportamiento en la vida cotidiana. Y cuando emprendáis posteriormente actividades más prosaicas -lo que es inevitable- el estado de conciencia con el que llevaréis a cabo vuestras tareas, será totalmente diferente.

Este tema debe quedar muy claro para vosotros. Cualquier esfuerzo, cualquier ejercicio en el terreno espiritual da resultados; pero por el hecho que hayáis podido fundiros durante algunos segundos con la conciencia cósmica, no vayáis a imaginar que vuestros pensamientos, vuestros sentimientos y vuestros actos estarán siempre inspirados por vuestra naturaleza divina. No, desgraciadamente no, vuestra naturaleza inferior continuará tomando la palabra, y aquí tratad de estar aún más atentos y lúcidos. Ya que no hay nada más nocivo para la vida espiritual que no ver claro dentro sí mismo. Cometer errores no es tan grave, pero a condición de que uno se dé cuenta de los mismos. Lo que es verdaderamente grave es creerse inspirado por el Espíritu, cuando se está obedeciendo a sus instintos más bajos.[38]

Identificarse con el Señor no consiste en estar convencido de que se ha conseguido alzarse hasta Él, y que desde allí uno puede proclamarse omnisciente y todopoderoso. Por lo tanto, cuando realicéis este ejercicio de identificación, pensad que os dejáis invadir por la inmensidad de Dios, que desaparecéis ante esta inmensidad. Es desapareciendo que uno se fortalece, crece. En este terreno también actúa la ley de la polaridad: lo grande y lo pequeño se atraen. Dios, que es infinitamente grande, ama al infinitamente pequeño. Si os volvéis pequeños, Dios os atraerá hacia Él. Es la humildad que os permitirá la fusión con Él.

---

[37] *«Buscad el Reino de Dios y su Justicia»,* Parte IV: «Buscad el Reino de Dios y su Justicia».
[38] *«Sois dioses»,* Parte II, cap. 1: «Naturaleza inferior y naturaleza superior».

Podemos encontrar una traducción de esta idea en el Árbol Sefirótico.[39] El que es humilde, atrae hacia sí las virtudes de la séfira Hesed, la séfira de la clemencia, de la misericordia, que en el zodiaco está unida con el planeta Júpiter. Mientras que el orgulloso, provoca los poderes de la séfira opuesta, Geburah, la severidad, que aparece para restablecer el orden en cualquier parte donde éste se halle amenazado. Y el orden es amenazado cada vez que un pretencioso se dirige a Dios pretendiendo ser su igual. Identificarse con Dios, no significa que uno deba comportarse hasta el punto de declararse igual a Él. No. ¡A esto se le llama simplemente, perder la cabeza! Los orgullosos tienen en realidad, un caparazón que los separa de Dios; ven que están creciendo, pero no son ellos que crecen, sino un tumor que crece en ellos. Hincharse no es crecer. El verdadero crecimiento de un ser hace que de él emanen rayos de luz, destellos, vibraciones beneficiosas para todos.

El alma humana es una entidad muy antigua que posee grandes conocimientos, sólo que necesita mucho tiempo, y debe hacer grandes esfuerzos para que estos conocimientos emerjan a la superficie. ¡Hay tantas capas opacas que se interponen entre nosotros y nuestra conciencia divina! Por esto, sólo podemos hacer una cosa: aplicar métodos que nos permitan disgregar los depósitos, las escorias que nos impiden que la sabiduría, la fuerza y el amor divino se manifiesten en nosotros.

Los alquimistas del pasado buscaban el disolvente universal. ¿Por qué? Querían disolver esta materia opaca dentro de sí, mala inspiradora y peligrosa conductora que impide la unión con Dios. Pues bien, la humildad es un disolvente. Y este disolvente actúa si uno sabe porqué debe ser humilde. Y aquí también son necesarios algunos conocimientos previos, ya que no se trata de despreciarse, de rebajarse sin discernimiento. Una humildad mal entendida, puede ser tan perjudicial como el orgullo. La verdadera humildad es la que permite disolver nuestra naturaleza inferior para que podamos identificamos con la Divinidad.

[39] *«Sois dioses»,* Parte III, cap. 2: «El Árbol de la Vida».

11.- DIOS, LA VIDA

En todas las religiones, el Dios supremo está considerado como la Fuente única de la vida. Es Él quien da la vida y quien la retira, Él es el Señor, ya que Él es la vida.[40] Sin embargo, ¿qué se sabe de la vida? Únicamente podemos constatar la multiplicidad de sus manifestaciones, y afirmar que en ella están incluidas todas las posibilidades, todos los bienes; pero en realidad, continua siendo un misterio. Lo es tanto la vida como Dios, y cualesquiera que sean los esfuerzos que hagan los humanos para apoderarse de los secretos de la vida, no lo conseguirán. Puesto que los biólogos han realizado algunas chapuzas jugando a aprendiz de brujo, quizás podrán imaginarse, por un instante, que lo han logrado, pero pronto se verán obligados a reconocer su fracaso porque la vida sólo pertenece a Dios. Dios da la vida, pero Él guarda el secreto de su creación, ya que es su secreto: Él es la vida.

Como todas las criaturas en el universo, el ser humano es depositario de la vida, pero únicamente depositario. Su superioridad sobre las otras criaturas terrestres, está en que no recibe únicamente la vida a través de su cuerpo físico, sino también a través de su corazón, su intelecto, su alma y su espíritu. Y para que esta vida pueda manifestarse en plenitud, debe vincularse conscientemente con la Fuente: Dios.

Puesto que su existencia es una sucesión de esfuerzos, de sufrimientos, de obstáculos a superar, el ser humano está obligado a luchar, y en su lucha se debilita, se agota, y esto se aprecia: día tras día, algo en él se desmorona, se marchita. ¿Por qué? Porque no ha sabido vincularse con la Fuente que mana, la Fuente inagotable, la única que puede aportarle un agua cada vez más nueva, una vida siempre nueva. Estar vivo, es ser capaz de renovarse, de regenerarse. Solo que, son raros los que saben lo que significa verdaderamente renovarse, la mayoría confunde lo que es nuevo con lo que es diferente. Pero el cambio no es necesariamente una novedad. Sólo es nuevo, verdaderamente nuevo, lo que procede de la Fuente divina, y es con esta Fuente con la que debemos conectamos para regeneramos.[41]

¡Es tan difícil hacer comprender a los humanos, que no están preparados, la realidad del mundo sutil! y por esto utilizaré otro ejemplo de la vida cotidiana. Poseéis en vuestra casa una instalación eléctrica que os permite tener luz y calefacción. ¿Cómo? Enchufando. Enchufáis vuestra lámpara a la corriente y tenéis luz; enchufáis vuestro radiador y tenéis calor; enchufáis vuestro aparato de radio o de televisión, y oís los programas. La electricidad que llega a vuestras casas y que os permite poner en marcha estos aparatos, depende de una central eléctrica. Por lo tanto, si no conectáis vuestra lámpara, vuestro radiador o vuestra radio a esta central, permaneceréis en la oscuridad, temblaréis de frío y no oiréis los mensajes que circulan por el mundo. Pues bien, simbólicamente, la central es el Señor, y todo lo que hace posible vivir, procede de esta central. Entonces, querer suprimir al Señor, es meterse en las peores condiciones de oscuridad y de frío espiritual, y yo no tengo palabras para expresar la inmensidad de esta ceguera... aquí, verdaderamente no puedo, me confieso vencido.

Física y espiritualmente, para estar vivo, es necesario conectarse a la central de la vida. Algunos dirán: «Ahora ya lo entendemos, pero ¿cómo conectarnos? No tenemos ni cables ni enchufes.» Pues bien, os equivocáis. Ya os he explicado que la Inteligencia cósmica ha dotado al ser humano de centros sutiles que le permiten comunicarse con las regiones espirituales. Debemos, en primer lugar, tomar conciencia de estos centros que se pueden considerar, en el mundo del alma y del espíritu, como el equivalente de los órganos en el plano físico, y al mismo tiempo, adoptar normas de conducta que nos permitan desarrollarlos. Todas estas prácticas, todos

---

[40] .*«Sois dioses»,* Parte III, cap. 2: «El Árbol de la vida».

[41] *«Sois dioses»,* Parte VIII, cap. 1: «La vida eterna, es que Te conozcan a Ti, único Dios verdadero».

estos consejos que nos han transmitido los Iniciados, y que llamamos moral, debemos respetadas, y debemos respetarlas, no porque se trate de sometemos a convenciones humanas pasajeras, ni tampoco para complacer a un Dios que vive no se sabe dónde, más allá de las nubes... La verdadera razón, es que cada pensamiento, cada sentimiento, cada acto tiene repercusiones en lo más profundo de nuestro ser y contribuye, bien a enriquecer, bien a empobrecer nuestra vida.

Dios nos ha dado la vida, pero para estar realmente vivos, debemos realizar todo un trabajo. Esta vida que hemos recibido, a nosotros nos corresponde reforzarla, volverla más hermosa, más sutil, más espiritual. La vida tiene grados y grados. El que permanece en los grados inferiores, solamente podrá entrar en comunicación con las realidades que están a su nivel. Corta el vínculo con la Fuente, y luego se dice a sí mismo: «Nada tiene sentido, Dios no existe.» Es normal, ¿cómo podría comprender algo de las realidades superiores? Cuándo se permanece tan bajo en la conciencia, ¿cómo puede alguien alegrarse de la existencia de Dios? Así no puede sentirse a Dios, ni dentro ni fuera de uno mismo. Para sentir la vida divina, primero hay que divinizar nuestra propia vida. Es la vida divina que hay en nosotros la que despierta los centros espirituales que nos permitirán percibir la existencia de Dios.

No debemos pues preguntamos si Dios existe o no para decidir el sentido que queramos dar a nuestra vida. Hay que hacer precisamente todo lo contrario: dar un sentido cada vez más rico a todos los instantes de la vida, y después no será necesario preguntarse sobre la existencia de Dios porque será una evidencia. Dios es la vida, la plenitud de la vida, y para sentir su presencia, hay que estar vivo y descubrir que a su alrededor todo está también vivo: ¡la tierra está viva, el agua está viva, el aire está vivo, el fuego y la luz están vivos! ¿Qué puede sentir un muerto? Aunque le deis muchas cosas, no reaccionará, ya que su vida se ha ido y no puede experimentar ninguna sensación. Para tener sensaciones, es preciso estar vivo. Diréis que esto ya lo sabéis... Sí, teóricamente todo el mundo lo sabe. Pero esto no basta, y por esto vemos por doquier tantos cadáveres andantes.

Existe un Ser del que dependemos por completo, y es por ello que debemos conservar sin cesar el vínculo con Él y osar dirigirnos contra todas las voluntades interiores y exteriores que intentan obstaculizarnos. El que suprime la fe en la Causa primera, no hace más que profanar y envilecerlo todo, primero dentro de sí mismo, y luego a su alrededor, ya que se desvincula de la Fuente de la vida. La vida procede de lo alto, es la quintaesencia de Dios mismo, por lo tanto, tenemos la misión de recibirla en cada una de nuestras obligaciones, de abrirle un camino en nosotros y aprender a conservarla con toda su luz, su riqueza y su poder, a fin de poder propagarla también a nuestro alrededor. A veces nos encontramos con personas que tienen este don de recibir y de propagar, de irradiar vida por donde pasan. Se encuentran, frecuentemente, entre los seres de una elevada espiritualidad, entre artistas, pero también entre gente muy sencilla, poco instruida. Los intelectuales y las personas muy instruidas, con su costumbre de analizar y escudriñarlo todo, se desvinculan de la vida, y por eso, a pesar de sus conocimientos, son desgraciados, adustos y cometen muchos errores: no poseen la verdadera inteligencia de la vida.

Esforzaros en cultivar esta conciencia de vida divina que penetra en cada cosa, y sentiréis manifestarse a vuestro alrededor presencias sutiles, luminosas. Algunas religiones las denominan ángeles. Los ángeles son emanaciones de la vida divina -la tradición cabalística enseña que son los portadores de la vida pura- y se manifiestan cada vez que lográis vivir momentos de una gran intensidad espiritual: ciertas emociones místicas, cierta calidad del silencio, ciertas vibraciones en la atmósfera de una sala donde acabáis de rezar, de meditar, son la manifestación de presencias angélicas. Diréis que no las veis... Pero vosotros no veis tampoco vuestros pensamientos, vuestros sentimientos o vuestra vida, y sin embargo no las ponéis en duda, os bastan sus

manifestaciones. Lo que se ve, no es más que la corteza de las cosas, su apariencia. La esencia siempre permanece invisible. Así pues, quizás no veáis a los ángeles, pero sentiréis su presencia, y esta presencia es una sensación que no puede ser puesta en duda. Esto es la vida: vibraciones, corrientes que circulan a través del espacio.

Toda vida depende de Dios, de la Fuente cósmica, y gracias a ella los pájaros cantan, las flores se abren, el sol y las estrellas brillan; la Fuente sostiene y nutre todas las existencias. Debéis escribir este pensamiento, no sólo en vuestros cuadernos, sino también en las páginas de vuestro libro interior. Los cabalistas decían: «Grabad el nombre de Dios en vuestra puerta, en vuestro tejado, en vuestro cuerpo, en vuestra cara, en vuestras manos y en vuestra alma, en todas partes.»[42] Porque sólo estaremos vivos si sabemos mantener nuestra unión con Dios.

Cuando yo era un joven discípulo del Maestro Peter Deunov, en Bulgaria, noté en él cierta actitud que me tenia intrigado. Daba la impresión de que, de repente, olvidaba todo lo que le rodeaba para entrar profundamente en sí mismo, y se podía observar cómo sus labios se movían imperceptiblemente pronunciando algunas palabras imposibles de descifrar. Esto podía suceder en cualquier momento: cualquier cosa que hiciese, siempre sucedía que, por un instante se detenía, cerraba los ojos y pronunciaba así algunas palabras; y como si se hubiera retirado en otro mundo, su rostro expresaba algo extraordinariamente pacífico y profundo.

Ciertamente no me atrevía a preguntarle. Pero un día, logré distinguir esas palabras; y eran «Slava na Tebe, Gospodi», es decir, «Gloria a Ti, Señor». Y yo pensaba: «Si un gran Maestro que está siempre tan estrechamente vinculado al Señor, necesita varias veces al día pronunciar su nombre, con mayor razón debemos hacerlo nosotros también.» Y quise imitarlo. En el transcurso del día, en cualquier lugar donde me encontrara, me acostumbré a repetir: «Slava na Tebe, Gospodi.» Y vosotros también debéis hacerlo, ya sea en búlgaro o en español, como queráis; no os ocupará más que algunos segundos. Cuando estéis en vuestra casa, en la calle, en el trabajo, deteneos por un instante para uniros con el Señor pronunciando esas pocas palabras que nadie comprenderá, y enseguida os sentiréis enlazados de nuevo con la Fuente divina de la vida.

Pero insisto una vez más. Lo esencial, es la conciencia con la que realizáis estos ejercicios tan sencillos. Aunque no sea más que por unos segundos, hacedlo con el sentimiento de estar realizando un acto sagrado. Es la intensidad la que cuenta, no su duración. ¿Nunca os ha sucedido que os habéis sentido inexplicablemente felices porque, de repente, un pensamiento, un sentimiento os atraviesa y todo cambia en vosotros? Es como si se hubiera iluminado el resto de la jornada. Entonces, ¡cuanto más poderoso puede ser el pensamiento del Señor, de la Fuente que distribuye la vida en abundancia! Pero todo depende de la importancia que deis a este pensamiento. Al principio, intentad pronunciar esta frase al menos una vez cada hora: «¡Gloria a Ti, Señor!» Pasado cierto tiempo, os surgirá espontáneamente, como la necesidad de respirar.

Nos incumbe a nosotros glorificar a Dios en la tierra como los ángeles Le glorifican en el Cielo. Entre las miles de conferencias que he oído del Maestro, una de ellas en especial, me conmovió y marcó tan profundamente, que es la primera que siempre me viene a la memoria. Estábamos en una de las cumbres de los Montes Rila, y el Maestro hablaba del trabajo que debemos hacer para la gloria de Dios. Hace ya algunas decenas de años que esto ocurrió, y no sabría ahora repetir exactamente sus palabras, pero eran tan luminosas, que para mí fueron una revelación, y me imprimieron un sello para el resto de mi existencia. Lo que más recuerdo, es lo que sentí al oír al Maestro decir que nada es más importante que consagrarse a glorificar a Dios por la palabra, la mirada, los gestos, todos nuestros actos, porque así es como entramos en

[42] *«Buscad al Reino de Dios y su Justicia»,* Parte 1: «La oración dominical», p. 13-21

contacto con la Fuente de la vida.

«Glorificar»... Pero ¿qué significa la palabra «gloria» para la mayoría de las personas? Están demasiado obnubilados por las glorias humanas para comprender lo que representa la gloria de Dios. En el arte sagrado, la pintura, la escultura, siempre se representa a Cristo o al triángulo de la Santísima Trinidad, rodeados de rayos de luz, y son estos rayos de luz a lo que se denomina «gloria». La gloria es pues la manifestación luminosa, resplandeciente de la vida divina.

Dios no es uno de esos monarcas tiránicos y vanidosos que reclaman que se exalten sus riquezas, sus méritos, sus hazañas, y que necesitan hacer sombra a todo lo que les rodea. Dios no tiene necesidad de nosotros para alabar sus méritos: todo lo que podamos decir con respecto a Él, no le afecta en nada, ¡nuestras palabras, son ¡tan pobres! Pero somos nosotros quienes tenemos la necesidad de glorificar al Señor, a fin de entrar nosotros mismos en su luz. Glorificar al Señor, no es únicamente repetir que Él es grande, poderoso y sabio, esto no basta; glorificamos al Señor vinculándonos a Él, trabajando para purificar nuestros pensamientos, nuestros sentimientos, nuestros deseos, nuestros actos. Es así como entraremos en la luz de la gloria divida, y allí donde caiga esta luz, estaremos nosotros también presentes.

12.- DIOS EN LA CREACIÓN

La mayoría de los creyentes consideran como primer artículo de fe, que Dios es el creador del cielo y de la tierra. Lo recitan en sus oraciones, e incluso lo cantan... Entonces, puesto que Dios es el creador del cielo y de la tierra, es Él quien está presente en toda la creación, en los más pequeños átomos de la creación, hasta en una piedra. Sí, incluso la piedra es un aspecto de Dios, una manifestación de Dios. Dios está en la luz y está en una roca. ¡Qué gran distancia entre la roca y la luz! Pero tanto en una como en la otra, actúa la presencia divina. Estas pocas palabras resumen toda la sabiduría de los Iniciados. Es una verdad muy simple, y sin embargo ¡tan lejana de la comprensión de los humanos! Bastan algunos segundos para pronunciarlas, pero harían falta años para explicarlas, y harán falta siglos, milenios, para que todos las podamos realizar.

Todo lo que existe en el universo participa de la misma quintaesencia divina. ¿Cómo Dios, el Creador, podía dejar de poner algo de su vida en cada parcela del universo que ha creado? Y el politeísmo que tanto han combatido los cristianos, no es más que un modo de expresar que toda la naturaleza está habitada por Dios. No hay que creer que los panteones hinduistas, egipcios o griegos, surgieron de los cerebros de hombres ingenuos y supersticiosos. Incluso la religión judía, que es la primera en la historia que insistió en la realidad de un Dios único, sí, incluso la religión judía, en la Cábala, ha presentado a Dios bajo diversos nombres que expresan sus diferentes atributos y sus diversas manifestaciones en el universo.[43]

Imaginaos ahora que alguien que no sabe nada acerca de la religión cristiana, entrara en una iglesia... ¿Qué vería? Personas que se arrodillan ante la imagen de un hombre clavado sobre una cruz, diciendo que es el hijo único de Dios, o bien que se detienen delante un pájaro, una paloma, que ellos llaman el Espíritu Santo, y que es la tercera persona de una familia que denominan la Santísima Trinidad. A continuación, vería un gran número de cuadros o de estatuas representando a los ángeles, a los arcángeles, a la Virgen María, a todos los santos, frente a los cuales los fieles encienden velas y les dirigen oraciones para que les aporten salud, éxito, o para que logren encontrar el gran amor, o les libren de sus enemigos, etc. Según vuestra opinión ¿qué pensaría esta persona? Que los cristianos, aunque predican la realidad de un Dios único, también recurren a todo tipo de divinidades.

Diréis. «Sí, pero la diferencia entre las religiones monoteístas y las religiones politeístas está que no se adora a las fuerzas de la naturaleza, ni a los astros, ni a los cuatro elementos, y que los animales y las plantas no son considerados como sagrados.» Ciertamente, pero ¿creéis que los objetos (estatuas, cuadros, vidrieras) fabricados por los humanos, son mejores intermediarios entre la Divinidad y vosotros que todo lo que en la naturaleza el Creador mismo ha llenado con su propia vida?.. Entonces, que los cristianos ensanchen un poco su conciencia, y que comprendan que todas las religiones, bajo formas más o menos elaboradas, expresan siempre las mismas ideas: Dios, que creó el universo, puede revelarse a través de todas las manifestaciones vivas de este universo, de las cuales nosotros conocemos sólo una ínfima parte.

Para conocer el universo, no basta estudiar con la ayuda de aparatos que están a nuestra disposición; debemos también efectuar intercambios con ellos. Estos intercambios ya se efectúan de forma natural, porque no podemos vivir sin hacer intercambios con el mundo que nos rodea. Empezando por la respiración y la nutrición, nuestra vida sólo está hecha de intercambios; los órganos de los sentidos, el tacto, el gusto, el olfato, el oído, la vista nos fueron también dados para realizar intercambios. Y en nuestra vida afectiva, intelectual, igualmente se hacen intercambios, encuentros: mediante la palabra, los sentimientos y los pensamientos, no cesamos

[43] *«Sois dioses»,* Parte III, cap. 2: «El Árbol de la vida» p. 169.

de tejer una red de comunicaciones que es la base de la vida familiar y social. Pero para la mayoría de los humanos, estos intercambios todavía se realizan a un nivel inconsciente, instintivo, lo que no les diferencia mucho de las plantas y de los animales. Las plantas y los animales también respiran y se nutren; los animales también están dotados de órganos de los sentidos, e incluso en algunos, el olfato, el oído y la vista están mejor desarrollados que en los humanos. y además, los animales tienen una vida familiar y social cuya organización maravilla a menudo a aquellos que les observan.

Entonces, ¿qué debemos hacer nosotros, los humanos? Tomar conciencia de que estos intercambios que necesitamos para vivir, son posibles gracias a poderes y entidades con los cuales el Creador ha poblado el universo, y que son otras tantas manifestaciones de su presencia.[44] Aunque no las veamos, estas entidades están ahí para ayudarnos a través de la alimentación, del aire, a través de la luz del sol y a través de todos los seres vivos. Es gracias al sacrificio de estas entidades, gracias a su amor, a su deseo de efectuar intercambios con nosotros, que estamos aún vivos, vivos físicamente, vivos psíquicamente y vivos espiritualmente. Debemos pues aprender a entrar en relación con ellas, y a considerarlas con respeto, como criaturas preciosas que hay que abordar con precaución, con delicadeza, con musicalidad... sí, con musicalidad.

Solamente depende de nosotros el poder sentir la presencia divina en todos los instantes de nuestra vida cotidiana. Incluso cuando comemos, Dios está ahí; puesto que es el alimento el que nos aporta la vida, Dios está presente en la alimentación, y debemos considerar la nutrición como un acto sagrado.[45] Ciertamente, algunos teólogos dirán que sólo se puede ver realmente a Dios, en el pan y en el vino de la comunión. Pero si Dios tampoco estuviera realmente en los alimentos que son nuestro sustento diario, significaría que él no estaría en algunos lugares. En realidad, Dios es omnipresente, y bajo forma de vida, Él se encuentra en todas partes. Si existiera una vida fuera de Él, es que otro la hubiera hecho. Y ¿quién seria este otro?

Para sentir la vida en toda su riqueza y belleza, debéis buscar en todas partes la presencia divina. Entonces, cada día os traerá nuevos descubrimientos; y sobre todo, os fortaleceréis. No hay medios más eficaces para afrontar las dificultades que los de profundizar e intensificar la vida en uno mismo. Pero ¿qué hacen los humanos? Pasan el tiempo corriendo por la periferia de la existencia buscando lo que ellos llaman el éxito, el triunfo, la felicidad, y esta felicidad es a menudo para ellos sinónimo de facilidades; pero estas facilidades pueden, en cualquier momento, ser puestas en tela de juicio por los acontecimientos, y entonces se hunden. Es preciso encontrar dentro de uno mismo este punto sólido que nada puede destruir; aunque se sufra, aunque se pierda todo, uno siente dentro de sí la presencia de algo inquebrantable, algo que resiste a todas las tribulaciones, y esto es tener fe.

Tener fe, es realizar cada día experiencias que nos permitan sentir la realidad del mundo divino. Pues la fe también se nutre; se nutre de la conciencia que nosotros tenemos de las riquezas depositadas por Dios en todo lo que nos rodea: la tierra, el agua, el aire, la luz, y se nutre de los esfuerzos que realizamos para trabajar con ellas. ¿De qué sirve recitar que «creemos en Dios, creador del cielo y de la tierra», si no se hace nada para que este cielo y esta tierra nos ayuden a reforzar nuestra fe en Él? Se es inconsciente, negligente, superficial, se corta

---

[44] .*«Buscad el Reino de Dios y su Justicia»,* Parte VII, cap. 4, I: «La cadena viva de las criaturas» y cap. 4 II: «En el Reino de la Naturaleza viva».

[45] *«Buscad el Reino de Dios y su Justicia»,* Parte VI, cap. 2 III: «El que come mi carne y bebe mi sangre tiene la vida eterna».

el vínculo con la Fuente de la vida, y luego se dice: «Nada tiene sentido, Dios no existe.» En realidad, si aprendierais ya a alimentaros conscientemente, a respirar conscientemente, os aparecería este sentido y sentiríais la presencia de Dios. Cuando hayáis realizado ciertas experiencias, os veréis obligados a sentir la presencia en vosotros, y alrededor vuestro, de este Ser sublime que lo ha creado todo.

La vida es vasta, llena de sentido y de riquezas que aún están escondidas para los humanos, y por esto incluso los creyentes difícilmente consiguen fundar su fe en bases sólidas. Sí, incluso ellos no saben hacer intercambios, están cerrados. Pues bien, aunque estén obligados a relacionarse entre sí y con la naturaleza, estas relaciones son superficiales porque no han aprendido que, a través de estos encuentros, pueden entrar en contacto con la vida divina. En el fondo de ellos mismos, son como un preso solitario en una celda privada de luz, que recibe el alimento suficiente para no morir completamente. Se sienten solos, desconectados de todo. Pero este sentimiento de soledad es una ilusión. Si estuvieran menos parapetados, menos cerrados en sí mismos, los humanos tomarían conciencia de la realidad de un mundo invisible poblado de criaturas que habitan en él, cerca de ellos, mezcladas con ellos, ya que mediante sus pensamientos, sus sentimientos, atraen a esas criaturas.

Aunque pensemos que estamos solos en la naturaleza o en nuestra habitación, en realidad nunca estamos solos: muchas entidades participan en nuestra vida. Y el que trabaja para el bien, es acompañado por entidades luminosas que se regocijan con él y le ayudan en sus dificultades haciéndole entrever puertas de salida, o aportando soluciones a sus problemas. La mayor parte del tiempo, esto sucede sin saberlo. Pero si se esfuerza en tomar conciencia de estas presencias, evidentemente, obtendrá muchos más beneficios.

El Creador ha dado todo a los humanos. Ha puesto todo a su disposición, pero se empeñan en vivir de un modo tan superficial que esto no les aporta casi nada. Observad, por ejemplo, las relaciones que tienen la mayor parte de la gente con la naturaleza, los animales, los árboles, las flores...

Tomemos solamente las flores. ¿A quien no le gustan las flores? Nos gusta recibir y regalar flores, colocarlas en casa, plantarlas en el jardín, las admiramos en los parques o en el campo, nos maravillamos de sus formas, de sus colores, de su perfume, pero ante todo se las considera como elementos de decoración que contribuyen a hacer más agradable la existencia. Y bien, también esto permanece en la superficie y no se obtiene gran cosa de la presencia de todas estas flores. Pero, en realidad, las flores son seres vivos con los cuales se puede entrar en contacto. Pues sí; una flor no es sólo un pedazo de materia coloreada y perfumada, es además el receptáculo de una entidad espiritual que viene para hablamos de la tierra y del cielo. Y si se sabe cómo mirarla, cómo vincularse con ella, se entra de este modo en relación con las fuerzas de la naturaleza, con estas criaturas sutiles que trabajan para hacer de ella una presencia tan vivificante y poética.

Tomemos solamente el ejemplo de la rosa que ocupa un lugar tan destacado en la historia de las religiones, del arte, de la literatura, e incluso en la vida de nuestras sociedades. Por todas partes se ven rosas, se regalan rosas, pero ¿qué es lo que esto nos aporta en realidad? Una vez han sido colocadas en un jarrón, ya ni siquiera se les presta atención. Sin embargo, una rosa se vuelve más viva si la observáis con una conciencia iluminada, y entonces se establece un contacto entre ella y vosotros. Sentís que un ser espléndido habita esta flor y que se dirige a vosotros. Algunos dirán: «Pero esto no es posible, esto sólo es un relato de los cuentos, es todo. Nunca podremos oír la voz de las flores.» ¡Hay diferentes maneras de oír la voz de las flores! Y si os parece que mis palabras han sido extraídas de un cuento, recordad que los cuentos no sólo son hermosas historias

inventadas para los niños por personas que tenían mucha imaginación: corresponden a una realidad muy profunda que únicamente podréis percibir el día en que logréis abriros para efectuar intercambios con toda la naturaleza.

Tenéis un árbol en vuestro jardín: podéis pasar años y años por delante de él sin prestarle atención, como si formara parte del decorado de cartón o de yeso de un teatro. Pero también podéis tomar conciencia de que es un ser viviente, e incluso acercaros a él para saludarle, hablarle y penetrar en lo que él representa. Porque un árbol es un símbolo magnífico de una extraordinaria profundidad. Diréis: «¿Pero qué es lo que esto puede cambiar?» Oh, evidentemente, físicamente, materialmente, esto no cambia nada. Pero en el plano etérico, el árbol se enriquece con vuestra vida, y al mismo tiempo os enriquecéis con la suya... e incluso sois vosotros quienes salís ganando más. El día en que los humanos, en vez de recargarse de todo tipo de cosas inútiles, se convenzan de los misterios de la vida, harán descubrimientos fantásticos.

Aún muy joven, empecé a realizar estas experiencias, y continuo haciéndolas: hablo a los árboles de mi jardín, y cuando me paseo por el bosque, también hablo a los árboles, los acaricio, e incluso los abrazo. ¿Por qué? Porque siento que están vivos y quiero entrar en comunicación con esta vida que circula desde las raíces hasta los extremos de las ramas. Y después, entro en relación con las criaturas invisibles que habitan en estos árboles y que los cuidan. Pues así como hay entidades que se ocupan de los hombres, hay entidades que se ocupan de las piedras, de las plantas y de los animales.

Un paseo por el bosque siempre os hará bien: caminaréis, respiraréis aire puro, os sentiréis tranquilizados. Pero en realidad, podéis hacer mucho más... Diréis: «¡Pero nosotros no podemos creer que los árboles y los hombres puedan comunicarse!» Pues bien, sois libres de no creerlo, pero esto solo prueba que no habéis estudiado bien el tema. Si lo hubierais estudiado bien, sabríais cómo entrar en comunicación con el alma de todos los árboles. Entonces, decir «no creo», significa simplemente «¡aun no he experimentado nada!», «¡soy ignorante!»

Todo está en la manera de considerar a los seres y a las cosas. Con una conciencia iluminada, vuestro pensamiento puede ser el punto de partida de magníficas realizaciones. Pero sin conciencia, se rechazan las riquezas ofrecidas, no se comprende nada, no se gana nada. Solamente observad cómo los humanos viven los unos junto a los otros: van por la calle y se cruzan sin ser conscientes de su presencia mutua, como si fueran troncos de madera. ¡Mirad como se empujan! Así pues, es realmente pedirles demasiado intentar hablarles de sentir la vida de la naturaleza. Es dentro de su conciencia que deben modificar algo. Ellos creen ser y se llaman a sí mismos los únicos seres verdaderamente vivos, inteligentes. Y para dar pruebas de esta vida, de esta inteligencia, se limitan, se ensombrecen, y mortifican todo lo que hay en ellos. ¡He aquí la verdad, la triste verdad!

Estamos en el universo como en un santuario en el cual debemos penetrar con un sentimiento sagrado. Pues no solo la naturaleza está viva, sino que también es inteligente, y si nos abrimos a ella, nos responderá haciéndonos partícipes de su vida. Alguien dirá: «Pero todos los fenómenos de la naturaleza se producen mecánicamente. No hay ninguna inteligencia detrás de ellos.» Es verdad, los humanos observaron que el universo obedece a unas leyes a partir de las cuales se formaron las ciencias llamadas «naturales», pero esto no es motivo para calificar a estos fenómenos de «mecánicos». Pensando de este modo, os mortificáis, impedís que la vida se derrame en vuestro corazón, en vuestra alma, en vuestro intelecto, e incluso en vuestro cuerpo físico. No os volveréis verdaderamente vivos hasta el día en que decidáis entrar en contacto con esta vida que está presente por todas partes en la naturaleza.

Empezando por la tierra que encierra tantos tesoros y maravillas, que hace brotar las semillas y nutre las raíces de todas las plantas... ¿Por qué no podemos considerar que la tierra está viva

también? Viva e inteligente, sí. ¿Habéis reflexionado sobre esta facultad que tiene la tierra de transformar todo lo que recibe en forma de cadáveres, restos del reino humano, animal y vegetal? Inmundicias repulsivas de las cuales apartáis la vista tan pronto las apercibís, pero que la tierra acoge, las transforma, y produce en su lugar magníficos árboles y flores, cereales, legumbres y jugosas frutas. ¡De cuántos formidables laboratorios alquímicos debe estar dotada! Entonces, ¿por qué no os acercáis a la tierra para pedirle que os ayude a hacer este trabajo de transformación también en vosotros? Sentaos en el suelo, haced un pequeño agujero en la tierra, y meted en él un dedo diciendo: «Oh tierra, madre mía, tu que me has dado mi cuerpo y que me alimentas cada día, te doy las gracias... Pero aún debo pedirte una cosa más: puesto que tu tienes el poder de transformar los materiales más viles, acepta recibir todas mis impurezas, todas mis manchas, para trabajar sobre ellas, y devuélvemelas como una materia tan transparente como el cristal.»

Y cuando os laváis las manos... ¿Hay algo más ordinario que lavarse las manos? Pero en realidad, no hay nada ordinario, nada insignificante si uno lo hace con conciencia. Porque el agua que tocáis es la expresión material del agua invisible que circula a través de todo el universo. Podéis por lo tanto entrar en comunicación con esta agua cósmica, pedirle que os purifique, pero también podéis confiarle vuestros pensamientos, vuestros sentimientos, vuestros mejores deseos para vosotros y para el mundo entero.

Algunos protestarán: «¡Pero es horrible: al aconsejar que dirijamos nuestras oraciones a la tierra y al agua, se nos pide que actuemos como los paganos!» Aquí también os diré que no es un acto más pagano que cuando oráis ante una estatua o una imagen santa. Protestando, demostráis que no habéis comprendido nada del sentido de lo que hacéis cuando rezáis. Supongamos que tenéis en vuestra casa una imagen santa, un icono; cada mañana, cada tarde, encendéis una vela ante ella y le pedís que os proteja. Pero ¿qué os pensáis? No será el icono quién os proteja porque el icono es un objeto de madera o de cartón. Lo que os protegerá, es este estado interior en el cual os habréis sumergido mediante vuestra oración y vuestra meditación, y cuyas huellas permanecerán en vosotros y os guiarán en el camino de la luz, del amor y de la paz.[46]

Solamente vosotros podéis verdaderamente hacer algo para vosotros mismos. Todas las imágenes no son más que un punto de partida, un soporte. Evidentemente, es posible que al cabo de muchos años este icono ante el cual habéis rezado todos los días, se convierta realmente en un objeto vivo, poderoso; pero es gracias a vosotros, gracias a la vida que le habéis comunicado, porque de hecho este icono en sí no puede aportaros nada. Y si os dirigís a la tierra o al agua, no debéis hacerlo considerándolas divinidades todopoderosas que irán a ejecutar vuestras oraciones, sino porque son soportes para vuestro trabajo interior, y soportes tanto más útiles cuanto que están vivos, vivos de la vida de Dios mismo. Y lo mismo sucede con el aire y el fuego.

No podéis alimentar vuestra vida interior si no tomáis conciencia de todas las existencias que os rodean. Así pues, cuando vayáis a la naturaleza, acordaros de dirigiros a los espíritus que la habitan, así como a los Ángeles de los cuatro elementos. Decidles: «Os bendigo, Ángeles de la tierra, del agua, del aire y del fuego. Vosotros, que sois fieles servidores de Dios, sed benditos. Y vosotros, hijos de la naturaleza, espíritus que pobláis las grutas, los bosques, las montañas, los mares, los lagos, los ríos, los vientos, las nubes, el sol... también, sed benditos.» Entonces, de todas partes, llegarán multitud de entidades y se presentarán para escucharos, diciéndose que por fin hay alguien que reconoce su existencia y que las bendice. Ellas se alegrarán, bailarán, cantarán, y vosotros recibiréis a cambio algo que os vuelve más vivos y más fuertes.

---

[46] *«Buscad el Reino de Dios y su Justicia»,* Parte VI, cap. 3 III: «Los talismanes».

En su epístola a los Hebreos, san Pablo escribió: *«En El vivimos, nos movemos y tenemos nuestra existencia.»** y si incluso los cristianos no sienten esta realidad, es sencillamente porque no se abren. Sumergidos en el agua, continúan teniendo sed. Sumergidos en Dios, Le olvidan, no ven, no sienten que Él les da la vida, están cerrados. Si en lo más hondo de sí mismos hicieran un pequeño orificio, el océano divino afluiría y los inundaría con sus bendiciones. Pero mientras no se abran, mientras no comprendan la fuerza del intercambio, permanecerán secos, pobres, solos.

Hacer intercambios, es detenerse ante las más pequeñas manifestaciones de las vidas que nos rodean, escuchadas, respetadas, amadas. Porque este mundo que está en nuestro exterior, también está dentro de nosotros. Los ríos, las montañas, el sol, las estrellas... tenemos una conexión con toda la naturaleza, una conexión que debemos profundizar. El objetivo de la vida es vivir, así de simple, y no se puede vivir si no se tejen vínculos con todas las existencias que pueblan el universo: los espíritus de la naturaleza, y también los ángeles, los arcángeles, todas las divinidades hasta el mismo Creador que ha puesto su vida en cada ser y en cada cosa. Y he aquí también como habría que enseñar la fe a los niños.

Todo lo que está dentro de nosotros y a nuestro alrededor, nos habla de la presencia de Dios. Pero para los humanos ¡es extraordinario, esto no basta! Desearían que Dios se apareciera a ellos en persona. En realidad, para muchos, esto no sería suficiente tampoco: se las arreglarían para no ver, no oír, ni sentir nada. Sería necesario que Dios se manifestara ante ellos con truenos y relámpagos, para romper su caparazón, pero he aquí que Él no lo hace así. Deja que los humanos busquen en sí mismos los medios para descubrirle.

Diréis: «Pero sin embargo, si Dios se hiciera más presente, ¡esto nos ayudaría!» ¿Así lo creéis? Pues bien, mirad: ¿Qué cosa hay que sea más presente, más visible, más resplandeciente que el sol? Sólo que, si uno permanece parapetado detrás de las persianas bajadas, no sabrá ni siquiera que existe. Si queréis verle, por lo menos debéis abrir una ventana, porque no será el sol quien se imponga atravesando vuestras paredes y vuestras persianas. Del mismo modo, para descubrir la presencia de Dios, debéis abrir en vosotros por lo menos un pequeño tragaluz. Sí, sois vosotros, somos nosotros quienes debemos hacer algo, no es Dios. Dios hace lo que debe hacer: está ahí, y esto debería bastarnos. A nosotros nos corresponde hacer lo que es necesario para sentir su presencia. Existe un grado de conciencia superior que no cesa de revelarnos el sentido y la belleza del mundo: ¿cómo no sentir esta presencia? Porque es esto, Dios y nosotros Lo descubrimos a medida que sentimos hasta qué punto la vida es rica y llena de significado.

Ciertamente, no negaré que, para las criaturas humanas, Dios es inconcebible, pero como en su bondad, en su generosidad, quiere manifestarse en ella, ha colocado, por todas partes de la creación unos signos que permitirán encontrarle. Solamente que, los humanos no los buscan, e incluso cuando están delante de sus ojos, no los descifran.

El resultado es que, la Divinidad en la que creen, permanece para ellos como algo abstracto. y como no pueden vivir de abstracciones, han multiplicado el número de estatuas, medallas, cruces, imágenes santas... todo tipo de representaciones concretas, materiales de la Divinidad, hasta el punto de que esto se convierte a menudo en algo pueril y ridículo.

A pesar de que el cristianismo debía representar un progreso en la historia espiritual de la humanidad, de momento, a causa de los mismos cristianos, esto no se ha producido todavía. Decid a los cristianos que asistan por la mañana a la salida del sol: Se ofuscarán, tendrán la impresión de que les obligáis a volver al paganismo. Cuándo se es cristiano, no sólo no se encuentra a Dios en el universo que Él ha creado, sino que, sobre todo, no se Le busca en el sol,

* Actos de los apóstoles 17:28

fuente de la vida,[47] se Le busca en las iglesias construidas por los humanos, en medio de estatuas e imágenes fabricadas por los humanos, así es mucho mejor ¿no es verdad?

La vida es la fuerza de las fuerzas. Para nosotros los humanos, solamente el sol puede damos una idea de ello. De esta vida vemos dos manifestaciones: la luz y el calor. Y cuántas veces ya os he explicado que si quisieran abrirse al sol, los cristianos comprenderían mejor lo que ellos llaman el misterio de la Santísima Trinidad, el misterio de un sólo Dios en tres personas: el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. El padre representa la vida de la cual proceden el Hijo y el Espíritu Santo, la luz y el calor, es decir la sabiduría y el amor.

Pero ¿qué puedo hacer si los cristianos no quieren comprender que sólo el sol puede justificar y hacer comprensible lo que constituye el fundamento de su religión?[48] ¿Qué puedo hacer yo, si cuando se les habla de meditación a la salida del sol, se imaginan que se les quiere arrastrar hacia antiguos cultos en donde se adoraba al sol como una divinidad?

Fue el Maestro Peter Deunov, en Bulgaria, quien instauró esta práctica de asistir a la salida del sol durante la primavera y el verano. ¡Hay tantas cosas a comprender observando al sol cuando sale, tantos ejercicios a realizar para impregnarse de esta vida, de esta luz, de este calor! Ya desde el alba se prepara un verdadero acontecimiento en el cielo... Todas estas nubes oscuras o claras que aparecen y desaparecen... Luego todos esos colores de la aurora, que son como otras tantas presencias anunciadoras de esta presencia resplandeciente: ¡el sol!... pero ¿cuántos se dan cuenta de lo que representa el nacimiento de cada nuevo día que, desde millones de años, repite incansablemente el nacimiento de la primera mañana del mundo?.. Y todas estas criaturas visibles e invisibles que asisten a esta prodigiosa aparición de la luz...

Pero los humanos están tan poco acostumbrados a utilizar las facultades psíquicas, espirituales que el Creador les dio, que ante una salida de sol, no saben que hacer. Al cabo de un rato empiezan a estar aburridos, bostezan. Están hartos de contemplar esta bola brillante en el cielo. ¡Y se alejan del sol para ir a ocuparse de cosas más tangibles... más importantes! Lo más extraordinario, es que hay innumerables personas que cuando por azar tienen la ocasión de ver la salida del sol, reconocen que es uno de los espectáculos más hermosos que existen. Pero a pesar de ello, no se esforzarán en repetir la experiencia. Sí, ¿cuántos se sentirán impulsados de levantarse para saludar a la aurora, acoger esta luz en su corazón, en su alma, para que todo el día sea también luminoso y puro?

El sol es la imagen más perfecta de Dios. Pero a pesar de esta perfección, no es más que una forma, y hay que ir más lejos para buscar a Dios más allá de esta forma. Dios debe siempre ser buscado más allá de las formas. Así pues, contemplando el sol, esforzaos en sentir que estáis ante el mejor representante de Dios en la tierra. Esta sensación contribuirá a elevar todas las vibraciones de vuestro ser. Todos los elementos se exaltarán dentro de vosotros, y seréis proyectados a las regiones superiores del espacio, e incluso se perderá la noción del tiempo. Como Dios, viviréis en la eternidad. Sabed pues que esto que os digo es la verdad: las entidades aquí presentes lo están escuchando y lo propagarán por todo el mundo.

---

[47] *«Buscad el Reino de Dios y su Justicia»,* Parte III, cap. 2 II: «Meditar sobre la luz» y Parte VI, cap. 4: «El sol, símbolo de la religión universal»,

[48] *Sois dioses»,* Parte III, cap. 4: «El sol, imagen de Dios e imagen del hombre».

13.- RABOTA, VREME, VERA. EL TRABAJO, EL TIEMPO, LA FE

En todos los ámbitos de actividad, se pueden encontrar a hombres y mujeres que crean obras de arte, o que realizan proezas. Diréis: «Es normal, tienen talento.» De acuerdo, tienen talento, pero el ser con más talento del mundo no consigue hacer nada si no se ejercita, a menudo desde la infancia, cada día, varias horas por día... Para lograr hacer brotar de él tal riqueza, dando al mismo tiempo la sensación de facilidad, de soltura, ¡cuantos esfuerzos ha debido de realizar, cuantas dificultades ha debido superar!

El trabajo, sólo el trabajo produce resultados, y esto es todavía más cierto para la vida espiritual que para todos los demás ámbitos. ¿Por qué?.. Porque la vida espiritual no puede ser considerada separadamente de la totalidad de la existencia. Tomemos por ejemplo un músico: aunque sea un genio y consagre su vida a la música, ésta puede que no ocupe toda su existencia de forma que puede cultivar sus dones, y al mismo tiempo continuar siendo presa de pasiones incontroladas, y llevar una vida caótica y poco razonable. El hecho de sobresalir en una actividad intelectual, artística o física, nunca ha puesto a ningún ser humano al abrigo de las manifestaciones de su naturaleza inferior.

La verdad es que es mucho más fácil cultivar un don, cualquiera que sea, que luchar contra las debilidades y las lagunas psíquicas, lo cual supone un trabajo constante, día y noche; sí, incluso durante la noche es posible realizar este trabajo sobre uno mismo si se sabe utilizar las fuerzas del subconsciente.[49] Pero la mayoría de los humanos menosprecian este campo de estudio y de experiencias. Y os diré incluso que la mayor parte de las veces, se entregan a todas estas actividades artísticas, intelectuales o físicas, para huir, para huir de sí mismos. Inconscientemente, evitan verse para no sentirse obligados a realizar esfuerzos para mejorarse. Pues sí, huyen, y es así como se alejan de Dios. Porqué a Dios solamente se le puede encontrar realizando un trabajo sobre sí mismo. Este alejamiento no se produce porque ellos quieran alejarse voluntariamente del Señor, sino debido a que concentran su atención en actividades en las que se dispersan y acaban perdiéndose.

Cuando siendo un joven discípulo del Maestro Peter Deunov, acudía a visitarle a su casa, en Bulgaria, en el momento de separamos, el Maestro pronunciaba a menudo estas palabras: *«Rabota, rabota, rabota. Vreme, vreme, vreme. Vera, vera, vera.» Rabota* significa el trabajo, *vreme* el tiempo, y *vera* la fe. Nunca me explicó porqué pronunciaba estas tres palabras, ni lo que significaban para él. Al principio, yo era demasiado joven para comprender, pero con los años reflexioné mucho sobre estas palabras, y comprendí que toda realización, y aún más cuando se trata de toda una realización espiritual, se funda en estos tres factores: trabajo, tiempo y fe. Por eso, cuando algunos se quejan de que, a pesar de todos sus esfuerzos, no obtienen resultados, sólo puedo responderles: «o bien no habéis trabajado suficientemente, o no habéis sabido cómo trabajar.»

La vida espiritual está regida por las mismas leyes que la vida social. Imaginaos a alguien que nunca haya trabajado demasiado, y que gana poco dinero. Un día, necesita una gran suma de dinero porque debe, por ejemplo, encontrar una casa para alojarse. Si va al banco y se presenta ante el mostrador para reclamar esta cantidad con la seguridad de que le podrán entregar este dinero, ya que el banco es el depositario de muchos fondos, ¿cómo creéis que lo atenderán?... Pues bien, en el plano físico, es seguro que tal gestión está condenada al fracaso. Pero en el plano espiritual, muchos creen que es posible: presentarse ante los bancos celestes con sus reclamaciones, exigiendo milagros, y esperan que los ángeles y los arcángeles desciendan para

---

[49] *«Buscad el Reino de Dios y su Justicia»,* Parte II, cap. 4: «Del sol a la tierra: como se realiza el pensamiento en la materia» p. 109.

ayudarles. Pero ¿qué han hecho para merecerlo? ¿O es que acaso basta que en un momento difícil, se pronuncien algunas oraciones para que el Cielo se abra, para que el sol detenga su trayectoria y toda la naturaleza modifique sus leyes?... Si no se ha hecho un trabajo previo para merecer esta ayuda del Cielo, no puede recibirse.

El Cielo está ahí, bien abierto, dispuesto a derramar todas sus bendiciones, pero para recibirlas, debemos haber preparado algo dentro de nosotros mismos, mediante nuestro amor, nuestro desinterés, nuestra paciencia, nuestra fidelidad... Todas estas virtudes, son frutos que producimos para ofrecérselos al Señor. Entonces, sí, el día que pidamos una gracia, seremos escuchados; como aquellos que han acumulado ya un capital, podremos pedir que nos sean devueltos, por lo menos, los intereses. Diréis: «Esta imagen no es muy poética, y además, el dinero depositado en los bancos no siempre ha sido honestamente adquirido.» Y lo sé muy bien, pero por lo menos esta imagen es clara. Si todos fuerais capaces de comprender las verdades de la vida espiritual -que es verdadera poesía-, no me vería obligado a utilizar semejantes ejemplos.

Hay muchas personas que están dispuestas a admitir que, para tener éxito en el plano material, se debe estar convencido y trabajar sin querer quemar etapas, y en cambio se imaginan que en el plano espiritual se puede conseguir rápida y fácilmente lo que se desea. ¡Que error! Primero hay que ponerse a trabajar sin escatimar esfuerzos.[50]

Luego, no hay que apresurarse, porque la realización de cada gran obra, es una empresa de largo alcance para la que el tiempo no cuenta. Y finalmente, hay que tener fe en que todo lo que se emprende de este modo, dará un día resultados; porque la naturaleza es fiel y verídica, y las leyes que la gobiernan son siempre perfectas.

El trabajo, el tiempo, la fe. No podéis imaginaros la riqueza contenida en estas tres palabras. Pero podemos también presentarlas en otro orden: la fe, el trabajo, el tiempo... Lo esencial es comprender que estos tres factores están unidos, y de qué forma. Por lo tanto, sólo debemos hacer una cosa: ponemos a trabajar con convicción, sin preocupamos del tiempo que necesitaremos para realizar nuestro ideal divino. Poseemos las llaves, tenemos todos los poderes, poseemos todos los medios para remediarlo todo, pero no de golpe.

Todas estas voces interiores que nos animan: «¡Levántate, camina hacia la luz!» representan un capital ya acumulado en el pasado por nuestro trabajo. Sí, esta misma necesidad que sentimos de avanzar por el camino de la perfección, es el resultado de los esfuerzos que hemos realizado en el pasado. ¿y qué sucede cuando realizamos un progreso, por pequeño que sea, en el plano espiritual? Que fuerzas dispersas, desorganizadas, que dormitan en nosotros desde hace milenios, se despiertan y responden a nuestra llamada. Así, de repente, nos damos cuenta que hemos estado habitados por todo un ejército que esperaba ser movilizado. En el momento en que se consigue un éxito, se descubre en uno mismo la presencia de fuerzas insospechadas.

A veces, debéis realizar un esfuerzo: os preguntáis si lo lograreis. Dudáis un poco, luego os decidís, y entonces conseguís levantar este peso y desplazar este obstáculo. Esto prueba que sois capaces de realizar tales esfuerzos, y tomando conciencia de vuestras posibilidades, sentís que vuestra fuerza y vuestra fe crecen. La fe va pues unida a la seguridad que se adquiere consiguiendo éxitos. De esfuerzo en esfuerzo, todas las facultades aún sin utilizar surgen un día y se manifiestan. Pero hay que ser razonable y comenzar modestamente realizando primero pequeñas obras. ¡Cuantos se han detenido en su evolución por no haber sabido comenzar modestamente!

¿Queréis aprender a tocar un instrumento musical? Si empezáis enseguida intentando

---

[50] *«Buscad el Reino de Dios y su Justicia»,* Parte III, cap. 2, I: «Como prepararse a la meditación».

interpretar obras complicadas sin pasar por prolongados ejercicios preparatorios, renunciaréis muy rápidamente a causa de los obstáculos que os encontraréis. Debéis pues hacer escalas cada día, y deteneros durante mucho tiempo en los primeros ejercicios. Para ir lejos, hay que comenzar despacio y estar muy atento. Si al leer la partitura os equivocáis, este error quedará registrado en alguna parte de vuestro cerebro, y correréis el riesgo de reproducido cada vez. Observad al grabador que dibuja un motivo sobre una placa de metal: al empezar su trabajo, debe procurar no hacer ni un sólo falso movimiento, sino, una vez cometido un error, el buril entrará automáticamente en el surco erróneo y será imposible rectificarlo. Para que la primera marca sea perfecta, debe ejecutarla lenta y atentamente. Y después, la segunda más rápido, y le saldrá bien; la tercera también, etc. Lo mismo sucede con el trabajo psíquico. Hay que comenzar lentamente poniendo atención en no desviarse, sino ¡cuánto trabajo después, cuantos esfuerzos para volver sobre el camino correcto!

La gente cree que debe ir deprisa, para ganar tiempo, pero en realidad se produce lo contrario. Esta ley tiene implicaciones inauditas. En la vida interior, un detalle aparentemente insignificante, tiene grandes repercusiones a causa de lo que despierta en la conciencia. El que obtiene un éxito, siente que su conciencia se expande, y esta expansión de la conciencia es lo que cuenta. Y a la inversa, ser demasiado optimista, sólo conduce al fracaso, y este fracaso disminuye algo dentro de él, le hace perder confianza. El hombre es capaz de grandes cosas siempre que empiece por las pequeñas, y cuanta mayor sea su ambición, tanto más debe empezar modestamente.

Las mayores realizaciones espirituales dependen de algunas prácticas simples, cotidianas, y de estas prácticas ya os he hablado muy detalladamente: aprender a calmarse, a comer en silencio concentrándose en el alimento, a entrar en relación con los cuatro elementos... ¡y hay muchísimas! Entonces, no empecéis por deciros: «Dentro de algunos meses, o años, viviré en la luz divina porque habré dominado todas mis malas inclinaciones.» Esto no es posible, porque son tendencias que habéis alimentado durante encarnaciones y encarnaciones, y si partís con ilusiones, os desanimaréis muy pronto. porque habré dominado todas mis malas inclinaciones.» Esto no es posible, porque son tendencias que habéis alimentado durante encarnaciones y encarnaciones, y si partís con ilusiones, os desanimaréis muy pronto.

Lo esencial, es volverse más fuertes, y para reforzarse hay que ejercitarse con todas las cosas pequeñas. No es lo que habéis realizado, lo que cuenta, sino el hecho de que os volvéis más fuertes. Triunfar en las cosas pequeñas siempre aumenta interiormente vuestra fe en las grandes, y si os digo que no debéis lanzaros enseguida en grandes proyectos, es para evitaros sufrir fracasos. Pero aquí también, comprendedme bien: no es grave el hecho de fracasar, sino porque con cada fracaso perderéis un poco más de fe y de confianza. Y si la fe y la confianza disminuyen en vosotros, las fuerzas unidas a las mismas igualmente disminuirán. Quizás pensáis que os hablo sólo de detalles insignificantes. No, las pequeñas cosas no son necesariamente insignificantes, y al resaltadas, quiero despertar en vosotros la atención, la curiosidad, el deseo de descifradas. Y razonando mejor, comprenderéis que, si insisto, es porque estos detalles no son insignificantes, sino esenciales. ¿Creéis que soy tan estúpido hasta el punto de pasar mi vida en ocupaciones que no valen la pena? Si esto fuera tan despreciable, tan inútil, ya me hubiera dado cuenta antes que vosotros. ¿No creéis?

Cuando intentáis realizar un esfuerzo físico con convicción, nuevas energías se acumulan en vuestros músculos, pero también en vuestro sistema nervioso, y tenéis mayor facilidad para logrado, pero si os vanagloriáis de vuestra fuerza e intentáis realizar un esfuerzo que sobrepase

vuestras posibilidades, no lo lograreis al primer intento, y la duda empezará a insinuarse en vosotros: os preguntareis si valdrá la pena realizar un segundo intento. Esta duda paraliza las fuerzas que, en el primer caso, estaban a vuestra disposición, y fracasaréis por segunda vez: caeréis en la fosa que deseabais franquear - simbólicamente hablando. Solamente la fe, la seguridad, desencadenan este aumento de energía que sostendrá vuestros esfuerzos, pero no hay que aniquilarlas comenzando con proyectos demasiado ambiciosos. Tenéis tiempo...

El Cielo no exige que cometáis hazañas, solamente os pide que continuéis vuestros esfuerzos sin deteneros. Sí, el Cielo juzga a las criaturas según lo que son capaces de dar en función de los medios de que disponen. En la vida nos encontramos a seres verdaderamente desheredados: han nacido en familias miserables donde han sido maltratados, han visto con sus ojos ejemplos deplorables, no tienen una buena salud, no han cursado estudios, pero por el esfuerzo constante y una convicción inquebrantable, han logrado sobrepasar esas condiciones y realizar lo que otros, mucho más privilegiados que ellos, no han logrado. Pues bien, es esto lo que observa el Cielo al enviamos a la tierra: lo que logremos realizar con las facultades que hemos recibido y en las condiciones que nos han sido dadas. Pues la vida es tan rica de posibilidades, que siempre podemos encontrar alguna cosa a hacer para mejorar, para enriquecemos espiritualmente. He aquí lo que el Cielo aprecia ante todo en las criaturas: que sepan sacar partido de las menores posibilidades que le han sido dadas.

Muy pocas personas son capaces de tener éxito emprendiendo inmediatamente grandes tareas. En algunos ámbitos, como en el deporte, el arte, los negocios, la política, se ve a jóvenes que obtienen rápidamente brillantes éxitos; pero como a menudo este éxito no tiene unas bases sólidas, sucede que se hunden tan rápido como ascendieron, y entonces ¡qué sufrimientos, y que vida perdida! Es verdad que existen seres excepcionales a quienes los fracasos no desaniman nunca, e incluso se sienten estimulados sólo que estos seres son muy raros.

Así pues, para vuestro correcto equilibrio psíquico, debéis comenzar modestamente con el fin de sentiros animados por cada nuevo éxito. Pero hay todavía una realidad psicológica que debéis conocer: si el desánimo no es bueno, hay algo todavía peor, y es la obstinación. Sí, ¡a cuanta gente vemos empeñándose en obtener o conservar puestos, funciones, para los que no están preparados! y están orgullosos de ser obstinados, porque quieren mostrar a todo el mundo que nada les detendrá, nada les hará doblegarse o ceder. Pues bien, a estas personas más les valdría desanimarse antes de que su ambición desmesurada les haga romper su cabeza y la de los demás.

Está muy bien tener ambición, pero una ambición que no se apoye en sus correspondientes cualidades, sólo ocasionará estragos. Y sobre todo, no hay que confundir la ambición con el alto ideal. ¿ Cuál es la diferencia? La ambición busca éxitos visibles, tangibles, materiales, mientras que el alto ideal sólo busca el progreso interior, espiritual. Y desgraciadamente, muchos de entre los espiritualistas, no han comprendido esta diferencia. Algunos buscan obtener, mediante medios psíquicos, el poder, el dinero y la gloria que no son capaces de obtener en la vida corriente con su capacidad y su trabajo. Y otros, bajo pretexto que han obtenido algunos resultados en el plano espiritual, enseguida se imaginan que pueden presentarse como Maestros capaces de guiar a las almas. Y ahí también ¡cuánto perjudican a su alrededor, y a ellos mismos!

Aquél que quiere realmente progresar por el camino divino, debe intentar permanecer apartado, en la sombra, el mayor tiempo posible. No sólo no se lanza sin reparar en obstáculos, sino que tampoco tiene prisa en ser empujado por los demás con la excusa de que han reconocido en él a un guía espiritual. Para aceptar esta función, hay que estar psíquicamente bien armado y muy bien protegido, lo que exige siglos de disciplina y esfuerzos. El que no está suficientemente

preparado, no cesa de recibir golpes porque los de más exigen demasiado de él, y como no está en condiciones de responder a estas exigencias, se expone continuamente a conflictos, a reproches, e incluso a amenazas, Y su vida se convierte en un infierno.

Muy pocos espiritualistas son conscientes de las responsabilidades que asumen cuando se arriesgan a instruir y guiar a los demás en el laberinto de su mundo interior. Porque en el fondo de este laberinto, hay un monstruo dispuesto a devorarles: ¡ya conocéis el mito del Minotauro!... Sólo aquél que haya permanecido durante mucho tiempo apartado para estudiar, reforzarse, desarrollando al mismo tiempo las virtudes de la dulzura y la humildad, podrá un día guiar a los humanos sin temor a extraviarlos o a ser devorado por ellos.

Otra diferencia, y una diferencia esencial entre la ambición y el alto ideal, es que aquél que se deja llevar verdaderamente por un alto ideal, nunca se decepciona. Contrariamente al ambicioso que reiteradamente intenta recuperar sus ilusiones perdidas, la sola presencia de este alto ideal que le alimenta y le guía, le vuelve más feliz. Sí, sabe, siente que anda por el buen camino, que nada le impedirá jamás su progreso, y esto le basta. Incluso si en este camino llega a cometer pasos en falso. Porque esto es inevitable.

No basta con tomar la decisión de coger el buen camino para poder mantenerse en él sin tropezar. Pero aquí también hay que tener fe, y al menor error, a la más mínima caída, evitar lamentarse: «¡Ah! No lo conseguiré jamás, soy estúpido, incapaz, débil, despreciable.» Pues sencillamente estas son las reacciones de un orgullo mal situado, de un orgullo herido. Solamente hay que observar de frente la situación y decir: «He aquí otra manifestación más de mi naturaleza inferior, pero trabajaré para limitada, voy a meter a mis fieras en la jaula... Tengo fe en el espíritu que vive en mi, y es él el que tendrá la última palabra.» Porque esto es la fe: una confianza absoluta en el poder del espíritu, en el poder de Dios que vive en nosotros. Así pues, aunque cometáis estupideces, aunque os caigáis, no os detengáis. ¡Levantaos otra vez y seguid adelante a pesar de las debilidades, los fracasos y los errores! Subid cada vez más alto para dominar vuestra naturaleza inferior, y entonces sabréis lo que puede verdaderamente la fe.

Pues, en la vida espiritual, nunca hay que inquietarse por el tiempo, sino sólo preguntarse si estamos siempre avanzando en el camino de la luz. Cuando se esté seguro de caminar hacia la luz, no hay que plantearse más preguntas, sino solamente andar. Alguien dirá: «¡Pero antes de llegar al final ya seré viejo!» ¿Y qué? Esto tampoco os debe de preocupar, de lo contrario no haréis nada y envejeceréis de todos modos. Sí, de todos modos os haréis viejos, pero viejos sin luz, sin belleza. Pues bien, creedme, es mejor ser viejos con luz, con belleza, con fuerza, con inteligencia, con amor: esto sí que vale la pena. Dios mío, ¡cómo ven las cosas los humanos, cómo razonan, es inaudito!

Entonces, que quede bien claro, cualquier cosa que digáis o hagáis, yo también os repetiré: *«Rabota, rabota, rabota. Vreme, vreme, vreme. Vera, vera, vera.»* Soy como el maestro alfarero del cuento. ¡Ah! ¿No sabéis quien es?.. Es un cuento búlgaro.

Había una vez un joven que quería empezar a trabajar de aprendiz en casa de un maestro alfarero. Éste le dijo: «Debes trabajar tres años a mi lado, y luego te revelaré un secreto para que tus vasijas sean verdaderamente sólidas.» El joven empezó a trabajar. Pasó el primer año, luego el segundo... Un día, el joven se dijo que ya sabia bastante, y dejó a su maestro para abrir su propio taller. Pero he aquí que todas las vasijas que hacia se rompían, una tras otra. Entonces se puso a pensar. «Hay realmente algo que no he observado bien de mi maestro, o que ha debido ocultarme. Debo volver junto a él.» Un poco avergonzado, regresó pues junto a su maestro que lo aceptó, pero a condición de que permaneciera tres años más. Cuando pasaron los tres años, el maestro le dijo. «He aquí el secreto: antes de poner tus vasijas en el horno, debes soplar por

encima. - ¿ y sólo por esto, tu me has hecho trabajar tantos años a tu lado? - Le pregunto el aprendiz estupefacto. - Pues sí, respondió el maestro, sólo por esto.» Pero, puesto que se trata de un cuento, en este acto de soplar, es preciso evidentemente ver un símbolo...

Así pues, yo también tengo un secreto para hacer vasijas resistentes. ¿Y dónde están estas vasijas resistentes? Pues bien sois vosotros, Dios mío, vosotros, resistentes, sólidos. Porque yo he soplado sobre vosotros. ¡Pero no os indignéis! Cuando digo «vasijas», quiero en realidad decir jarrones de honor, jarrones donde los ángeles pondrán flores para colocarlos ante el trono de Dios... Sí, nosotros somos todos jarrones: nuestro corazón, nuestra alma son jarrones, jarrones de decantación que el Alfarero divino ha modelado para contener el elixir de la vida inmortal. ¿No es éste el futuro más hermoso y más deseable? Como veis, no debéis indignaros sino continuar trabajando, trabajad, trabajad para dar a esos jarrones una forma, un color y una transparencia perfectas.

«Rabota, vreme, vera: el trabajo, el tiempo, la fe.» Sí, y sobre todo *vreme:* tiempo. Es por esto que tan a menudo os digo: ¡buena continuación!... Empezar un trabajo, no es nada. Perseverar es lo difícil. Pero es asimismo lo esencial: perseverar. Así pues, buena continuación... Alguien debería componer un canto, pero un canto muy melodioso, y seguro que nosotros lo cantaríamos.

Incluso aunque tengáis el más alto ideal, y sobre todo si tenéis el más alto ideal, cultivad la humildad. Precisamente la humildad no es imaginarse que de la noche a la mañana conseguiréis todas las victorias. Nada escapa a la ley del esfuerzo, y por consiguiente a la ley del tiempo. Este trabajo que debéis emprender, es un asunto de siglos, de milenios, y si tomamos como medida el tiempo de una vida humana, nos equivocaremos en los cálculos. En definitiva, siempre es el tiempo el que se pronuncia, el que nos dice si caminamos o no por el buen camino, así que, no hay que apresurarse. El que se apresura, encuentra fatalmente los fracasos que le desaniman, deja de trabajar y así da una oportunidad al mal.

Lo peor que le puede suceder a un ser humano, es perder el placer por este trabajo que debe realizar cada día, con paciencia, sobre sí mismo. También revela que ignora el valor de las riquezas que posee: deja que todas esas piedras preciosas que Dios ha depositado en él bajo forma de cualidades y virtudes, se estanquen en su ganga. Nunca, bajo ningún pretexto, hay que abandonar este trabajo, sino continuar sin preocuparse de ver los resultados.[51]

Igual que las piedras preciosas jamás pierden su valor, tampoco nada podría disminuir el valor de las cualidades y virtudes que nosotros poseemos. Mientras hagamos un trabajo sobre ellas, pase lo que pase, nada más debe preocupamos. La más mínima duda, evidencia nuestro desconocimiento de los valores. ¿Exigís resultados? Pero en realidad ¿no los tenéis ya por el hecho de saber que todo lo que es bueno es eterno? ¿Acaso creéis que esto es demasiado para vosotros? Sí, lo comprendo, pero no pasa nada: si no lográis comprenderlo todo hoy, lo comprenderéis más tarde, dentro de un año, de diez, de veinte, en otra reencarnación... Estas verdades deberéis necesariamente comprenderlas un día. ¿Cuándo? Cuando trabajéis. ¿Qué os creéis? Hay verdades que también yo cada día comprendo mejor. Porque trabajo.

Rabota, vreme, vera: el trabajo, el tiempo, la fe... La fe se acompaña de un trabajo de largo alcance, es el resultado de esfuerzos repetidos un día tras otro, es algo vivo que nunca debemos separar de nuestra vida cotidiana. Esto es lo que debemos comprender para poder descifrar el significado de las palabras de Jesús. *«Si tuvierais la fe de un grano de mostaza, diríais a esta montaña: muévete de aquí hasta allá y ella se movería.»*[*]

---

[51] *«Buscad el Reino de Dios y su Justicia»,* Parte VII, cap. 3: «Las leyes del trabajo espiritual».

[*] Mat. 17:20

Podemos desplazar una montaña, pero a condición de no ascender a ella pensando que podemos moverla de una sola vez. Se puede mover una montaña, pero desplazando una piedra tras otra. Cada piedra desplazada, es decir cada éxito, por pequeño que sea, aumenta nuestra fe porque nos sentimos más sólidos, más fuertes, más dueños de la situación. Echando una ojeada hacia atrás, medimos el camino recorrido... y entonces, puede suceder que, ya a mitad del trabajo emprendido, nuestra fe se haya reforzado de tal manera que podamos transportar todo el resto de una sola vez.